MARCO AURELIO

EL EMPERADOR ESTOICO

DONALD J. ROBERTSON



UNA BIOGRAFÍA

taurus

Donald J. Robertson

Marco Aurelio
El emperador estoico

Traducción de Raquel Marqués

taurus

Para Poppy,
por la combinación de historia y filosofía



El mapa excluye la zona más occidental del imperio, que Marco Aurelio nunca visitó y que raramente se menciona en esta biografía.


EL MUNDO DE MARCO AURELIO MIENTRAS FUE EMPERADOR
(161-180 d. C.)
SÁRMATAS
Mar Caspio
MONTAÑAS DEL CÁUCASO
Mar Negro
Artaxata
BITINIA Y PONTO
Elegeia
ARMENIA
Ancira
GALACIA Y CAPADOCIA
Cesarea
MONTES TAURO
IMPERIO PARTO
Nisibis
Edesa
MONTES ZAGROS
Ecbatana
LICIA Y PANFILIA
CILICIA
Tarso
OSROENE
Antioquía
Sura
Tigris
SIRIA
Dura Europos
Palmira
Seleucia
Ctesifonte
Babilonia
Chipre
CARACENE
Eufrates
N
W
E
S
JUDEA
Alejandría
EGIPTO
Nilo
0
500 km
0
500 mi

PRÓLOGO

LA VERDAD EN LAS *MEDITACIONES*

Marco Aurelio no tenía el corazón de piedra. Cuando le comunicaron que uno de sus tutores más queridos había muerto, el joven césar se afligió, las lágrimas rodaron por sus mejillas, quizá hasta se golpeó el pecho y se rasgó las vestiduras en señal de duelo. Los sirvientes del palacio, temerosos de que la reputación del césar se viera afectada por tal exhibición pública de intensa emoción, corrieron a su lado e intentaron contenerlo. Su padre adoptivo, el emperador Antonino Pío, hombre reflexivo y amable, les indicó con un gesto que se apartaran de él y susurró: «Dejadle ser hombre, porque ni la filosofía ni el poder matan los sentimientos».[1]

Muestras de emotividad como esa no eran impropias de Marco Aurelio. Tenemos noticia de que, en la cincuentena, siendo ya emperador, no pudo contener las lágrimas al escuchar estas palabras pronunciadas por un abogado en un discurso: «¡Felices los que mueren por causa de la plaga!».[2] Hacia el final de su vida, el emperador acabó llorando de manera semejante por una carta que informaba de que un catastrófico terremoto había arrasado la ciudad de Esmirna (la actual Izmir, en Turquía). Sus lágrimas iban empapando el pergamino mientras leía: «Soplos del Céfiro van por una ciudad desierta».[3] Era un hombre capaz de experimentar una intensa pena. Tal vez precisamente por eso consagró su vida a

formarse en filosofía: se dio cuenta de que, aunque un gran líder pudiera sentir pesar o ira, no debía permitir que las emociones intensas le nublaran el juicio.

A lo largo de sus notas personales, conocidas hoy en día como *Meditaciones*, Marco Aurelio regresa una y otra vez a una cuestión crucial: ¿cómo podemos evitar que las pasiones usurpen la razón? Si nos concentramos en lo que tenemos delante, concluyó, yendo sin cesar en pos de la razón «con una sinceridad heroica», estaremos en el camino de alcanzar el objetivo de la vida.[4] Las páginas de las *Meditaciones* muestran a su autor tratando una y otra vez de mantener una actitud racional y brutalmente honesta ante los acontecimientos más angustiosos de la vida, desde las tragedias personales, como la pérdida de su querido tutor, hasta las catástrofes internacionales, como las grandes guerras a las que se enfrentó Roma en la época en que él fue emperador.

La filosofía de Marco Aurelio no era tanto teórica o académica como una manera de vivir. El amor a la verdad era casi una religión para él. Creía que la divina naturaleza del universo y todo lo que existe eran sinónimos de una diosa primordial llamada Verdad o Alétheia.[5] Los mentirosos y los que se engañan a sí mismos son culpables de impiedad porque actúan en conflicto con la divina naturaleza. El filósofo que vive en consonancia con la verdad, en cambio, «es como un sacerdote y ministro de los dioses».[6] Y, en efecto, el emperador de Roma ostentaba el cargo de pontífice máximo, era el sumo sacerdote. Sin duda, Marco Aurelio veía su compromiso con la verdad filosófica como una parte integral del cumplimiento de sus obligaciones religiosas, ya fuera como individuo, ya como cabeza del Estado.

Fue además un estudioso de la naturaleza humana, y su búsqueda de la verdad se extendió a las vidas de los demás; incluso lo empujó a intentar escribir biografías. En su juventud pidió a su maestro de retórica que lo guiara en la metodología adecuada para escribir historias.[7] Además de elaborar sus propias memorias, empezó a trabajar en unas «antiguas historias de los romanos y los griegos», si bien al final destruyó ambos proyectos.[8] Estudiar la personalidad de los demás se convirtió para él en un ejercicio contemplativo. Como escribe en las *Meditaciones*, «acostúmbrate a prestar la máxima atención a lo que dice el otro y, en cuanto te sea posible, intérnate en el alma del que habla contigo».[9]

Tal vez sea posible rastrear en los escritos de Marco Aurelio algunas muestras de la evolución de su carácter. Las vivaces y alegres cartas de su juventud se centran en sus estudios de retórica y en las menudencias de la vida cotidiana: dolores y malestares, vacaciones familiares, discusiones entre amigos… No es fácil conciliarlas con el autor de las *Meditaciones*, escritas décadas más tarde, cuyo tono es más solemne y reflexivo. (No obstante, en cierto modo esto no debe sorprendernos, puesto que las *Meditaciones* son unos escritos de un tipo muy distinto). Tal vez podría detectarse una transformación semejante en las esculturas que lo retrataron a lo largo de los años. Unas lo muestran en la flor de la vida, con las cejas arqueadas, como si estuviera abordando un problema con ayuda de la lógica. En otras, mira hacia arriba con expresión soñadora, dando la impresión de contemplar los cielos.[10] Las estatuas que lo retratan hacia el final de sus días lo presentan con la mirada perdida al frente, y sus rasgos tienen un aire de solemne resignación. Las primeras reflejan a un filósofo en ciernes; las

últimas, a un curtido comandante militar que ha vivido una guerra tras otra y ha sido testigo de una terrible peste.

Si vamos a penetrar en la mente del emperador estoico, no obstante, necesitamos considerar con detenimiento el rastro de sus pensamientos y de sus acciones. La filosofía vital de Marco Aurelio difería de manera significativa de los valores predominantes de cualquier sociedad moderna. Algunos de sus biógrafos recientes han tratado con bastante desdén la filosofía estoica, que desempeñó un papel tan importante en su vida: «Sería difícil imaginar una doctrina más puritana, inhumana, amargada y en general repulsiva [que el estoicismo] —se burla uno—, pero se revelará muy claramente por qué su programa atrajo a Marco Aurelio».[11] Esta visión del estoicismo es una caricatura basada en una concepción errónea que, aunque compartida por muchos, no hace justicia a esa filosofía. El estoicismo floreció durante cinco siglos en el mundo antiguo, y muchos de sus partidarios hablaron en favor de sus beneficios y su atractivo. En la actualidad, miles de estudios de investigación psicológica aportan pruebas científicas de la efectividad de la psicoterapia cognitiva contemporánea, que halla su fuente de inspiración original en los estoicos.[12] Muchos lectores actuales encuentran asimismo en el estoicismo una filosofía capaz de provocar profundos cambios vitales, y la consideran una doctrina que los protege de ciertas emociones en lugar de limitarse a eliminarlas todas en su conjunto.

Tratar de escribir una biografía de Marco Aurelio sin prestar la debida atención a la influencia del estoicismo sería en efecto tan absurdo como escribir sobre san Agustín obviando su fe cristiana. Marco Aurelio estuvo inmerso en un proceso moral y terapéutico

orientado a mejorar como persona. No podemos entender a este personaje sin comprender por qué el estoicismo fue tan importante para él y cómo conformó sus acciones. En este libro pretendo, por tanto, entretejer el testimonio de los pensamientos y valores del propio Marco Aurelio, que se muestran en sus notas personales y cartas, con el testimonio de sus acciones mencionadas por historiadores romanos y otras fuentes de la Antigüedad.

A muchos lectores les interesa Marco Aurelio por el famoso libro que se le atribuye. Las *Meditaciones* constituyen uno de los clásicos más apreciados de todos los tiempos para la autosuperación personal. Ha tenido una profunda influencia en innumerables individuos de toda condición a lo largo de la historia. El reconocimiento moderno de las *Meditaciones* empezó cuando se publicó la primera edición del manuscrito en griego en 1558, que llevaba el título de *Para sí mismo* (*Ta eis heautón*), junto con su traducción al latín. En 1634 apareció la primera traducción al inglés con el título de *Marcus Aurelius Antoninus the Roman Emperor, His Meditations Concerning Himself*.[13] El empleo de este término —*Meditations*— acabó por cuajar, y ahora es habitual titular el libro simplemente como *Meditaciones*.

Así pues, ¿cuáles son las enseñanzas esenciales que Marco Aurelio puso por escrito «para sí mismo» en las *Meditaciones*? La más importante es «vivir de un modo acorde con la naturaleza», cosa que los estoicos definían como el objetivo supremo de la humanidad. Aunque Marco Aurelio solo utiliza la palabra «estoico» una vez, cita a menudo esta máxima central de su filosofía. Agradece que sus tutores estoicos le ofrecieran frecuentes ejemplos de lo que significaba en la práctica, en la vida cotidiana, «vivir de un modo

acorde con la naturaleza». También se dice a sí mismo que no hay nada que pueda impedirle vivir en concordancia con la naturaleza, igual que hicieron ellos, si bien muchas veces no le fue nada fácil aplicarlo en la vida real.[14]

Para los estoicos, «vivir de un modo acorde con la naturaleza» significaba vivir racionalmente, puesto que consideraban que la razón era la facultad humana más elevada. Por tanto, si viviéramos en concordancia con la razón, perfeccionaríamos nuestra naturaleza y alcanzaríamos la virtud de la sabiduría. Si aplicáramos esa sabiduría en las relaciones con los demás, tratándolos con honestidad y rectitud, adquiriríamos la virtud social de la justicia. Ahora bien, si queremos vivir más plenamente con sabiduría y justicia, necesitamos dominar los miedos y los deseos que amenazan con apartarnos de nuestro camino. Esto requiere valor y moderación, con lo que ya tenemos las cuatro virtudes cardinales del estoicismo antiguo: sabiduría, justicia, fortaleza y templanza. El propósito estoico de la vida puede entenderse en este sentido como «vivir en consonancia con la virtud», siempre y cuando tengamos en cuenta que los estoicos consideraban que todas las virtudes eran formas de sabiduría moral.

Aunque los sabios no se vean demasiado perturbados por las desgracias, no carecen por completo de sentimientos. Marco Aurelio, como hemos visto, era un hombre sensible. Poco a poco fue ejercitándose para dominar sus emociones, examinándolas a la luz de la razón en lugar de limitarse a suprimirlas. El estoicismo le enseñó a otorgar a los acontecimientos externos —los que quedaban fuera de su control— una importancia secundaria. Supuso para él una especie de terapia psicológica orientada a liberarlo de las

pasiones malsanas, un estado mental que los estoicos llamaban *apatheia* (en la filosofía estoica, la palabra se acerca más a una «liberación de las emociones patológicas» que a lo que entendemos hoy en día por «apatía»). Casi todo lo que dice Marco Aurelio sobre filosofía puede retrotraerse a la finalidad básica de vivir de un modo acorde a la naturaleza, libre de emociones insanas. En el presente libro, he intercalado más de un centenar de citas de las *Meditaciones* sobre esta idea con la intención de subrayar el vínculo entre los principios estoicos de su autor y la manera en que este se condujo en la vida diaria.

Pero ¿quién fue el Marco Aurelio real? Muchos lo han conocido a través de Richard Harris, quien lo encarnó en la película *Gladiator* (2000), y unos pocos recordarán a Alec Guinness en *La caída del Imperio romano* (1964); sin embargo, estas películas se ciñen con escaso rigor a los hechos históricos. En realidad, conocemos mejor la biografía de Marco Aurelio que la de cualquier otro estoico y que la de la mayoría de los filósofos de la Antigüedad. Han sobrevivido tres crónicas romanas fundamentales que describen su vida y su personalidad: la *Historia romana* de Dion Casio, la *Historia del Imperio romano después de Marco Aurelio*, de Herodiano, y la *Historia augusta*, de varios autores.[15] Contamos también con un conjunto de cartas personales entre Marco Aurelio y su tutor de retórica, Marco Cornelio Frontón, que nos permiten penetrar de forma excepcional en su vida privada, primero como césar (el heredero designado del emperador) y después ya como emperador. (Estas fuentes y otras se describen con más detalle en el apartado «Fuentes bibliográficas»).

En dichas fuentes encontramos personajes memorables con cuyas vidas se entrelazó la historia de Marco Aurelio. El emperador Adriano, por ejemplo, tiene un papel destacado en este libro porque influyó profundamente en la educación del pequeño Marco Aurelio. Marco nació durante el reinado de Adriano; después, el emperador lo adoptó como nieto y hasta se lo llevó a vivir con él a su villa durante sus últimos meses de vida. Adriano tiene en la actualidad la fama de haber sido uno de los mejores emperadores, cosa que se debe en parte a la famosa novela de Marguerite Yourcenar *Memorias de Adriano*. Como indica uno de los biógrafos de este emperador, «no es exagerado decir que, durante un tiempo, la señora Yourcenar suplantó a los académicos. Su Adriano fue recibido como si fuera la imagen fidedigna del personaje real».[16] El libro de Yourcenar, considerado una obra maestra por muchos, se basa en una minuciosa investigación. No obstante, fue concebido como una obra de ficción histórica, y el compasivo retrato que hace de Adriano no se corresponde del todo con las pruebas históricas. Está escrito desde el punto de vista de Adriano en forma de cartas dirigidas al joven Marco Aurelio, cuyas respuestas nunca vemos. En cambio, en este libro yo me he centrado fundamentalmente en la historia de ese joven, el cual no tenía nada positivo que decir sobre Adriano.

El nombre de Adriano brilla por su ausencia en el libro I de las *Meditaciones*, donde se mencionan los dieciséis familiares y tutores cuyas cualidades más admira Marco Aurelio. En cierto sentido, las *Meditaciones* son su autobiografía, aunque quizá sería mejor llamarlas un fragmento de una autobiografía, pues lo que nos cuenta el autor es la manera en que lo inspiraron ciertos individuos, mientras que deja de lado a muchos otros, como los numerosos

críticos de su reinado que se oponían a él o lo veían como un enemigo. También omite casi por completo las referencias a los acontecimientos más importantes de su vida. En esta biografía contemporánea me baso en esos fragmentos y en otras fuentes para mostrar cómo Marco Aurelio se inspiró en su familia y en sus tutores cuando era joven y cómo aplicó la filosofía estoica que aprendió de ellos a los grandes retos que tuvo que afrontar como emperador.

1

LA MADRE DEL CÉSAR

«La piedad, la liberalidad —escribe la frágil mano del autor, enumerando las cualidades que aprendió de su madre— y el abstenerse no solo de cometer malas acciones, sino también de pensarlas».[1] Marco Aurelio se encuentra en la cincuentena. La noche ya está muy avanzada, y el helado aire invernal de Aquincum (la actual Budapest) le ha despertado su característica tos seca. Como de costumbre, le cuesta dormir. Fuera del *praetorium*, su cuartel situado en el centro de la fortaleza de las legiones, todo está en silencio, o al menos eso parece. Los pretorianos, su regimiento personal, están acantonados en barracones cercanos. El imperio entero ha sido devastado por una epidemia atroz, que recibiría el nombre de «peste antonina» por la dinastía imperial de la que formaba parte Marco Aurelio Antonino. La primera guerra marcomana sigue azotando la frontera del Danubio. El ejército está exhausto tras haberse enfrentado a las tribus enemigas —los cuados y los yácigos— en sucesivas batallas al otro lado del río. En medio de todo este conflicto, el emperador escribe sus notas personales acerca de la aplicación práctica de la filosofía estoica. Se detiene un momento para contemplar un retrato sobre madera de Lucila, su madre. Al reflexionar con calma acerca de la lección que aprendió de ella medio siglo atrás, debió de preguntarse: ¿cómo puede un

hombre aprender a abstenerse incluso del mero pensamiento de hacer el mal?

Domicia Lucila, también conocida como Domicia Calvila, dio a luz a su primer hijo, Marco Anio Vero —el futuro emperador Marco Aurelio —, el 26 de abril de 121 d.C. Su única hermana, Ania Cornificia Faustina, llegó un año después. Los niños pertenecían a una rica familia patricia muy vinculada a Adriano, el emperador reinante. Marco estudiaría con varios de los mejores rétores y filósofos de Roma, pero Lucila, su madre, fue su primera maestra.

La relación entre Marco y su madre era muy estrecha. Mucho antes de que Marco empezara su educación formal, su madre había plantado en él las semillas del amor por la literatura y la filosofía griegas. También le enseñó a prestar atención a sus pensamientos y a escrutarse por dentro, a examinar sus motivaciones y sus valores. Hacer el bien de cara a los demás no es suficiente; el objetivo real de la vida es ser bueno en esencia.

«Penetra en tu interior. Dentro de ti está la fuente del bien, que puede manar sin cesar, si ahondas siempre».[2]

El temprano interés por el autoexamen moral que le inculcó Lucila dio sus frutos a lo largo de toda la vida de Marco Aurelio, pero en especial décadas después, cuando empezó a escribir las *Meditaciones*.

«Mi madrecita», así la llama con afecto Marco en sus cartas. Sin embargo, debió de ser una mujer que inspiraba mucho respeto, puesto que era una de las más ricas y poderosas de Roma. De sus padres había heredado extensos campos de arcilla y una gigantesca fábrica de ladrillos y baldosas en la ribera del Tíber, de la que salieron los materiales empleados en la construcción del Coliseo, el

Panteón y el Mercado de Trajano. Los arqueólogos han desenterrado muchos ladrillos con el nombre de Lucila grabado en ellos; por lo visto, la «madrecita» de Marco era una de las principales potentadas de la industria de la construcción romana a inicios del siglo II d.C. Marco admiraba su excepcional generosidad (hoy lo llamaríamos «filantropía»), y al cabo del tiempo expresaría su gratitud porque, gracias a ella, contó con recursos para socorrer a quienes tenían problemas de dinero o necesitaban otras formas de ayuda.[3]

Marco creció en contacto con el círculo de amistades de su madre, entre las que se hallaban algunos de los principales intelectuales del imperio. Lucila siempre había sentido devoción por la cultura griega. De hecho, su familia afirmaba descender de un rey legendario, Malemnio, quien fundó una importante ciudad en la península salentina de Italia, Lupiae, donde se habían asentado colonos griegos en el pasado remoto. (La región circundante sigue conservando hasta hoy fuertes lazos culturales con Grecia). El helenismo romano le corría por las venas, y era célebre por su extraordinario dominio de la lengua griega. Hablar con fluidez en griego estaba de moda desde los últimos tiempos del reinado de Nerón, medio siglo atrás, cuando Roma experimentó el renacimiento de la cultura griega conocido como segunda sofística. Los sofistas eran oradores griegos que hablaban de literatura con sus alumnos, pero que también afirmaban impartir lecciones morales sobre la virtud. De ahí procede la palabra «sofisticación», la cualidad que los patricios romanos esperaban que sus hijos adquirieran de los intelectuales extranjeros. Aunque muchos romanos ricos de la época eran bilingües en latín y griego, Lucila destaca por su dominio excepcional del griego. Marco Cornelio Frontón, el retórico más

destacado de este periodo, escribía cartas en griego a «la madre del césar», y con cierto patetismo le rogó a Marco que le revisara una de ellas: «He escrito una carta a tu madre, carta que, llevado de mi atrevimiento, he escrito en griego y he adjuntado a la que te envío a ti. Léela tú antes, y si descubres algún barbarismo, ya que tú tienes el griego más reciente, corrígelo y luego entrégasela a tu madre. No quiero en modo alguno que tu madre me menosprecie como a un godo».[4]

Marco tenía estrechos lazos con la segunda sofística gracias a la familia de Lucila. El abuelo materno (adoptivo) de Marco, Lucio Catilio Severo, militar curtido y político veterano que contaba con el favor del emperador, fue un importante mecenas de los sofistas. Catilio también se ocupó con esmero de la educación de su familia. Gracias a su generosidad, Marco se educó en casa con los mejores tutores privados, en vez de depender de clases públicas.[5] En aquel círculo, el más prominente era el famoso orador griego Herodes Ático, que se había criado en la casa familiar del bisabuelo de Marco. Lucila había crecido junto a la figura más sobresaliente de la segunda sofística, de quien otro orador dijo una vez: «¡Oh, Herodes, migajas de ti somos los sofistas todos!».[6] Marco tuvo durante toda su vida un enorme respeto por la habilidad verbal de Herodes y de otros rétores griegos. En tanto orador en ciernes, por fuerza se comparaba con ellos. Sin embargo, más adelante manifestaría su agradecimiento por no haber caído bajo su embrujo.

Lucila era buena amiga de Frontón, el homólogo latino de Herodes. La correspondencia de Frontón indica que Lucila era muy amiga de su joven mujer, Gracia, a quien claramente tomó bajo su protección. Es probable que leyeran juntas literatura griega. Dice

mucho de la madre de Marco que Frontón, uno de los maestros más aclamados del imperio, la considerara mentora de su mujer. Lucila, a su vez, alimentaba una atmósfera intelectual en su casa, animando a su hijo y quizá también a su hija a que se relacionaran con artistas y pensadores, los cuales marcarían su personalidad para el resto de sus vidas.

Aunque no se mencione en el breve esbozo que hace Marco de su madre, esta poseía otra virtud destacable: era afectuosa. Marco coincidía con Frontón en que, por lo general, «esos personajes conocidos entre nosotros por el nombre de patricios son, en cierto modo, insensibles» a esa cualidad.[7] Los ricos propietarios de esclavos y el aullante público de las luchas de gladiadores podían parecer insensibles al sufrimiento humano. De todos modos, siempre pueden encontrarse individuos que se apartan de sus coetáneos. La palabra griega que Marco y Frontón empleaban para caracterizar a estas personas, *philostorgía*, que se suele referir al amor entre los miembros cercanos de la familia, es central en la ética estoica. La *philostorgía* se traduce a veces como «afecto», «amor parental» o «amor familiar», pero se ajusta más al concepto cristiano de amor fraternal. San Pablo equipara los dos términos en el Nuevo Testamento: «Amaos [*philóstorgoi*] los unos a los otros con amor fraternal [*philadelphía*]».[8]

Los estoicos creían que ese «afecto» debía extenderse a todo el mundo, pues los sabios ven a todos los seres racionales como sus hermanos y hermanas. En sus cartas, Frontón menciona más de una vez el sorprendente hecho de que la lengua latina no tenga una palabra equivalente para *philostorgía*; alude a ello, por ejemplo, en la descripción de un amigo: «Su sencillez, su integridad, su

veracidad, su fidelidad, absolutamente romanas; su trato afectuoso, la verdad es que no sé si romano, pues durante toda mi vida en Roma nunca he encontrado nada más raro que un hombre sinceramente φιλόστοργος [*philóstorgos*]. El hecho de que no exista un término romano para esta cualidad se debe, supongo, a que no hay nadie en Roma capaz de mostrar afecto».[9] De la correspondencia de Frontón se extrae que consideraba a Marco y a Lucila como excepciones, unos de los pocos patricios romanos capaces de mostrar el afecto que tanto estimaban los filósofos. Ciertamente, la calidez y el afecto que Marco profesaba a sus amigos son visibles en su correspondencia con Frontón, su maestro de latín. Incluso en una ocasión alaba a su maestro comparando su elocuencia con la de Lucila,[10] a quien se podría llegar a considerar sofista si no fuera porque las mujeres muy raramente hablaban en público en aquella época y porque sus maneras parecen más francas y menos afectadas que las de los típicos rétores griegos.

Si miramos más allá de la descarada adulación de Frontón, sus cartas nos ofrecen información adicional sobre el carácter de Lucila y sobre la influencia que esta ejerció en su hijo. Frontón celebra las virtudes por las que era conocida la madre de Marco en una carta que le envió a Lucila con motivo de su cumpleaños, donde la compara con Atenea, la diosa griega de la sabiduría.[11] Retrata a Lucila como una mujer conocida por haber profesado un gran amor, o afecto, hacia su marido y por querer a sus hijos. La carta ofrece la imagen de una mujer virtuosa pero modesta, de buen carácter, accesible y amable. También la describe como franca y honesta. Frontón concluye diciendo que excluiría de la celebración del cumpleaños de Lucila a las personas que «fingen afecto y a las

falsas», a las que «lo simulan todo, desde la sonrisa hasta las lágrimas» y «a las que tienen una cosa en el corazón y otra en los labios», como dijo el Aquiles de Homero.[12] Al parecer, él no se veía reflejado en esta descripción, pero sin duda evocaba a otros rétores a los que Marco y él conocían. Si Frontón pidió a Marco que leyera esa felicitación de cumpleaños antes de entregársela a su madre, es probable que el retrato que hizo de ella contara con la aprobación del hijo. Lucila emerge, en los halagos tan artificiales de Frontón, como una mujer famosa por su afecto hacia su familia, honesta y, al mismo tiempo, paradójicamente, franca al hablar.

Marco se daba cuenta de que estas cualidades a veces chocaban con la cultura de la segunda sofística, que elevaba la insinceridad y la adulación a formas de arte, y es seguro que Frontón no era en este sentido mucho mejor que los sofistas griegos. De ahí que esa felicitación de cumpleaños pueda parecernos una mera lisonja; sin embargo, se asemeja mucho a lo que Marco decía de su madre en privado, en las *Meditaciones*. Frontón estaba en lo cierto: a Lucila, la mujer que enseñó a su hijo no solo a evitar realizar malas acciones, sino también siquiera a concebirlas, sin duda le serían «igual de odiosos que las puertas del Hades» los hipócritas como los que censuraba Aquiles en la *Ilíada* de Homero. No es de extrañar que una mujer con estas cualidades criara a un hijo que se haría famoso por su amor a la verdad.

Sobre el padre de Marco sabemos mucho menos. Se llamaba Marco Anio Vero, igual que su propio padre. Como Lucila, nació en el seno de una familia senatorial rica e influyente. Procedían de la provincia romana de Bética, en Hispania (en el sur de España), donde habían hecho fortuna con el aceite de oliva. La familia de Vero

afirmaba descender de Numa Pompilio, el segundo rey de Roma. A Numa, reputado por haber sido un gobernante sabio y justo, se le atribuía haber fundado los solemnes ritos de la religión romana. Una tradición popular, de cuya autenticidad histórica ya se mofaban incluso en la Antigüedad, contaba que Numa llevó a Roma las enseñanzas del filósofo Pitágoras de Samos (siglo VI a.C.), cuyos seguidores griegos se habían asentado en el extremo sur de la península itálica. Aunque la conexión histórica de la familia de Anio Vero con Numa y el pitagorismo sea probablemente un mito, denota de todos modos la peculiaridad de su carácter y reputación. Marco Aurelio fue el último de una línea de nobles célebres por su pacifismo y sus principios elevados, que además tenían vínculos con la religión arcaica y la filosofía.

El padre de Marco tenía asimismo unas gotas de sangre imperial en las venas. No solo era el sobrino de la emperatriz Vibia Sabina, la mujer de Adriano, sino también un pariente lejano del emperador Trajano por parte de madre. Su hermana Faustina la Mayor estaba casada con un senador que más adelante se convertiría en el emperador Antonino Pío. La tía de Marco estaba por tanto destinada a ser augusta (emperatriz). Por su historia familiar y sus lazos imperiales, es muy posible que se diera por supuesto que el padre de Marco alcanzaría el mayor cargo civil, el de cónsul. Sin embargo, poco después de haber sido nombrado pretor, el cargo anterior al de cónsul, su carrera se vio interrumpida de un modo inesperado y abrupto. (La analogía más apropiada que puedo imaginar en nuestros días es la de un hombre que parece destinado a ser primer ministro y llega a ministro de gabinete, pero se le niega la oportunidad de desarrollar plenamente su carrera).

En algún momento de principios de la década del año 120, cuando Marco tendría tres o cuatro años, su padre murió. No tenemos más detalles; solo sabemos que pocos años después de haber contraído matrimonio, Lucila se quedó viuda y con dos hijos a su cargo. Una fuente afirma que «durante sus primeros años» Marco recibió el nombre de su bisabuelo materno, Catilio Severo, lo que parecería indicar que el anciano lo adoptó durante un tiempo después de que el niño perdiera a su padre.[13] Lucila sería aún adolescente o tendría poco más de veinte años. Nunca volvió a casarse.

Esta primera y trágica pérdida marcó el carácter de Marco más que ninguna otra. A lo largo de su vida, es posible detectar una interacción constante entre su sensibilidad natural a la pena y una estudiada actitud filosófica hacia su propia muerte y la de los demás. «Lucila dio sepultura a Vero», escribe con crudeza acerca de esta primera y trágica pérdida, rememorando aquellos acontecimientos medio siglo más tarde.[14] Y así ocurre una y otra vez, siempre lo mismo, reflexiona. Su padre, Marco Anio Vero, y todos los demás fueron meramente «efímeros», desaparecieron tras un breve tiempo. Sin embargo, él, Marco Aurelio, los recuerda y vierte lágrimas por ellos.

Marco apenas pudo conocer a su padre. Aun así, durante el resto de su vida, siguiendo la costumbre, rezaría ante su imagen en el altar familiar (*lararium*) para honrar su memoria. Marco tuvo que construir un recuerdo de su padre a partir de los fragmentos que recordaba de su infancia y de las historias que escuchaba acerca de él. Creía, ante todo, que su padre ejemplificaba «la circunspección y el carácter viril».[15] Más tarde afirma que la palabra «viril» (*arrenikós*), definida correctamente, no quiere decir duro y agresivo,

sino bondadoso y lleno de afecto. En mi opinión, Marco recordaba a su padre como la encarnación de un hombre amable y cariñoso, en contraste con las maliciosas camarillas de la élite social romana. Recurriendo a un modelo masculino tras otro, Marco bregó por estar a la altura del ejemplo de su padre. Como muchos jóvenes atribulados, sus sentimientos de ira a veces obstaculizarían ese camino.

2

VERISSIMUS EL FILÓSOFO

Después de los nueve días oficiales de luto por su marido, la madre de Marco se sentó con sus dos niños y les explicó que los sirvientes iban a empaquetar sus juguetes. Dejaban su querida casa familiar, en la colina de Celio, y se mudaban a la cercana villa del abuelo paterno de Marco, que también se llamaba Marco Anio Vero. «Una vez muerto su padre —dice la *Historia augusta*—, el pequeño Marco fue adoptado y educado por su abuelo paterno».[1] Al principio, el joven noble sintió una cierta angustia ante la perspectiva de tener que adaptarse a un nuevo estilo de vida; más tarde afirmaría que esa transición había sido como una especie de muerte.[2] Sin embargo, con el tiempo acabó pensando que su abuelo era un buen hombre, muy parecido a su padre.

Fueron la bondad y la ausencia de ira de este venerable político las cualidades que dejaron una huella más duradera en su nieto.[3] Una apacible dulzura parecía correr por las venas de la familia Anio Vero. Aun así, el tiempo que pasó Marco en esa casa no estuvo del todo exento de problemas. El abuelo de Marco tenía una estrecha relación con Adriano. Cuando el emperador asumió el trono, en el año 117 d.C., Vero fue nombrado prefecto de la ciudad —el mayor responsable de la ciudad de Roma—, cargo que desempeñó unos siete años. Puesto que el fin del ejercicio del abuelo coincidió con el

momento en que se cree que murió el padre de Marco, es posible que el anciano político se retirara de su cargo público con el propósito de ayudar a criar a su nieto.

Mientras tanto, el emperador Adriano se dedicaba a viajar a lo largo y ancho de las provincias y pasaba mucho tiempo fuera de Roma. Debió de ser durante su estancia en la ciudad, aproximadamente entre los años 125 y 128, cuando se fijó en el joven Marco. El chico no solo pertenecía a una rica e influyente familia patricia y era nieto de uno de los políticos más veteranos de Roma, sino que también era el bisnieto de la mujer del emperador. Marco no tardó en ser un favorito de la corte, y nos dicen que se crio «bajo la protección de Adriano» (o en su «seno», equivalente a la palabra latina *gremio*).[4]

Unos años después, el emperador quiso honrar a Marco enrolándolo en la orden ecuestre, de modo que lo convirtió en caballero cuando el niño tenía seis años. Los équites, de *equus*, «caballo», cuyos predecesores eran los jinetes de caballería, eran el segundo estrato político de Roma, por debajo de la clase senatorial. Estaban preparando a Marco para que en un futuro pudiera desempeñar un papel en los niveles más altos de la sociedad romana. Poco después, Adriano partió hacia Atenas, pero había sido previsor y había dejado arreglado que el chico ingresara al año siguiente en una orden religiosa conocida como el Colegio de los Salios.

Los cánticos arcanos y los rituales de los salios fascinaron al joven Marco. Su abuelo debió de sentirse orgulloso, pues sabía que los orígenes de la orden se remontaban al rey Numa, el legendario antepasado de su familia. Junto con los otros niños, Marco aprendió

a bailar las complejas danzas «saltarinas» de guerra. El atuendo ceremonial consistía en unas corazas de bronce y unas túnicas bordadas, y llevaban arcaicos escudos y puñales.[5] Entre antorchas encendidas y el aire lleno de incienso, los salios daban saltos en el aire mientras golpeaban hipnóticamente los escudos al ritmo de la música marcial. Marco y sus compañeros sacerdotes cantaban los crípticos versos de un antiguo himno, el *Carmen Saliare*, en honor a Marte Gradivo, el dios que marcha hacia la guerra.[6]

Durante años, Marco fue un devoto miembro de este grupo religioso y danzante, y con el tiempo se convirtió en su cabecilla. Décadas después, en las *Meditaciones*, parece evocar sus recuerdos de aquellos días. Algunos se esfuerzan con tanto entusiasmo en bailar, escribe, que acaban agotándose, hasta tal punto que ni comen ni duermen porque trabajan obsesivamente en perfeccionar su arte.[7] Se pregunta por qué parece tan difícil aplicar el mismo coraje y autocontrol a la consecución de nuestro bien supremo, la sabiduría moral.

En otro lugar, Marco argumenta que el arte estoico de vivir se parece más al del luchador que al del bailarín, dos disciplinas en las que él tenía amplia experiencia. En la vida debemos aprender a mantenernos firmes, como un luchador, y estar preparados para encarar los ataques de la fortuna, que pueden ser repentinos e inesperados.[8] También reflexiona sobre el modo en que «la canción más deleitable y la danza» pueden perder su encanto si descomponemos una voz melodiosa «en sus tonos particulares» o si observamos una danza y la imaginamos segregada en movimientos individuales.[9] Se trata de una observación psicológica realmente aguda que él aplica a la vida en general, considerando las

experiencias desafiantes como si estuvieran divididas en pedazos más pequeños, más fáciles de manejar y menos abrumadores emocionalmente. Estos pasajes son típicos de la manera en que Marco utilizaba las imágenes de sus experiencias cotidianas para expresar su filosofía de vida estoica.

La cantidad de honores que el emperador concedió a Marco de niño sugieren que lo estaba preparando para ser un posible sucesor, aunque también había otros candidatos. Era evidente que Adriano admiraba al chico, y ambos tenían mucho en común. Sus familias procedían de Andalucía, en el sur de España. Ambos habían perdido a su padre a temprana edad: los padres de Adriano habían muerto cuando él tenía diez años. Además, Adriano era conocido por ser devoto de la cultura griega, como la madre de Marco. Entre los emperadores romanos, fue el primero en lucir una barba espesa, con lo cual el perfil exhibido en las monedas le confería un aspecto griego y era indicativo de sus pretensiones intelectuales. Marco, que mientras fue niño apenas abandonó Roma, a no ser quizá en algunas breves vacaciones en la campiña italiana, seguramente fantaseó con acompañar al emperador en sus viajes a la lejana Atenas.

A Adriano lo habían apodado en su juventud «el pequeño griego», y abrazó el movimiento de la sofística griega con entusiasmo. Levantó en Roma un centro de aprendizaje llamado el Ateneo, en honor a Atenas, cerca del monte Capitolino. El orador favorito del emperador era Favorino de Arelate (Arlés, en la actual Francia). Favorino era un individuo intersexual, nacido con genitales masculinos pero sin testículos, que además tenía fama de poseer una combinación de otros atributos masculinos y femeninos. Enseñó

retórica griega y la filosofía del escepticismo académico, que derivaba de la escuela platónica y sostenía que, aunque es imposible llegar a certezas, algunas ideas pueden ser más creíbles que otras. Favorino fue también amigo y maestro de otros dos hombres, Herodes Ático y Alejandro Peloplatón, que serían después tutores de Marco Aurelio.

Adriano, que quería ser escritor y orador, competía con los sofistas por el aplauso del público. «Y, a pesar de que tenía mucha facilidad para redactar en prosa y en verso y de que estaba muy versado en todas las artes, se rio, despreció y humilló a los profesores de todas esas disciplinas por creerse más entendido que ellos. Con frecuencia compitió con estos mismos profesores y filósofos mediante libelos o poemas publicados a modo de réplica por ambas partes». En cierta ocasión, el emperador, despreciativo, insistió en que Favorino estaba usando una palabra de forma incorrecta, pese a que varios autores reputados justificaban su empleo. Favorino cedió, aunque sabía que Adriano se equivocaba. Cuando otros le reprocharon haber dado su brazo a torcer, el sofista dijo con sorna: «No me aconsejáis bien, amigos míos, puesto que no soportáis que yo considere más sabio que nadie a quien tiene bajo su mando a treinta legiones». Al parecer, tiempo después, tras haberse enfrentado a Adriano con demasiada frecuencia, Favorino fue condenado al exilio, pero aun así afirmaba estar agradecido de haber escapado con vida.[10] Igual que en «El traje nuevo del emperador» de Hans Christian Andersen, pocos quedaron en la corte que tuvieran el valor de señalar al emperador Adriano las ocasiones en que estaba haciendo el ridículo.

Marco, como su madre, prefería una compañía más llana y franca. Mientras estuvo viviendo en la villa de su abuelo, por ejemplo, a

Marco le asignaron un cuidador y tutor (*tropheus*). La enseñanza a cargo de un tutor formaba parte de la educación primaria de los chicos romanos de clase alta, y solía dar comienzo cuando contaban con unos siete años. El tutor de Marco era probablemente un esclavo o un liberto, quizá de origen griego, que vivía en la casa de Anio Vero. Es muy posible que Marco estuviera al cuidado de aquel hombre durante años y que, día tras día, jugara a juegos infantiles y aprendiera a leer y escribir bajo la atenta mirada de su tutor.

Entre aquellos cuyas virtudes Marco enumeró en las *Meditaciones*, este esclavo es el único del que no da el nombre.[11] Sin embargo, incluso cuando era emperador, cuatro décadas después, seguía acordándose de la profunda impresión que aquel hombre le dejó. En cambio, a Herodes Ático, quien no solo era el orador más aclamado del imperio, sino también su maestro de retórica y viejo amigo de la familia, no lo menciona ni lo cita. En su lugar, el autor de las *Meditaciones* vuelca sus alabanzas en su anónimo tutor de la infancia y lo coloca en condición de igualdad con los grandes políticos romanos y los afamados intelectuales griegos que forjaron su carácter.

El *tropheus* de Marco le enseñó a no dejarse llevar por los espectáculos de deportes o, como él mismo dijo, a no ser hincha ni de los parmularios (los tracios) ni de los escutarios (los samnios) en los juegos de gladiadores, como tampoco seguidor de los verdes ni de los azules en las carreras de carros. Creo que la interpretación que daba Marco a esas palabras era que uno debía evitar tomar partido en cualquier asunto siempre que fuera posible y tratar con cautela a los individuos que actuaban de un modo sectario. Cuando, ya siendo emperador, acampado en la frontera del Danubio, puso

por escrito este consejo recibido en la infancia, Marco estaba más preocupado por las tribus guerreras y las facciones políticas que por los seguidores de los equipos de las carreras de carros.

Este mismo tutor enseñó a Marco a trabajar con las manos y a sobrellevar las dificultades, así como a sentirse satisfecho cuando tuviera cubiertas las necesidades básicas. Le aconsejó que nunca se inmiscuyera en los asuntos de otras personas y que hiciera oídos sordos a las calumnias. Este humilde y anónimo tutor era todo lo que no eran Adriano y los sofistas. Lucila compartía algunos valores con el preceptor de su hijo y es probable que lo pusiera a cargo de él por ese motivo. Marco admiraba el carácter llano y honesto de su madre y su preceptor. En sus notas, las virtudes simples que su familia y su tutor le enseñaron desde niño son previas a toda mención filosófica explícita. Las enumera al empezar las *Meditaciones* como si fueran el fundamento sobre el que se construiría después su educación en la filosofía estoica.

Quienes conocían a Marco percibieron que apuntaba maneras de filósofo ya desde pequeño. En la *Historia augusta* leemos que, un tiempo después de la muerte del padre de Marco, Adriano empezó a llamar al niño «Verissimus».[12] El emperador había escogido a Marco como posible sucesor porque el chico tenía la edad adecuada y estaba «ya dando muestras de una excepcional fuerza de carácter», cualidades que presuntamente le valieron aquel apodo.[13] Uno de los significados de Vero, el cognomen de la familia de Marco, era «verdadero». La gracia de la ocurrencia de Adriano consistía en que el cognomen debería elevarse a Verissimus, «el más verdadero», como si quisiera decir que el niño era la persona más honrada y franca de Roma.

La sinceridad fue una virtud que Marco ensalzó toda su vida. «Habla, tanto en el Senado como ante cualquiera, con decencia y claridad —escribiría más tarde en las *Meditaciones*, y añadiría—: habla con franqueza».[14] Casi parece como si Marco, igual que el niño de «El traje nuevo del emperador», hubiera soltado alguna verdad incómoda que el resto de la corte tenía miedo de verbalizar. Los historiadores no nos cuentan qué le dijo al emperador para ganarse ese apodo, pero quedó en el recuerdo y se hizo *vox populi*. Por ejemplo, unas tres décadas después, el apologeta cristiano Justino Mártir se dirigió a él por el nombre de «Verissimus el Filósofo».[15]

De hecho, Marco parece haber sido un niño inusualmente serio desde edad muy temprana.[16] Con el tiempo, sus tutores de filosofía le hablarían de la tradición cínica-estoica de la *parrhesía*, «hablar claro» o con franqueza. No obstante, en la primera infancia del pequeño Verissimus la persona que más lo animó a ser siempre sincero fue su madre, mujer famosa por detestar a los que escondían una cosa en el corazón mientras pronunciaban otra con los labios.

En algún momento, Lucila dejó la villa de su suegro y regresó a su cercana casa del monte Celio, llevándose consigo a su hijo. Por lo visto, Marco se alegró de marcharse, y al mirar atrás agradeció a los dioses «no haber sido educado largo tiempo en casa de la concubina de mi abuelo; haber conservado sin mancillar la flor de mi juventud; no haber hecho uso de mi virilidad antes de la edad apropiada; más aún, haber aplazado el momento de hacerlo».[17]

¿Se marcharon de allí por algún problema o enfrentamiento con la amante del abuelo? Este pasaje podría sugerir que ella se insinuó

sexualmente al chico, aunque por aquel entonces él no tendría más de doce años. Sea lo que sea, uno tiene la impresión de que el joven Marco estaba disgustado, y Lucila y él quizá se mudaron en medio de una situación enrarecida. Una vez más, en retrospectiva, Marco se referiría a esa mudanza como algo que no había que temer, aunque también la definiría como una especie de muerte.

Por tradición, era responsabilidad de las matriarcas romanas supervisar la educación de sus hijos, lo cual proporcionaba a las mujeres cierto grado de influencia entre bastidores en la sociedad romana. Lucila era una mujer de una elevadísima erudición, una intelectual. Era una viuda todavía joven, y con toda intención se había llevado a su hijo a su propia casa, afirmando así su propia autonomía y el control sobre la educación de Marco. La elección de los tutores de Marco en aquel momento particular refleja los valores de la madre, y su familia estaba dispuesta a pagar con generosidad la educación del niño. «Cuando sobrepasó los años en que los niños se ven rodeados de las atenciones de sus nodrizas, fue confiado a eximios preceptores y así llegó a conocer los principios de la filosofía».[18] La enseñanza privada con profesores extranjeros caros se convirtió en una característica importante de la vida de Marco después de cumplir los doce años y dejar atrás a su viejo preceptor. Fue a esta edad, bastante temprana, cuando empezaría a interesarse por la filosofía.

3

LA EDUCACIÓN HELÉNICA

Una mañana, el tutor favorito de Marco Aurelio lo llevó con un grupo de chicos mayores que se apretujaban en un aula de un colegio con las tablillas de escribir colgadas del cuello. Marco era el único que todavía portaba la bula dorada (un amuleto de protección), que lo identificaba como menor de edad. Debió de impresionarle mucho ver algo que solía estar reservado a los que usaban la *toga virilis* y habían alcanzado la mayoría de edad legal. Los chicos estaban congregados en torno a un profesor extranjero vestido con un sencillo mantón gris, de largo pelo blanco y barba bien cuidada, todo lo cual contribuía a darle aspecto de sabio. Hablaba con elocuencia en griego, el idioma de la filosofía, y se interrumpía a menudo para contestar a las preguntas que le formulaban los emocionados estudiantes. Apolonio de Calcedonia, originario de Asia Menor, había estado enseñando estoicismo en Atenas hasta hacía poco, y ahora Roma entera hablaba de él.

Apolonio habría dado discursos exhortando a los jóvenes romanos a estudiar filosofía. Sin duda les contó la fábula conocida hoy en día como la Elección de Hércules. Casi cinco siglos atrás, esta narración había incitado a Zenón, el fundador de la escuela estoica, a dedicar su vida a la filosofía. Podemos imaginarnos a Marco escuchando embelesado la historia de cómo el joven Heracles (el nombre que

recibía en griego Hércules) se perdió y se vio obligado a escoger entre dos caminos, decisión que marcaría su carácter para el resto de su vida. A un lado estaban el placer y el vicio; al otro, la disciplina y la virtud. La diosa de la virtud, Areté, se apareció ante Heracles y le ofreció un convincente argumento para que siguiera el camino más duro de los dos. La moraleja estaba clara: aunque una vida de placeres parezca atractiva, la satisfacción verdadera solo se alcanza al seguir el camino de la virtud. Marco, que se encontraba en la preadolescencia, habría oído otras exhortaciones semejantes que empujaban a los jóvenes a soñar con ser filósofos.

No obstante, la filosofía era una materia académica avanzada; solo una parte de los compañeros de Marco la estudiaban en profundidad. Lo habitual era que empezaran el curso después de cumplir los quince años y siempre que hubieran progresado adecuadamente en sus estudios de retórica. Los tutores que hablaban en griego, y en especial los que llegaban a Roma procedentes de Atenas, Egipto o Asia Menor, podían cobrar honorarios bastante altos. Los sueldos que cita Filóstrato en las *Vidas de los sofista*s, por ejemplo, oscilan entre decenas de miles y centenares de miles de dracmas griegos. A un trabajador especializado medio le costaría varias décadas ganar lo que podía cobrar un sofista destacado por un único discurso. Podríamos pensar que los estoicos cobraban menos que los sofistas, pues era típico que condenaran como un vicio el amor por las riquezas, pero Apolonio tenía la reputación de esperar que se le pagara con gran generosidad.[1]

La madre de Marco invirtió en un programa educativo para su hijo que no solo era inusualmente caro, sino que también abarcaba

temas muy adelantados para su edad. Pocos chicos romanos de doce años recibían enseñanzas en casa por parte de «profesores especializados» en los asuntos más sutiles de la filosofía griega. En aquel estadio de la educación secundaria de Marco, los gramáticos le facilitaron un punto de partida ventajoso al formarlo en temas reservados a chicos mayores que cursaban estudios superiores. Un dato llamativo es que el profesor de pintura escogido por Lucila, un griego llamado Diogneto, fue el primero que introdujo a Marco en la filosofía y lo acompañó a varias lecciones públicas.[2] Diogneto le hizo ejercitarse también en escribir diálogos, sin duda de naturaleza filosófica.

Marco atribuye varias lecciones morales a Diogneto.[3] El maestro de pintura le enseñó a no preocuparse por las diversiones frívolas, como el popular deporte de la pelea de codornices, y quizá lo previniera sobre los juegos de apuestas en general. Lo convenció asimismo para que fuera escéptico respecto a los autodenominados milagreros, brujos y exorcistas. (Con estos últimos se refería al parecer a los primeros cristianos, a quienes muchos romanos consideraban todavía unos fanáticos supersticiosos). Recordatorios similares, como mantenerse centrado en el auténtico objetivo de la filosofía, no distraerse persiguiendo trivialidades o no caer en elucubraciones estériles, serían más adelante temas de las *Meditaciones*. Entre tanta educación moral, resulta curioso que no encontremos ninguna mención de que el maestro de pintura le enseñara a Marco nada sobre pintura; debían de estar muy ocupados paseando por los jardines de Lucila, hablando y compartiendo su amor por la filosofía.

Diogneto también enseñó a Marco a ser tolerante cuando los demás le hablaran con franqueza, un concepto relacionado con varias escuelas filosóficas. Los cínicos eran especialmente conocidos por poseer esta virtud. Es muy probable que el propio Diogneto también fuera franco, un rasgo muy valorado por la madre de Marco, como hemos visto. El niño al que Adriano había apodado Verissimus por su sinceridad debía aprender a ser amable cuando fuese él quien recibiera comentarios crudos por parte de sus tutores.

Fue también el maestro de pintura quien enseñó a Marco a desear «el camastro de campaña —hecho de paja y cubierto con una piel— y todas las otras restricciones inherentes a la educación helénica» (*helleniké agogé*).[4] El uso que hace Marco de esta expresión es llamativo, porque la palabra *agogé* es más conocida por referirse al entrenamiento militar de los cadetes como el que imponían a los jóvenes en Esparta. Para algunos filósofos, las tradiciones militares —como dormir en una esterilla de paja, llevar un basto manto de lana y someterse a otras penalidades parecidas— formaban parte de un programa más extenso de entrenamiento para la autosuperación personal. Aunque ya a los doce años quisiera ser filósofo y asistiera a algunas clases, cabe suponer que Marco todavía no era capaz de sumergirse por completo en los aspectos eruditos de la materia. De modo que empezó copiando el comportamiento externo de algunos filósofos, como su sinceridad al hablar, su vestimenta rudimentaria y sus prácticas ascéticas.

Incluso a Lucila, a quien Marco alaba por su manera «sencilla» de vivir (al menos en comparación con otros romanos ricos), ese comportamiento le parecía a veces extraño: «Se entregó con vehemencia al estudio de la filosofía, incluso cuando era solo un

niño. Al cumplir los doce años, asumió primero el atuendo propio de los filósofos, y después adquirió su capacidad de aguante, ya que estudiaba envuelto en un tosco palio griego y dormía en el suelo, aunque, siguiendo a regañadientes los consejos de su madre, a veces se acostaba en un lecho cubierto de pieles».[5] Lo que el historiador llama «palio griego» es el mantón tradicional de los filósofos o *tribon*, una prenda barata de áspera lana gris. Las sectas más austeras lo llevaban sin túnica (o quitón) debajo, a menudo con un hombro al aire, una forma de vestir que los griegos y los romanos calificaban de «semidesnuda». Que un romano como Marco, joven, precoz y de buena posición social, se vistiera y se comportara como un mendigo filósofo ascético debía de parecer demasiado forzado, incluso para personas cultas como su madre.

Abrazar las penalidades por voluntad propia —llevar atuendos toscos, ir descalzo, dormir en una estera de paja en el suelo— estaba asociado casi siempre con la filosofía cínica, de la que derivaba en parte el estoicismo. Marco alude varias veces al cinismo en las *Meditaciones*. Por ejemplo, parece tener en mente a los cínicos cuando escribe: «Uno es un filósofo sin túnica; el otro, sin libro; y aquí hay otro medio desnudo. "No tengo pan", dice, "pero me atengo a la razón. No obtengo de mi saber los medios para vivir, pero me atengo a mi razón"».[6] Aparte de ir medio desnudos y burlarse de las enseñanzas de los libros, los cínicos no solían ganar dinero por sus lecciones y en su lugar preferían pedir su ración diaria de comida. Aunque Marco siempre respetó a los cínicos, al final terminó por decantarse por la escuela estoica, más urbana. Uno de los motivos fue que para los cínicos era importante sentir indiferencia hacia los objetos externos, incluidas otras personas. Los

estoicos adoptaron esta noción de indiferencia (*apatheia*), pero en una versión más suave, poniendo más énfasis en el valor de las emociones sanas, en especial el amor y el afecto.

Aunque el amor de Marco hacia la filosofía sustituyera a los deportes y a otras actividades comunes, con lo que el joven se volvía cada vez más «serio y ponderado», la *Historia augusta* observa que esa afición no lo apartó de la afabilidad, ni tampoco de la afectuosidad, que no dejó de manifestar ante sus familiares, amigos y conocidos. Tenía una personalidad equilibrada: «frugal, aunque de un modo razonable; tímido, aunque no cobarde; y serio, sin caer en la tristeza».[7] También «lo estimaban y lo llamaban hermano, padre o hijo», según la edad de cada uno.[8] En definitiva, aunque se iba convirtiendo en un joven grave dedicado al estudio de una austera filosofía, Marco siguió siendo conocido por su calidez, amistad y afecto.

Hoy en día mucha gente supone que los estoicos eran fríos e impasibles. Esto es así porque es típico confundir el estoicismo como corriente filosófica griega con el estoicismo como actitud imperturbable ante la adversidad. Pese a que se trata de un error de base, la imagen del estoicismo como filosofía fría y desapasionada se encuentra ya en fuentes antiguas. El sofista Herodes Ático, amigo de la familia de Marco, criticaba a los estoicos justo por este motivo. Los compara con un hombre ignorante que arranca los cultivos de su huerto junto con las malas hierbas, o, como diríamos en la actualidad, sin distinguir lo blanco de lo negro: «He aquí […] los partidarios de la insensibilidad, que quieren mostrarse tranquilos, intrépidos, inmutables, sin deseos, sin dolor, sin cólera y sin placer; han arrancado del alma todos sus sentimientos y envejecen en un

cuerpo muerto».[9] A Marco no le afectaban ese tipo de críticas. Mientras que Herodes era famoso por su temperamento violento, Marco admiraba a los estoicos tanto por su ecuanimidad como por su capacidad de mostrar afecto. Uno de sus tutores estoicos favoritos, por ejemplo, nunca dio «señales de cólera u otra pasión», sino que poseía un carácter carente de pasiones y al mismo tiempo era muy afectuoso.[10]

Así pues, el ideal estoico consistía en estar desprovisto de pasiones irracionales y malsanas, y cultivar las pasiones racionales y sanas, en particular, el afecto. Sentimientos encomiables como la amistad y el amor desempeñan un papel importante en esta filosofía. Para los estoicos, amar a alguien es desear que esa persona florezca siempre que nada se lo impida; en otras palabras, esperar que el ser amado adquiera virtud. Podríamos decir, pues, que el estoicismo intentaba casar el amor con la sabiduría. En efecto, la forma más pura de amor es el deseo de alcanzar la sabiduría y compartirla con los demás para obtener el bien común.

Por tanto, los maestros estoicos, a quienes Marco estaba empezando a conocer, ejemplificaban la cualidad que Frontón había echado tanto de menos entre los patricios. No obstante, la primera persona en la que vio esa cualidad fue su madre.[11] Los valores que Marco heredó de su familia —la integridad moral, la humildad, la ausencia de cólera, la bondad, la honestidad— hacían de él un estoico por naturaleza. Los tutores que le fueron asignados después para que le enseñaran estoicismo alimentarían y reforzarían precisamente estos rasgos.

Muchas personas recurren a la filosofía no porque les prometa sabiduría, sino porque les promete librarse del sufrimiento o les

enseña a fomentar lo que llamamos hoy en día «resiliencia emocional». En las *Meditaciones*, Marco describió su infancia como una época llena de numerosos cambios y pérdidas. Al mirar atrás, se preguntaba: «¿Hay algo que temer en ello?».[12] Las profundas y continuas alteraciones en la vida de un chico aún joven debieron de llevarlo a sentir una angustia inevitable. Solo la presencia de su madre permaneció constante. Lucila estuvo siempre ahí para él. Al menos, esta es la impresión que recibimos, sobre todo a partir de las cartas de Frontón. A medida que Marco se veía cada vez más absorbido por la atmósfera elitista de la corte imperial, buscó la amistad de sus tutores y el amor de su familia para que lo mantuvieran con los pies en el suelo y le dieran cierta perspectiva de los acontecimientos. Esa actitud debía de resultarle muy necesaria, pues el clima político romano se estaba volviendo cada vez más imprevisible y cargado de peligros después de que el emperador Adriano hubiera regresado por fin de sus viajes.

4

LAS VENGANZAS DE ADRIANO

En el año 123, durante su primer viaje por el imperio, Adriano visitó la ciudad de Claudiópolis, situada en la provincia romana de Bitinia (en la actualidad, en el noroeste de Turquía). Fue probablemente en aquel viaje cuando un lugareño de doce años llamado Antínoo llamó la atención del emperador. Adriano se lo llevó con él a Roma unos años después, más o menos por las fechas en que dio el apodo de Verissimus a Marco. Debido a su proximidad con el emperador, Marco, que tendría cuatro o cinco años, sin duda se fijaría cada vez más en aquel chico mayor que él, famoso por su belleza excepcional y su carisma, que estaba convirtiéndose a pasos agigantados en un miembro destacado del séquito imperial. Como ambos chicos eran favoritos de Adriano, sin duda se conocían y se codeaban el uno con el otro. Pero, a pesar de que Antínoo fue uno de los personajes más famosos de la época, Marco no lo menciona jamás en sus escritos, tal vez a propósito. Alrededor del año 128, Adriano partió por segunda vez, en esa ocasión para viajar por Grecia, Asia Menor y el norte de África, y Antínoo lo acompañó. Marco se quedó en Roma con su familia.

La relación de Adriano con Antínoo se ha representado como una ejemplificación de la *paiderastia* griega, el amor de un hombre mayor hacia un adolescente. No siempre era una relación sexual,

aunque parece que sí lo fue en el caso de Adriano y Antínoo. Un historiador antiguo afirma que, más o menos por aquella época, en Roma habían empezado a extenderse «maliciosos rumores» acerca de que Adriano «había deshonrado a jovencitos y había ardido de pasión por los escandalosos servicios de Antínoo». Concluye que la naturaleza de la relación entre Adriano y Antínoo era incierta, si bien la reputación del emperador, tan proclive a buscar los placeres sexuales, hacía que la gente «sospechara de una relación entre hombres de edades muy diferentes».[1] Por lo que parece, esas sospechas estuvieron bastante extendidas, y podemos imaginar que llegaron a oídos de la familia de Marco.

Esos chismes se alimentaron con la circulación de versos eróticos dedicados a Antínoo escritos por el propio emperador, y quizá también con el relato autobiográfico de Adriano acerca de su relación con el joven, aunque nada de ello ha sobrevivido hasta nuestros días. Por lo visto, Adriano compuso muchos poemas sobre sus amantes, obras que reflejan a un hombre «inmoderado en sus deseos».[2] Algunos son descritos como poemas de amor, pero muchos otros eran de naturaleza un tanto vulgar. El satírico Apuleyo, por ejemplo, reconoce haber leído muchos poemas lujuriosos (*lascivus*) escritos por Adriano.[3]

La *paiderastia* fue un aspecto de las costumbres griegas aceptado durante siglos. Muchos romanos la consideraban admisible siempre que el miembro pasivo de la pareja, el joven, no fuera un ciudadano romano o un individuo nacido libre, como Antínoo, sino un «bárbaro» o un esclavo. De todos modos, era un asunto muy controvertido. Más adelante, Marco aplaudirá a su padre adoptivo

Antonino Pío por poner fin «a todo amor erótico por los chicos», lo cual parece ser una condena de la pederastia.[4]

En agosto del año 130, Adriano y Antínoo llegaron a Alejandría, donde visitaron la tumba de Alejandro Magno. La élite alejandrina se sentía incómoda y cotilleaba sobre las actividades sexuales de Adriano, en particular las que implicaban a Antínoo: el muchacho se acercaba al final de la adolescencia y empezaba a dejarse barba, y por tanto se consideraría cada vez más degradante que continuara desempeñando el papel sexual pasivo de la pareja.[5]

Adriano viajó a la vecina Libia para cazar a un enorme felino conocido como el León de Marusia, que había estado dando problemas a los habitantes de la región. Según un poema de Páncrates, Adriano hirió al león, pero decidió no acabar con él para dar a Antínoo la oportunidad de llevarse la gloria de haberlo matado. Sin embargo, el león, enfurecido, se lanzó contra ellos.[6] Adriano salvó a Antínoo y mató él mismo a la bestia. El emperador convirtió esta historia en un panfleto de propaganda para celebrar su heroísmo y lo difundió por todas partes.

Unas semanas después, durante un crucero por el Nilo, encontraron muerto a Antínoo, que por entonces tenía diecinueve años. Adriano «lloró como una mujer» sobre el cadáver de su amante.[7] Muchos consideraron sospechoso aquel incidente. Unos decían que Antínoo se había sacrificado a sí mismo en un ritual exótico: «siendo necesario que se entregase una vida por propia voluntad para que se cumpliesen los fines que Adriano tenía en mente». En la narración autobiográfica de Adriano, en cambio, se afirma que el joven bitinio simplemente «cayó al Nilo» y se ahogó.[8] Otra fuente atribuye la muerte de Antínoo, de un modo algo

críptico, a «su belleza y a la excesiva sensualidad de Adriano».[9] Su fatal destino sigue siendo uno de los grandes enigmas de la historia romana.

Después de la prematura muerte de Antínoo, Adriano lo hizo deificar, una medida controvertida que acabó llevándose a cabo sin el beneplácito del Senado. El emperador erigió templos por todo el mundo que alojaban estatuas sagradas de Antínoo y fundó un culto nuevo para la veneración de su amante muerto, con juegos y festivales anuales en su honor. Hubo quien ridiculizó la religión de Antínoo como superstición absurda o la calificó de fraude descarado. Se decía incluso que todo el mundo sabía que los oráculos pronunciados en sus templos los componía el propio Adriano.[10] Es probable que Marco compartiera esos recelos, ya que, pese a la fascinación que sentía por la religión, no mostró ningún interés por este culto.

El emperador prosiguió con sus viajes durante unos años más, pero al final la enfermedad lo forzó a volver a Roma en el año 133, cuando Marco tenía doce años. Desde ese momento, la vida del joven Verissimus quedó ligada al drama que se desarrolló en la corte imperial, pues no todos aceptaron de buen grado el regreso de Adriano. El emperador era querido entre la gente común, ya que había mejorado sus condiciones de vida en varios sentidos, pero, a medida que su salud empeoraba, se iba volviendo cada vez más paranoico, violento y despótico. Marco fue testigo de primera mano de ese declive a lo largo de los siguientes cuatro años. El Adriano al que conoció en este tramo final de su vida era un hombre con el corazón roto, enfermo física y mentalmente. Rodeado de tensiones políticas crecientes, Marco advirtió que el hecho de que Adriano lo

preparara como posible sucesor al trono lo colocaba, a él y a sus allegados, en una situación de grave peligro.

Adriano siempre había sido de carácter voluble: «severo y afable, melancólico y lascivo, indeciso y apresurado, tacaño y generoso, engañoso y directo, cruel y clemente».[11] Un crítico lo atribuye a la típica doblez de carácter: «Ocultaba con habilidad una mente envidiosa, melancólica, hedonista y excesiva en su ostentación; simulaba contención, afabilidad, clemencia, y, por otro lado, disfrazaba el ardor por la fama con el que ardía».[12] Otro historiador ofrece la misma explicación: Adriano fingía ser amable y generoso para encubrir su crueldad natural.[13] Le aterrorizaba la posibilidad de correr el mismo destino que el emperador Domiciano, quien fue asesinado e infamado póstumamente como tirano. Aunque era habitual que se deificara a los emperadores romanos después de su muerte, el Senado se negó a hacerlo con Domiciano; en su lugar le impuso una *damnatio memoriae* y suprimió su nombre de la historia. Adriano escaparía a esa misma suerte por muy poco.

La ascensión de Adriano al trono, en el año 117, había estado rodeada de controversia. Después de la toma de poder, su prefecto pretoriano había ordenado de inmediato la ejecución sumaria de cuatro adversarios del nuevo emperador, todos del rango senatorial. Adriano negó tener responsabilidad en ello y trató de apaciguar al Senado realizando un juramento por el que no dispondría jamás de las vidas de los senadores. Dado que el inicio de su reinado estuvo manchado de sangre, el Senado estaba convencido de que la vena tiránica de Adriano se encontraba solo temporalmente suspendida. Si no se salía con la suya, era muy probable que tarde o temprano recurriera de nuevo a la violencia. Durante buena parte de su

reinado no causó problemas por el simple hecho de permanecer alejado de Roma. Pero, al regresar a la ciudad hacia el final de su vida, la vertiente indecisa, mezquina y cruel de su naturaleza volvió a salir a la luz. Cuando Marco se lamentaba del ambiente maligno de la corte, sin duda se acordaba de ese periodo político, el más turbulento que jamás presenció en Roma.

Muchos años después, uno de los mejores oradores griegos de la época, Elio Arístides, compuso un discurso de alabanza a un emperador; se cree que fue en honor de Antonino Pío. Arístides, que nació en el año en que Adriano llegó al poder, describe por extenso el contraste entre el gobierno de Antonino y el de sus predecesores. [14] Es Antonino quien sale favorecido, y a algunos estudiosos modernos no se les ha escapado el subtexto: «Lo llamativo [...] es lo que Arístides parece decir de forma indirecta sobre Adriano: su inmoralidad, su entrometimiento, sus caprichos, sus agentes secretos, las cargas que impuso con su reinado, su envidia de los literatos griegos, las ejecuciones de senadores eminentes». Es muy probable que Marco formara parte del público que escuchó el discurso de Arístides, en el cual se reflejaba el amargo resentimiento que la élite romana sentía por el modo injusto y violento en que Adriano se había apoderado del trono. Ciertos emperadores, señalaba el orador, cometieron «asesinatos, acabando con muchos que ostentaban una posición alta», lo que significaba que la legitimidad de su gobierno se ponía en cuestión.[15] Ese tipo de gobernantes temían que los políticos avezados conspiraran contra ellos, y manchaban su reputación exiliando o ejecutando a sus supuestos enemigos. Las generaciones futuras dirigirían este tipo de críticas a Adriano.

Tras dos décadas de gobierno, el distanciamiento entre el emperador y las facciones poderosas de la élite romana aumentó hasta amenazar con una crisis a la que el joven Marco se vio arrastrado. Adriano pasaba la mayor parte del tiempo en su villa de Tíbur (la actual Tívoli), situada al pie de los montes Sabinos, a unos treinta kilómetros de Roma. Se estima que ese enorme complejo ocupaba unas ciento veinte hectáreas y contaba con más de treinta edificios. Aunque en ciertos aspectos Adriano era conocido por su capacidad para ganarse el afecto del pueblo, en aquella villa vivía sumido en un lujo opulento, como un monarca degenerado. Los invitados eran atendidos por cientos de esclavos y libertos, muchos de los cuales habitaban en sórdidas viviendas subterráneas llenas de humo, comunicadas por túneles. En el centro, el enfermizo emperador se había construido una morada redonda en una isla rodeada de un foso con puentes levadizos de madera, donde se podía aislar por completo y apartarse de sus propios invitados y cortesanos.

Durante los últimos años de Adriano, el orador Frontón siguió ensalzando al emperador ante el Senado en discursos que circularon con profusión. Años después, Frontón quiso minimizar esos panegíricos diciéndole a Marco que los había pronunciado por puro sentido del deber, no por verdadero afecto. Así como Lucila le recordaba a la diosa Atenea, su visión de Adriano era muy distinta: «Más que amar a Adriano, yo quise aplacarlo y apaciguarlo, igual que lo haría con Marte Gradivo o con el Padre Dite».[16] De modo que Adriano no solo le recordaba a Marte Gradivo, la personificación de lúgubres legiones marchando hacia la batalla, sino también a Dite, más conocido como Hades, el oscuro y tiránico gobernante del

inframundo. Se trataba de dioses que suscitaban sentimientos de temor, más que de amor. Frontón aseguró a Marco que no había tenido más remedio que alabar a Adriano, aunque en realidad le pareciera tan amenazador como pretencioso.

Cuando Adriano empezó a tener problemas de salud, se dedicó a planificar su propio funeral. Como el mausoleo de Augusto estaba lleno, comenzó a construir un gran sepulcro a la orilla del Tíber (el Castel Sant'Angelo actual) donde sus restos deberían ser enterrados. Creció su obsesión por Antínoo, su amante muerto, y por su propio deceso. Enclaustrado en un complejo palaciego grotescamente suntuoso y diseñado por él mismo, y acosado por una muerte lenta, el emperador se comportaba cada vez más a la defensiva y acabó arruinando el final de su reinado. El joven Marco observaba su deterioro con intranquilidad creciente.

En marzo del año 136, a punto de cumplir los quince años, Marco adquirió la mayoría de edad según la ley romana y vistió la *toga virilis*. Adriano ya tenía planes para su Verissimus, y acto seguido lo prometió a una chica llamada Ceyonia Fabia, hija del patricio Lucio Ceyonio Cómodo.[17] Muy poco después, Marco fue nombrado prefecto de la ciudad para las Ferias Latinas. Si bien era solo un cargo ceremonial, representó una oportunidad para que Marco apareciera en público. Tal vez también llegó a pronunciar un discurso, pero en cualquier caso produjo una impresión duradera en los senadores y en la corte imperial.[18] Aquel huérfano de padre se estaba ganando la atención y el respeto de la sociedad romana.

En sus últimos años, el emperador empezó a ver a casi todos sus antiguos amigos como enemigos. Atacó a su secretario griego, un filósofo epicúreo de nombre Avidio Heliodoro, «con libelos

infamantes» y al parecer lo apartó de su cargo.[19] A otros políticos destacados los sumió en la pobreza o los obligó a suicidarse.[20] Desde el principio de su reinado, Adriano fue famoso por vengarse de los intelectuales que disputaban con él. El gran arquitecto Apolodoro de Damasco cometió el error de burlarse de las pretensiones de Adriano, y fue enviado al exilio, donde murió.[21] Los sofistas Favorino de Arelate y Dionisio de Mileto tuvieron la suerte de escapar a un destino similar. Adriano quiso ejecutarlos, pero no pudo «encontrar ningún pretexto plausible».[22] Favorino después se jactaría de la «paradoja» de haber disputado con Adriano y seguir con vida. El emperador no solo atacó a intelectuales y políticos ilustres, sino también a libertos de clase baja y soldados que no tenían manera de defenderse de él. La cólera más intensa, sin embargo, la reservó para los más próximos en el círculo de poder.

Mientras que el joven Marco había aprendido a hacer oídos sordos a las calumnias, la filosofía de Adriano era casi la opuesta: se inmiscuía en todos los asuntos. «Todo el mundo estaba asustado y era esclavo del miedo —se decía—, puesto que en todas las ciudades había espías escuchando cualquier cosa que cualquiera pudiera decir».[23] Era un hecho que muchos emperadores, Adriano entre ellos, contaban con *delatores* y contrataban informadores a los que se recompensaba generosamente con parte de las riquezas de los sospechosos de traición por aportar alegatos contra ellos. Marco había crecido bajo la mirada de ese opresivo régimen político.

Desde los primeros tiempos de su reinado, Adriano había nombrado espías militares, conocidos como los *frumentarii*, para recabar información sobre sus enemigos a lo largo y ancho del

imperio. Como el emperador se apoyaba en esa red de agentes para mantenerse en el poder, los *frumentarii* empezaron a funcionar como la policía secreta de un Estado totalitario.[24] Circulaban advertencias, por ejemplo, de que a veces recurrían a la incitación al delito: «Así también detienen en Roma los soldados a los incautos: un soldado vestido de civil se sienta a tu lado y empieza a hablar mal del César, y entonces tú, como si el otro te hubiera ofrecido un juramento de lealtad por haber sido el primero en pronunciar esas críticas, dices también todo lo que piensas, y luego te llevan atado con cadenas».[25] Los romanos debían tener siempre presente que cualquier cosa que dijeran podía llegar a las autoridades. Y, por otro lado, corría la broma de que, si el emperador ejecutaba a todos los que hablaban mal de él, no le quedaría nadie a quien gobernar.[26]

Si tales cosas eran conocidas por todos, Marco y su familia también debían de saber que la red de espías e informadores de Adriano se ocupaba de vigilarlos interceptando las cartas personales de sus allegados. «Se inmiscuía en todos los secretos» de la gente con tanta habilidad que aquellos que se encontraban bajo escrutinio se sorprendían a menudo de cuánto sabía el emperador sobre sus vidas. «Una mujer le escribió a su esposo quejándose de que no quisiera volver a casa con ella por su gran afición a los placeres y los baños, y Adriano se enteró de ello a través de sus agentes privados [los *frumentarii*]. Y entonces, cuando el esposo le pidió permiso a Adriano para hacer un viaje, este le reprochó su desmedida afición por los placeres y los baños. Entonces el hombre exclamó: "¿Cómo? ¿Acaso mi esposa te ha escrito a ti exactamente lo mismo que a mí?"».[27] El emperador tenía particular interés en enterarse de lo que ocurría en su propia casa y en la de sus amigos.[28] Podemos

suponer que había infiltrado espías en las casas de sus posibles sucesores, incluida la de la familia del joven Marco. Cuando se dice, por tanto, que «se educó bajo la protección de Adriano», es muy probable que signifique «bajo su escrutinio».[29]

Teniendo en cuenta que todo el mundo vivía bajo la amenaza de ser ejecutado por el mero hecho de criticar en privado al emperador, el consejo que Lucila dio a su hijo de eliminar incluso los pensamientos de actuar mal suena a condición básica de supervivencia. Marco tuvo que aprender a controlar su lengua dominando sus pensamientos más íntimos. Más tarde escribiría que aspiraba a no hacer nada que exigiera la presencia de paredes o cortinas.[30] Estas palabras adquieren un sentido siniestro si reparamos en que proceden de alguien que creció en un régimen donde los informadores podían abrir sus cartas y observar todos sus movimientos incluso en su propia casa.

Adriano estaba cada vez más preocupado por quién sería su sucesor. Hacía tiempo que era propenso a sufrir hemorragias nasales, pero en ese momento llegaron a ser tan copiosas que temió por su vida. Aquel mismo año, «cuando ya se veía agobiado por la vejez y debilitado por enfermedades cada vez más crueles», tomó la sorprendente decisión de adoptar como hijo al futuro suegro de Marco, Lucio Ceyonio Cómodo, convirtiéndolo así en su sucesor.[31] La *Historia augusta* dice sin rodeos que esto se hizo «a pesar de la oposición general».[32] Aparte de ser hijo de un antiguo cónsul, Ceyonio Cómodo tenía pocos méritos que atribuirse. Sin embargo, el emperador lo apreciaba y le concedió una capacidad de influencia en la corte que nadie había tenido desde Antínoo. Algunos insinuaban que también él había sido amante de Adriano y que su único aval

era su belleza.[33] No obstante, Ceyonio Cómodo sufría asimismo de problemas crónicos de salud y vomitaba sangre con frecuencia. Marco se encontró así prometido a la hija de un hombre enfermo designado para ser el siguiente emperador.

Tras cambiarle el nombre a Lucio Ceyonio Cómodo y llamarlo Lucio Elio César, Adriano lo ascendió al cargo de cónsul. En la época de Adriano, «césar», en origen el cognomen de Julio César, era un título convencional para denominar al heredero oficial al trono.[34] A continuación, Adriano organizó unos juegos en el Circo Máximo en honor del elegido como su sucesor y compró el apoyo del pueblo y del ejército ofreciéndoles un donativo de cuatrocientos millones de sestercios. Esta enorme suma equivalía más o menos a dos años de paga para cada uno de los legionarios romanos. Sin embargo, el nuevo césar estaba por entonces tan enfermo que no fue capaz de pronunciar ante el Senado un discurso de agradecimiento a su padre adoptivo, el emperador.

En consecuencia, en Roma creció la intranquilidad ante la perspectiva de que la mala planificación de Adriano acabara desembocando en una crisis de sucesión. El emperador no tardó mucho tiempo en reconocer que, con la designación de Lucio como heredero, se estaba apoyando «en una pared tambaleante», y se quejaba a sus íntimos de que el cuantioso regalo monetario brindado con motivo del nuevo césar se había malgastado.[35] Desesperado, murmuraba a sus amigos unos versos melancólicos de la *Eneida* de Virgilio:

> Los hados a ese joven no harán sino mostrárselo a la tierra, mostrarlo, no más que eso.[36]

Cuando Lucio Elio César oyó el rumor de que el emperador esperaba que muriera pronto y barajaba en privado la idea de sustituirlo, la angustia se apoderó de él. (¡Quizá temiera acabar en el fondo de un río, como Antínoo!).

Más o menos por esas fechas, en el año 135, la tía abuela de Marco, la emperatriz Vibia Sabina, murió de repente. El matrimonio de Adriano y Sabina había sido largo, sin hijos, y con el tiempo la pareja había acabado distanciándose e incluso odiándose. Al principio del reinado, los informadores infiltrados en la casa imperial comunicaron que muchos de los conocidos del propio emperador se habían comportado con su mujer «con mayor familiaridad en el trato de lo que exigía la etiqueta de la corte imperial», insinuando la existencia de enredos románticos o posiblemente sexuales.[37] Entre los hombres a los que Adriano despidió se encontraban su prefecto pretoriano y un secretario imperial llamado Suetonio Tranquilo, a quien las generaciones posteriores conocerían como el autor de las *Vidas de los doce césares*. Adriano solía decir que se habría divorciado de su esposa «por su actitud displicente y huraña» si no hubiera sido proclamada emperatriz.[38]

Se decía que Sabina despreciaba a su marido por considerarlo un monstruo, y «había tenido buen cuidado de no quedarse embarazada de él, a fin de evitar concebir un flagelo para la raza humana».[39] Dado que murió justo cuando el comportamiento violento y tiránico de Adriano se estaba acentuando, fue inevitable que hubiera sospechas de juego sucio. El emperador dio «muerte a muchas personas directamente o mediante manejos ocultos» y, cuando murió «su esposa Sabina, [se rumoreó] que había sido Adriano quien le había dado un veneno».[40] Otros afirmaron que la

emperatriz fue incitada a suicidarse.[41] Sabina, que era medio hermana de Marco Anio Vero, el abuelo de Marco, fue quizá la primera de los familiares de este en ser víctima de la última ola de purgas de Adriano.

Poco después de fallecer su esposa, el emperador, que ya contaba con más de sesenta años, estuvo a punto de morir de una severa hemorragia. Torturado en su fuero interno por sus viejas sospechas hacia sus rivales políticos, Adriano al parecer había reprimido, al menos en público, «toda la fuerza de su congénita crueldad», hasta que le sobrevino ese percance de salud.[42] Se enfureció con el Senado y, temiendo una conspiración para deponerlo, acusó de traición al marido de su hermana, el experimentado político Lucio Serviano.

El nonagenario Serviano había sido nombrado cónsul tres veces, distinción que compartía con su amigo y rival Marco Anio Vero, el abuelo de Marco. Una tablilla de mármol encontrada en Roma lleva grabado un curioso poema escrito por un veterano político anónimo, muy posiblemente Serviano, dirigida al anciano Marco Anio Vero. Celebra el tercer consulado de Vero y bromea sobre su talento para «jugar con una bola de cristal», una metáfora para aludir al juego de la política. En aquellos momentos, esta pareja de cónsules por partida triple eran los políticos más curtidos del imperio. Sin duda, su poder e influencia habían ido aumentando durante los prolongados periodos en que Adriano estaba de viaje y dejaba el imperio a cargo del Senado romano.

En su momento, Serviano había sido un candidato con muchas posibilidades para ser el sucesor de Adriano.[43] Sin embargo, después de que Lucio Elio fuera nombrado césar, el anciano Serviano

perdió el favor del emperador, quien empezó a sospechar de él: quizá fuera un posible usurpador que conspiraba para convertirse en regente mientras intrigaba para que su nieto adolescente subiera al trono. Tenemos noticia de que Adriano, igual que Domiciano antes que él, solía quejarse de este modo: «Es miserable la condición de los emperadores, que no gozan de la posibilidad de que nadie les crea sobre los complots de los usurpadores, sino después de asesinados».[44] Parece ser que el emperador carecía de pruebas de peso que respaldaran sus alegatos de alta traición (*laesa maiestas*), y es probable que basara sus acusaciones en testimonios de informadores contratados por él mismo o incluso en confesiones arrancadas mediante tortura, ya que el Senado nunca creyó en la culpabilidad de Serviano. En cualquier caso, el emperador ordenó que decapitaran al anciano político y a su nieto. Para Serviano, la bola de cristal estaba al fin a punto de estallar.

Tras recibir la noticia de su sentencia de muerte, Serviano pidió fuego para realizar un pequeño sacrificio. En lugar de los habituales juramentos de lealtad al emperador, lo maldijo con las siguientes palabras: «¡Dioses! ¡Bien sabéis que no soy culpable de ningún delito! Y, en cuanto a Adriano, he aquí mi único ruego: que desee largamente la muerte y que no la pueda obtener».[45] Y ese fue, en efecto, el destino de Adriano. Los tormentos causados por sus varias enfermedades, que iban empeorando, alimentaron sus últimos accesos de violencia: «enfebrecido e impaciente por el dolor, destruyó a muchos del Senado».[46] Al ejecutar a un quinto cónsul, el emperador violó el juramento sagrado realizado a los senadores al acceder al trono de que nunca quitaría la vida a ninguno de ellos. Regresó así a las purgas políticas que habían manchado el inicio de

su reinado. Sabina había sido medio hermana del abuelo paterno de Marco. A medida que las sospechas lo iban corroyendo, Adriano no tardó en dirigir su paranoia hacia otros parientes de Marco.

Al año siguiente, Lucio Elio César, el sucesor elegido por Adriano, fue nombrado cónsul por segunda vez y enviado a comandar las legiones de Panonia (la actual Austria). Estaba tan débil que casi no podía ni levantar el escudo, pero condujo una campaña militar de moderado éxito. Regresó a Roma más enfermo que cuando había partido y murió el 1 de enero del año 138 tras ingerir una sobredosis de un fármaco, al parecer por accidente, aunque no podemos descartar que se tratara de un asesinato o incluso de un suicidio. Dejó a un hijo de siete años, Lucio Ceyonio Cómodo, más conocido hoy en día como Lucio Vero. La muerte de Lucio Elio desbarató los planes sucesorios de Adriano y determinó en gran medida el futuro del joven Marco Aurelio. En cuanto hijo legítimo de un césar, si bien fallecido recientemente, era razonable que Lucio Vero fuera el siguiente en la línea de sucesión. Sin embargo, no podría tomar el poder hasta alcanzar la mayoría de edad, para lo cual aún le faltaban ocho años.

Adriano ofreció a Lucio Elio un funeral imperial, ordenó que se erigieran estatuas colosales en su honor por todo el imperio y que se construyeran templos consagrados a él en varias ciudades. Aunque no tenían parangón con los monumentos conmemorativos dedicados a Antínoo, los honores conferidos al césar fallecido servían para recordar que la familia de Lucio Elio, y en particular su hijo de siete años, aspiraba al trono. Marco Aurelio se encontró en la incómoda situación de tener que acercarse al emperador bajo la sombra de una crisis de sucesión inminente. En Roma crecía el nerviosismo

porque, con cada día que pasaba, Adriano hablaba más y más de la proximidad de su propia muerte.

5

LA MUERTE DE ADRIANO

El 23 de enero del año 138, la víspera del sexagésimo segundo cumpleaños de Adriano, un loco consiguió entrar en el edificio del Senado lanzando gritos delirantes sobre la muerte. Cogió a todos por sorpresa, sobre todo a Adriano, que se quedó profundamente conmocionado por el suceso. El supersticioso emperador lo interpretó como un presagio de que estaba a punto de morir. Al día siguiente, mientras llevaba a cabo un ritual religioso, la parte de la toga ceremonial que le cubría la cabeza se le cayó hacia atrás y dejó al descubierto su cabello entrecano. Era otro mal augurio: los dioses exponían su vulnerabilidad ante todo el mundo. Después, un sello con su imagen se deslizó de su esquelético dedo y cayó al suelo. Era como si el viejo emperador estuviera desmoronándose en público.

Adriano interpretó como malos auspicios otros incidentes. Tras la muerte de Lucio Elio César, el emperador pronunció un discurso ante el Senado en el que debía decir «después de la muerte de mi hijo», en referencia a Elio. Pero se equivocó y lo que dijo fue «después de mi muerte».[1] Empezó a soñar con imágenes extrañas que lo dejaban cada vez más agitado. Tiempo atrás había presumido ante todo el imperio de haber salvado la vida de Antínoo matando con valentía al legendario León de Marusia; ahora, en cambio, pasaba las noches sin dormir, temblando, pues había soñado que era a él a

quien devoraba un monstruoso león. En esa pesadilla, el cazador se había convertido literalmente en la presa. Ante la amenaza del problema de la sucesión, quizá el sueño simbolizara su miedo a que un grupo creciente de conspiradores estuviera maquinando para arrebatarle el trono. Pero lo que acabaría devorando a Adriano no sería un león, sino la enfermedad, la ira y la desesperación.

Por aquel entonces, Adriano sufrió un gravísimo problema de salud. Cuando todavía estaba débil por las pérdidas de sangre, se le hincharon las extremidades y le apareció una dolencia subcutánea que acabó cronificándose. Se encontraba en un estado terrible, tanto mental como físico, muy lejos de lo que los filósofos llamaban «la buena muerte». (El sabio, escribió Marco Aurelio, «no se comportará como si esto fuera una tragedia, no se entregará al llanto, no buscará la soledad ni el exceso de compañía, y, sobre todo, vivirá sin perseguir a la muerte y sin huir de ella»).[2] Mientras que Sócrates afrontó su final con perfecta ecuanimidad, Adriano pasó sus últimos años orquestando venganzas de amargos agravios. Marco no quería ser esa clase de gobernante y decidió que encararía su muerte con entereza cuando llegara el momento. Buscó un modelo más adecuado de gobernador, y al poco tiempo lo encontró.

Aquel mismo año, cada vez más preocupado por su salud, Adriano adoptó otro hijo, un senador de cincuenta y pocos años llamado Tito Aurelio Fulvo Boyonio Arrio Antonino, más conocido en la actualidad como Antonino Pío. La descripción de su carácter que ofrece la *Historia augusta* es interesante:

> Fue un hombre de notable belleza, de preclaro talento, de moderadas costumbres, de expresión noble, de plácido semblante, de carácter singular, de brillante elocuencia, de particular erudición, sobrio y austero, aficionado al

> campo, gentil, generoso y respetuoso con lo ajeno, y mesurado y sin presunción en todas estas virtudes, loable, en fin, en todo y digno de ser parangonado con razón con Numa Pompilio a juicio de los hombres de bien.[3]

Las esculturas de Antonino que han sobrevivido confirman que era un hombre atractivo. La comparación con el rey Numa es acertada también, ya que el reinado de Antonino sería, como el de Numa, notoriamente pacífico. A ojos de muchos senadores poseía las cualidades ideales de un futuro emperador.

Antonino había desarrollado una carrera política ilustre y era muy conocido en toda la península itálica por su perspicacia legal y política, pero en su vida privada pasaba el tiempo encargándose tranquilamente de sus propiedades. Hacía poco había servido como procónsul en la provincia de Asia, cargo en el que había destacado y cosechado elogios. Al regresar a Roma, fue nombrado consejero en la corte, donde se ocupaba casi siempre de orientar al atribulado emperador Adriano hacia acciones más clementes. El Senado debió de sentir que Antonino era una persona fiable para llevar las riendas del imperio.

Antonino era además el tío de Marco Aurelio. Estaba casado con Ania Galeria Faustina (Faustina la Mayor), tía paterna de Marco. Ania había dado a luz a dos niños y dos niñas, pero para el año 137 solo vivía una de las hijas. Por ello, Antonino fue adoptado con la condición de que él adoptara a su vez a Marco y a Lucio, el hijo del difunto Lucio Elio.[4] Y, por su parte, Adriano los adoptó a ambos como nietos. La *Historia augusta* señala que, aparte de su «carácter clemente», no había nada en la naturaleza de Lucio «que diera esplendor a la familia imperial».[5] En esta misma obra se afirma que «Adriano habría nombrado como sucesor» a Marco Aurelio si

por entonces este no hubiera sido tan joven.[6] Antonino haría la función de gobernante provisional.

En el año 120, Antonino había sido nombrado cónsul junto a Catilio Severo, el bisabuelo de Marco Aurelio por parte de madre, quien pudo haber sido para este una especie de figura paterna. Catilio había sido dos veces cónsul y adquirido el cargo de procónsul (gobernador) de África. En esa época era prefecto urbano, cargo que antes había ocupado el abuelo paterno de Marco, Marco Anio Vero. Al promover a Catilio a esos puestos tan altos, Adriano dejó claro que confiaba en él y lo tenía en alta estima. Sin embargo, hacia el año 138 empezó a acusarlo de traición. Según la *Historia augusta*, «muchísimos lamentaron que se hubiera adoptado a Antonino en aquellos momentos, especialmente Catilio Severo, prefecto de la ciudad, que preparaba para sí el trono. Pero, cuando se descubrieron sus intenciones, Catilio fue destituido de su cargo, tras haberle asignado un sucesor».[7] Adriano debió de descubrir esa presunta intriga poco después de haber adoptado a Antonino y a Marco Aurelio. En el caso de haber sido real, habría supuesto un peligro para ellos.

Catilio no pudo haberlo planeado todo solo. De hecho, tenemos noticia de que, después de estos acontecimientos, el emperador «persiguió encarnizadamente» al propio Catilio y a dos antiguos confidentes.[8] El primer confidente era el prefecto pretoriano Marcio Turbón, a quien el emperador destituyó. El otro era Umidio Cuadrato, antiguo procónsul de África y suegro de la hermana de Marco Aurelio. Si las sospechas de Adriano tuvieron algún fundamento, un complot instigado por el prefecto urbano y el

prefecto pretoriano significaría que una facción muy poderosa del más alto nivel se oponía a su gobierno.

Las purgas de Adriano estaban ya afectando a los parientes de Marco. Lucila y él no podían hacer más que mirar cómo condenaban por traidores al abuelo y al yerno de esta, aunque en las historias no se menciona que se hubieran presentado pruebas concluyentes para respaldar las acusaciones. Además, el castigo no fue sangriento, lo que sugiere que los senadores no estaban convencidos de encontrarse ante una auténtica traición. Los castigos que aplicó Adriano pudieron deberse tan solo a algún comentario imprudente transmitido por alguno de sus espías.

Estos incidentes tuvieron que preocupar al joven Marco: en cuanto lo colocaron en la línea del trono, al menos dos parientes suyos fueron acusados de conspirar contra el emperador y escaparon a la decapitación por muy poco. Además, Catilio no era el único que se lamentaba por el último plan sucesorio de Adriano. Marco tenía sus propios recelos. Cuando se enteró de que el emperador lo había adoptado, no lo celebró, sino que sintió inquietud y rechazo: un claro caso de *horror imperii*, «miedo a reinar». Cuando algunos miembros de la casa de su madre le preguntaron qué le ocurría, Marco les soltó una sarta de males que en su mente iban asociados a vestir la túnica púrpura imperial. Décadas después seguía quejándose de la vida palaciega, citando la máxima de Frontón de que la tiranía política está impregnada de envidia, engaño e hipocresía.[9]

De todos modos, Marco estudió de cerca el comportamiento de Adriano y aprendió la lección. Un historiador le atribuye la siguiente máxima: «El gobernante que no inspira en el corazón de sus

súbditos temor por su crueldad, sino amor por su bondad, tiene más posibilidades de llegar sin peligro al término de su reinado. No son los siervos por necesidad, sino los que obedecen por convencimiento, quienes viven sin sospechas y libres de toda fingida adulación».[10] Estas líneas, que muestran un claro contraste con el comportamiento de Adriano, reflejan el deseo que impregna las *Meditaciones* de gobernar con bondad más que con cólera. Marco estaba en el lugar perfecto para observar con exactitud lo que les sucedía a los gobernantes cuando su poder dependía demasiado de la intimidación.

En el año 138, mientras tenían lugar las purgas, Adriano ordenó a Marco, quien por entonces ya había cumplido los dieciséis años, que dejara la casa de su madre y se instalara en su villa privada de Tíbur. Adriano malvivió los últimos años de su vida en ese opulento complejo rodeado de docenas de estatuas de Antínoo, cuya trágica presencia embrujaba el lugar. Marco dejó claro que no quería ir a vivir allí. Sabía que todos los que vivían en la casa de Adriano eran informadores en potencia, espías que comunicarían al emperador todo lo que vieran y oyeran, como aquellos que habían denunciado las indiscreciones de la mujer de Adriano veinte años atrás. Seguramente Marco había observado muchas otras cosas en Adriano que le resultaban inquietantes, desde su cuestionable conducta sexual hasta sus peligrosas venganzas contra antiguos amigos e incluso parientes, de modo que, en estos momentos, el antaño franco Verissimus lo tendría crudo para decir lo que pensaba del emperador.

Es probable que Adriano le dijera a Marco que debía trasladarse a su palacio como medida de seguridad. Al fin y al cabo, el emperador

aseguraba haber descubierto al menos dos «conspiraciones» de peso, y, si Adriano estaba amenazado, también lo estaban los sucesores elegidos por él. Los aspirantes indirectos al trono estaban marcados y no solían vivir mucho tiempo. Pese a ser todavía un adolescente, Marco se encontraba en la línea sucesoria. Se veía arrastrado contra su voluntad a una crisis política que suponía un juego a vida o muerte.

La noche en que recibió la noticia de su adopción, Marco soñó que sus brazos y sus hombros estaban hechos de marfil. Temiendo haber perdido la fuerza de los brazos, trató de levantar un objeto pesado. Sin embargo, para su sorpresa, los tenía más fuertes que antes. Ninguna de las dos fuentes que recogen este sueño ofrece una interpretación de su posible significado.[11] Puede que fuera un síntoma de la angustia que sentía Marco ante la perspectiva de convertirse en emperador, pero esa extraña visión le hizo sentirse más confiado de cara a su futuro papel. Una cosa está clara: en el sueño, lo que primero pareció ser una debilidad resultó ser una fortaleza.

Como suele ocurrir, este sueño acepta muchas interpretaciones distintas. A mi parecer, los brazos de marfil simbolizan la formación en filosofía estoica que Marco estaba recibiendo en casa de su madre. Epicteto, por ejemplo, recurría con frecuencia a los férreos hombros de los atletas, como los luchadores de los Juegos Olímpicos, para referirse de forma metafórica a la filosofía.[12] Exhortaba a sus alumnos a demostrar su formación estoica no con el uso de palabras agudas, sino mediante la fortaleza de carácter y las acciones virtuosas. «¡Muéstrame tus progresos [en filosofía]! Como si habláramos con un atleta y [le dijéramos]: "Muéstrame tus

hombros”».[13] Mientras fue joven, Marco se veía a sí mismo desempeñando el papel de filósofo, no el de futuro emperador, y no confiaba en que ambos pudieran conciliarse. El amor que sentía por la filosofía se consideraba una debilidad; era más propio de griegos que de romanos, y a algunos les parecía una afición afeminada. (Más adelante recibiría el insulto de «viejecilla filósofa»).[14] Por suerte, Marco estaba a punto de descubrir que su educación filosófica podía ser su herramienta más valiosa, pues lo preparaba para soportar los retos a los que se enfrentaría en el futuro.

Mientras tanto, el emperador seguía adelante con sus purgas, «y, por pequeñas ofensas, decretó la muerte de otros muchos ciudadanos».[15] Adriano había nombrado césar a Antonino justo después de haberlo adoptado y le adjudicó los poderes proconsular y tribunicio. De este modo, durante los cuatro o cinco últimos meses de vida de Adriano, Antonino se convirtió no solo en su sucesor escogido, sino también en el emperador en funciones, aunque nadie lo llamara así. Mientras Adriano iba soltando el poder, Antonino tuvo que apoyar al deteriorado anciano tanto en el sentido literal, pues lo tomaba del brazo para ayudarlo a caminar, como en el sentido político. Poco a poco, Antonino fue adquiriendo la autoridad personal y los poderes necesarios para interceder y salvar las vidas de los hombres a los que Adriano hostigaba. Marco se sintió aliviado al ver que su padre adoptivo intervenía para moderar la crueldad de su abuelo adoptivo.

Cerca del fin de su vida, acosado por los padecimientos físicos y consumido por una cólera paranoica, Adriano acabó desesperándose. Debilitado y atormentado por la enfermedad extendida por todo su cuerpo, estaba «consumiéndose por una

muerte miserable» y rogaba con frecuencia que lo mataran.[16] Con ayuda de su médico, se marcó un punto en el pecho con tinte; luego ordenó a un esclavo suyo, un cazador sármata llamado Mastor, que lo atravesara con una espada recién afilada. Pero el esclavo decidió comunicar el plan del suicidio a Antonino, quien dispuso que los prefectos pretorianos pusieran a Adriano bajo vigilancia. Mastor estaba terriblemente asustado ante la obligación de cumplir las órdenes de su amo. Ironías del destino: al emperador que se había servido de manera tan controvertida de los *delatores* se le negaba la libertad de morir debido a un informador de su propia casa. Cuando Adriano se enteró de esto, perdió los nervios con el esclavo que lo había traicionado y ordenó que lo ejecutaran. De nuevo, Antonino intercedió y salvó la vida de Mastor.

Quienes se hallaban más cerca del emperador, en particular Antonino y Marco, siguieron vigilándolo para evitar que se suicidara.[17] Sobre todo Antonino insistía en que Adriano debía soportar su enfermedad, pues el suicidio habría provocado que se acusara de asesinato a quienes lo rodeaban. Si el viejo emperador hubiera muerto en circunstancias misteriosas, el joven Marco, que aún vivía bajo el techo de Adriano, habría estado en el punto de mira. Los otros pretendientes al trono podrían aprovecharse del menor indicio de juego sucio, y lo que Roma más temía era otra guerra civil.

Adriano consintió en redactar testamento, pero se negó a proporcionar instrucciones específicas respecto al traspaso de poder. A continuación, volvió a intentar suicidarse, esa vez con un puñal, pero se lo quitaron. Por último, ordenó a su médico que le administrara un veneno. El pobre hombre prefirió quitarse la vida, temiendo las consecuencias para él y para su familia si lo acusaban

de haber asesinado al emperador. Si Serviano había rezado para que Adriano deseara la muerte y al mismo tiempo no pudiera morir, Marco estaba presenciando cómo esa plegaria se hacía realidad.

Después de al menos tres intentos de suicidio, Adriano se retiró a una villa que tenía en la lujosa ciudad costera de Bayas, situada en la costa noroeste de la bahía de Nápoles. Varias generaciones atrás, Séneca la había descrito como un centro turístico de placer lleno de borrachos y prostitutas. Bayas era un nido de vicios, dijo, «que el hombre sabio, o que avanza hacia la sabiduría, debe rehuir como inadecuado para las buenas costumbres». La última acción de Adriano fue ir allí.[18]

Entretanto, Antonino quedó al mando en Roma. Cuando la salud de Adriano alcanzó por fin una situación crítica, Antonino corrió a su lado y llegó justo a tiempo de verlo morir, el 10 de julio del año 138. Adriano tenía sesenta y dos años y había gobernado durante veintiuno, al principio con energía y diligencia, después con la amenaza de las purgas y dejándose guiar por su insidiosa red de espías e informadores. En su lecho de muerte, rodeado de médicos que intentaban salvarle la vida, bromeó con la manida frase de «muchos médicos han matado a un rey».[19]

La *Historia augusta* no se anda con rodeos y dice que Adriano murió «odiado por todos», lo cual era cierto en el caso de la mayor parte de la clase senatorial, a la que pertenecían varios miembros destacados de la familia de Marco. «Tras su muerte, muchos lanzaron múltiples improperios contra él», añade.[20] Y así era: los senadores sentían tanta hostilidad hacia Adriano que durante un tiempo intentaron invalidar sus actos y negarle el habitual honor de la deificación.[21] Esa negativa lo habría condenado a pasar a la

historia siguiendo la estela de tiranos como Calígula, Nerón y Domiciano.

Antonino volvió a interceder y señaló que negarse a darle esos honores solo generaría más confusión. Adujo que Adriano lo había nombrado césar, de modo que existía el riesgo de poner en duda la legitimidad de toda la línea sucesoria, incluida la aspiración al trono del joven Marco. El hecho de que al final el Senado aceptara la propuesta del nuevo emperador muestra que los senadores lo tenían en alta estima. Mientras que Adriano había recurrido a las amenazas de violencia para aferrarse al poder, el padre adoptivo de Marco ejercía su influencia simplemente con la amenaza de renunciar al trono.

Ese hecho también revela el terror del Senado ante la posibilidad de que se desatara otra guerra civil entre aspirantes al trono. Los senadores preferían aprobar que se le concedieran honores a Adriano, a quien consideraban un tirano y un monstruo, que poner en peligro la ascensión al trono del nuevo emperador. Las cosas ya habían empezado a cambiar: un hombre a quien conocían bien y en el que confiaban, uno de los suyos, se hacía cargo del imperio. Sin duda, los senadores se sintieron aliviados cuando Antonino sustituyó por fin a Adriano y se puso punto final a la amenaza de las ejecuciones políticas. Y, probablemente, Marco y su familia sintieron el mismo alivio.

Poco después de la muerte de Adriano, el Senado otorgó a Antonino el cognomen Pío, dando a entender que era leal y responsable (para nosotros, la palabra «pío» tiene otras connotaciones). La *Historia augusta* recopila varios motivos por los que le concedieron ese título.[22] Uno era que Antonino había

salvado a muchos hombres condenados a muerte. En sus últimos días, Adriano había ordenado que «una gran parte de los senadores, que lo habían convertido en objeto de burla, fueran al punto ejecutados». Antonino los puso bajo custodia hasta que murió el emperador y entonces dijo, muy diplomático, que en realidad Adriano siempre había tenido la intención de perdonarlos. Los senadores restantes respiraron tranquilos cuando «aparecieron de repente aquellos cuya muerte lloraban, y cada uno de ellos se dispuso a abrazar a los suyos».[23] Una larga crisis había llegado a su fin, y el Senado en particular dio la bienvenida a las promesas que hizo Antonino respecto a que no se volvería a semejante tiranía en el futuro.

Entre los doce y los dieciséis años, Marco había presenciado en primera fila la prolongada enfermedad de Adriano y su caída final en el despotismo y la violencia. Hacía más de diez años que el joven noble se había quedado sin padre, y en esos momentos encontró una fuente de inspiración en la manera en que su padre adoptivo, Antonino Pío, manejó la crisis. Parecería que Marco había desechado la esperanza de que nadie pudiera vivir en un palacio sin corromperse. Antonino le demostró que sí era posible. No obstante, Marco no había encontrado todavía los hombros de marfil que había vislumbrado en su sueño.

6

DISCÍPULO DE ANTONINO

Tras la muerte de Adriano, en julio del año 138, las pertenencias de Marco volvieron a ser cargadas en carros. El joven noble regresaba a casa y empezaba una nueva vida como hijo adoptivo del emperador en funciones. Al cabo de un tiempo, incluso le cambiarían el nombre y pasaría de llamarse Marco Anio Vero a Marco Elio Aurelio Vero César, con lo que se afirmaba la continuidad de las dinastías mediante la combinación del nombre de su familia con el de Adriano y el de Antonino: Vero, Elio y Aurelio, respectivamente.

La madre y la hermana de Marco lo acompañaron a la Casa de Tiberio, una mansión situada en el monte Palatino, llamada así en honor del emperador que la había construido más de un siglo atrás. Antonino había trasladado la corte imperial desde el remoto complejo de Adriano en Tíbur y la había devuelto al centro de Roma. Cuando llegaron allí Marco y su familia, debieron de quedarse perplejos al ver que los sirvientes del palacio estaban cargando carros con estatuas, ropa y muebles, como si el emperador estuviera mudándose de allí en lugar de mudarse allí. Tras ser conducidos al jardín, seguramente recibieron la grata sorpresa de ver a Antonino vestido con una simple toga, como si fuera un ciudadano llano, y no con la vestidura imperial. Había despachado a sus guardias; tal vez estuviera escuchando con atención a alguno de sus sirvientes

mientras conversaban sobre la cosecha de uva vendimiada en la propiedad que la familia de Antonino tenía en Lorio, cerca de la costa. El nuevo emperador prefería la vestimenta sencilla y la ropa de cama confeccionada por los trabajadores de sus propias tierras, enseres que sus ayudantes habían enviado al palacio.

Marco vio enseguida que su padre adoptivo pensaba seguir viviendo en la medida de lo posible como un ciudadano corriente pese a su nuevo cargo. A lo largo de su reinado, Antonino reduciría la pompa imperial «al más alto grado de moderación», con lo que se ganó el respeto de mucha gente.[1] Sin embargo, no era un asceta. Tenía la suerte de poder disfrutar de muchos privilegios, pero ni se avergonzaba de estos ni los daba por sentados. Supo apreciar los placeres de la vida imperial sin abusar de ellos y no se molestaba si había lujos de los que no podía gozar. Marco admiraba su moderación y consideraba esta cualidad como la señal de que ese hombre, como Sócrates, había alcanzado «un espíritu bien templado, invicto».[2] Este era el ideal de los filósofos estoicos, quienes consideraban que el placer y los privilegios externos de la vida no eran ni malos ni buenos. Lo importante, tal como aprendería Marco, era emplearlos con sabiduría.

De inmediato, Antonino abolió los servicios de los odiados informadores a sueldo y espías militares en los que había confiado su predecesor. Como emperador, «liberó el espíritu de todos» de la opresión y devolvió a la gente su libertad «íntegra y completa».[3] Solo con esa acción debió de transformar la atmósfera de todo el imperio y especialmente de la capital. Las poderosas familias romanas, entre las que se contaban los amigos y parientes de

Marco, pudieron relajarse y hablar con más libertad, pues sabían que ya no se encontraban bajo vigilancia.

En comparación con Adriano, Antonino se relacionaba mejor con los senadores, ya que estos lo veían como uno de los suyos. Cuando ascendió al trono, le confirieron el título honorífico de Padre de la Patria (*Pater Patriae*). Al principio lo rechazó, pero acabó aceptándolo unos años más tarde. Ese título, aunque no otorgaba ningún poder, había sido introducido por el emperador Augusto, quien pretendía de ese modo desempeñar el papel de *paterfamilias* supremo o guardián de la moral de todos los ciudadanos del imperio. Adriano había tenido que esperar diez años para recibirlo, un periodo inusualmente largo, lo que quizá reflejara que sus súbditos no lo consideraban adecuado como figura paterna ni como modelo para el país. En cambio, con Antonino el imperio tenía un gobernante cuya moralidad nadie ponía en cuestión.

Inmediatamente después de morir Adriano, Antonino anuló el compromiso de Marco con Ceyonia Fabia y lo prometió a su propia hija, Faustina la Menor. Esta decisión ratificaba que Marco era el siguiente en la línea del trono. El joven ya había cumplido los diecisiete años, pero Faustina solo tenía siete, por lo que Marco debía esperar otros siete años, hasta que ella tuviera edad para casarse. Él estuvo de acuerdo, si bien al principio dudó y pidió tiempo para reflexionar. Más adelante se mostraría agradecido por haber preservado su virginidad durante el máximo tiempo posible y retrasado la práctica sexual hasta alcanzar la edad adecuada —los quince años, según los romanos—, aunque Marco afirma que esperó más tiempo.[4] Puede que incluso se reservara hasta su noche de bodas, pese a que eso significaría que no mantuvo relaciones

sexuales hasta los veinticuatro años. En el mismo pasaje agradece a los dioses «no haber estado en contacto con Benedicta ni con Teodoto», tal vez esclavos, mujer y hombre respectivamente, desconocidos para nosotros aparte de esta mención.[5] El contexto parece dejar claro que se refiere al sexo. Quizá fuera tentado en otras ocasiones durante la larga espera hasta el matrimonio con Faustina, pero él decidió contenerse aunque le resultara difícil.

La primera tarea pública que desempeñó Marco como hijo del emperador fue la organización del complicado funeral público de su abuelo adoptivo celebrado en Roma. La tradición dictaba que debía incluir un grandioso torneo de gladiadores, lo que suponía una onerosa responsabilidad para un joven de diecisiete años. Pero no defraudó ni a la familia imperial ni al pueblo.

Al cumplir los dieciocho, Marco fue nombrado cuestor, la típica magistratura inicial en el *cursus honorum*, o «carrera de honores», la carrera política de los senadores. Años atrás, Adriano había propuesto que se hiciera una excepción con Marco y se le permitiera servir en el Senado cuando cumpliera los dieciocho. (Su hermano adoptivo Lucio Vero, en cambio, tuvo que esperar hasta los veinticuatro, como dictaba la norma).[6] Mientras que algunos pares suyos fueron enviados a las provincias para ejercer de tribunos militares, Marco recibió formación para ser un político de carrera. Sirvió en el Senado a las órdenes de Antonino cuando este fue cónsul en el año 139. Ese mismo año nombraron a Marco comandante de la orden ecuestre (había seis comandantes en total), un cargo casi militar, aunque sus obligaciones serían sobre todo administrativas. Adriano y Antonino parecían haber acordado que Roma estaría mejor gobernada por políticos que por soldados, pese

a que el propio Adriano había ascendido al poder por la jerarquía militar.

Al año siguiente, Marco, aun habiendo alcanzado tan solo la magistratura de cuestor, un cargo de bajo rango, fue nombrado cocónsul junto con su padre adoptivo, que desempeñaba entonces su segundo consulado. Por tradición, el honor del consulado se concedía a los senadores más experimentados y estaba restringido a hombres mayores de cuarenta y dos años que hubieran alcanzado la magistratura precedente de pretor. Marco había conseguido un puesto en el *cursus honorum* más alto que su padre natural, Anio Vero. Además, Antonino introdujo a Marco en otros colegios sacerdotales a petición del Senado. Hoy en día esto nos parecería nepotismo, pero era lo normal en la sociedad romana, en la que se suponía que los amigos y familiares más cercanos constituían las personas más fiables para ejercer un cargo. Es probable que Antonino argumentara además que Marco, en cuanto césar, debía ascender en la jerarquía lo antes posible. Diez años atrás, Adriano había provocado una crisis de sucesión al nombrar césar al mediocre Lucio Elio en contra del deseo general. En cambio, nadie expresó dudas respecto a la idoneidad de Marco, y los senadores querían que todo el mundo supiera que lo habían preparado a conciencia para suceder a Antonino en el trono.

Así pues, Marco estaba siendo formado para ayudar a Antonino en sus obligaciones con el fin de adquirir experiencia para su futuro papel. No obstante, no dejó de lado sus estudios de derecho, retórica y filosofía, ya bastante avanzados. En la actualidad podríamos describir al joven Marco como un adicto al trabajo; todo indica que era muy consciente de las responsabilidades inherentes a

su posición imperial y que sufría por ello. Y, en efecto, Frontón, su profesor de retórica, a veces se preocupaba porque su alumno trabajaba demasiado y lo animaba a tomarse más vacaciones y a relajarse un poco.

Una cosa está clara: Marco vio que su formación en filosofía estoica iba a proporcionarle los hombros de marfil que requería la dura vida de la corte. Tenía la molesta impresión de que la hipocresía, la falsedad y la insensibilidad eran predominantes entre la élite romana.[7] Al parecer, el joven césar buscó refugio en la relación con su madre, que era distinta de la mayoría de los nobles romanos en ese aspecto. «Si tuvieras a un mismo tiempo una madrastra y una madre, procurarías obedecer a tu madrastra, pero retornarías constantemente a tu madre. Que la corte y la filosofía sean ahora para ti tu madrastra y tu madre: vuelve a la filosofía con frecuencia y descansa en ella, y gracias a ella la corte te parecerá llevadera y tú parecerás llevadero a la corte».[8]

«Madre» significa aquí sabiduría y filosofía. Para Marco, su madre simbolizaba estas cualidades, igual que Frontón ya había comparado a Lucila con la diosa Atenea. La «madrastra» en esta analogía es la vida de la corte, y la esposa del padre adoptivo de Marco era la emperatriz, Faustina la Mayor, quien falleció en el año 140. Aunque fue una figura muy apreciada en Roma, Marco no dice nada sobre ella salvo de forma oblicua en este pasaje de brillante retórica. En contraste, las cartas de Frontón de ese periodo apuntan a que Marco y Lucila tenían una relación estrecha. Marco y Frontón citan muchas veces a Lucila en su correspondencia, siempre con afecto. En cambio, Faustina la Menor, la prometida y futura esposa de Marco, aparece, igual que la madre de esta, solo como figura vaga y

periférica, a pesar de que la joven esposa de Marco sería, tras la muerte de Faustina la Mayor, la mujer más importante de la sociedad romana y de todo el imperio.

El aprecio que Antonino sentía por Marco crecía día tras día. Según se dice, eran tan íntimos que en veintitrés años que pasaron como padre e hijo no se separaron más que dos noches en dos ocasiones distintas.[9] En el libro I de las *Meditaciones*, Marco describe las cualidades que más admira en otras personas. Nombra a dieciséis individuos en la sección principal, todos ellos familiares o maestros, y su madre es la única mujer mencionada. Finalmente, en el último pasaje alude de paso a Cornificia, su hermana; a Lucio, su hermano adoptivo; a Faustina, su mujer, y a sus hijos. Si juzgamos solo por el número de palabras que escribe Marco loando a cada personaje, salta a la vista que Antonino se yergue muy por encima de los demás.[10] Es evidente que este proporcionó a su hijo adoptivo abundantes ejemplos de las virtudes que enseñaba el estoicismo.

Marco no compuso su descripción de Antonino de manera espontánea. En un pasaje posterior de las *Meditaciones*, enumera las virtudes de Antonino describiendo cualidades semejantes con otras palabras.[11] Queda claro que ha analizado su carácter muchas veces. Además, Frontón dice que Marco alababa con frecuencia al emperador en público, mediante panegíricos. Según el retórico, no había ocasión en que su joven pupilo hablara con más honor, veracidad y placer que cuando se trataba de encomiar a su padre adoptivo.[12] Esos discursos contribuían a proporcionar el contenido de las prácticas contemplativas, una especie de meditaciones estoicas, como explica Marco en las *Meditaciones*:

> Cuando desees alegrar tu corazón, ponte a considerar la ventajosa superioridad de tus compañeros, por ejemplo, la laboriosidad de este, la circunspección de aquel, la liberalidad de uno y cualquier prerrogativa de otro. Nada nos deleita tanto como los ejemplos de las virtudes que resplandecen en la conducta de los compañeros y nos entran por los ojos como apiñadas en tropel. Por esto conviene tenerlas a mano siempre.[13]

Más de diez años después de que muriera su padre adoptivo, Marco seguía recurriendo a él como su modelo principal. No tenemos por qué poner en duda sus palabras cuando dice que su intención es, incluso como emperador, comportarse «en todo como discípulo de Antonino».[14] La *Historia augusta* confirma que desde el momento en que fue nombrado césar resolvió «acomodar sus actos, sus palabras y sus pensamientos a las enseñanzas de su padre [adoptivo]».[15]

Después de extenderse en elogios a Antonino, Marco termina el libro I de las *Meditaciones* con una nota de agradecimiento por haber tenido buenos sirvientes y buenos amigos y familiares, incluidos sus abuelos.[16] No obstante, matiza ese comentario con el apunte de que «casi» todos fueron buenos. ¿Quién no lo fue, en su opinión? En el libro I, el nombre más destacado que no figura en la lista de personas admiradas por Marco es el de Adriano, su abuelo adoptivo. Marco lo menciona cinco veces en capítulos posteriores, pero siempre muy fugazmente y como ejemplo de hombre a quien llega la muerte igual que a los demás pese a todo su poder y gloria pasados.

Dicha omisión es aún más llamativa si se tiene en cuenta la atención prodigada a las virtudes de Antonino, y dice mucho de la problemática relación entre Marco y Adriano. Sin duda, esta es una

de las razones por las que no parece probable que las *Meditaciones* estuvieran pensadas para publicarse en vida de Marco. Las espléndidas alabanzas dirigidas a Antonino implican inevitablemente una serie de contrastes poco halagüeños con su predecesor.[17] Según las palabras de Marco, Antonino era todo lo que no había sido Adriano. La exclusión de Adriano se habría percibido como un gran desaire, una *damnatio memoriae*, en tanto sugiere que Marco no tenía literalmente nada bueno que decir de su abuelo adoptivo.

Marco se había resistido a incorporarse a la familia imperial después de ser testigo del declive de Adriano; temía que el cargo de emperador lo corrompiera a él también. Habría preferido vivir en paz como filósofo, escribir libros y frecuentar los salones intelectuales de su madre. Y quizá lo habría hecho si Antonino no le hubiera demostrado que era posible vivir con sabiduría incluso en un palacio. Antonino era un hombre sin pretensiones, apacible, paciente, indulgente y humilde, mientras que su predecesor no tenía ninguna de estas cualidades. Las fortalezas de que hacía gala Antonino parecían ser innatas a su carácter. Marco no estaba seguro de ser capaz de llegar a la altura del ejemplo ofrecido por su padre adoptivo. Dudaba de su propia vanidad e irascibilidad, entre otros defectos.

Marco nunca llegó a librarse de las preocupaciones que le ocasionaba ser emperador. Décadas después todavía se aconsejaba a sí mismo no «cesarizarse», no dejar que su alma se impregnara de la púrpura de Tiro de su vestimenta imperial en lugar de impregnarse de sabiduría. «Lucha por conservarte tal cual quiso hacerte la filosofía», se advertía a sí mismo.[18] Algunos predecesores de Antonino habían llevado ropajes color púrpura con

bordados ornamentales como símbolo de estatus, y eso, a ojos del público, se acercaba más a la indumentaria real de un rey que a la de un primer ciudadano, que era lo que debía ser el emperador. La preferencia de Antonino por la ropa sencilla era signo de que su intención era gobernar como servidor público en cooperación con el Senado, y no como un autócrata al estilo de los monarcas absolutos que se encontraban entre los «bárbaros» de los reinos orientales, como Partia.

Marco enumera las cualidades que temía perder si permitía que la púrpura real penetrara en su alma. Entre ellas figuran el afecto (la *philostorgía*) y la bondad que aprendió de Lucila y de sus tutores estoicos. Mientras que su padre adoptivo reinaba con sabiduría y justicia, Adriano había sido un hombre débil, envenenado por su propia posición, cuya crispada mente había acabado tiñéndose de púrpura. Marco no tenía ninguna intención de convertirse en otro Adriano. Paradójicamente, sentía que para evitar convertirse en un césar debía «hacerlo todo como discípulo de Antonino».

En esa época, la educación de Marco estaba centrada, como era natural, en la oratoria y la redacción de discursos, artes esenciales para los cargos públicos, en especial para un futuro emperador. Y así era: se ejercitaba extensamente en retórica griega y latina. Los oradores más aplaudidos eran los sofistas griegos, cuyas floridas y estimulantes clases abarcaban una serie de enseñanzas filosóficas concernientes sobre todo a la virtud. En cambio, por tradición, los rétores latinos se enfocaban más en desarrollar la destreza en la práctica de la escritura de discursos legales y políticos romanos. Durante la segunda sofística, sin embargo, tendieron a imitar a los sofistas griegos que tanto complacían a la multitud. Frontón, como

su predecesor Séneca, podría bien definirse como una especie de sofista latino.

Entre las cartas de Frontón a Marco que se conservan, la más temprana se ha datado en el año 139 d.C., lo que indicaría que Frontón fue nombrado tutor del joven césar no mucho después de que Antonino ascendiera al trono. Según Dion Casio, los maestros de retórica griega de Marco eran Aninio Macro, Caninio Céler y Herodes Ático.[19] Si bien Herodes era el más importante de los tres, parece ser que Antonino no lo hizo desplazarse de Atenas a Roma hasta el año 140, cuando el joven césar tendría diecinueve.[20] Unos años después, en 143, Herodes fue nombrado cónsul por segunda vez, convirtiéndose así en el primer griego que desempeñaba el cargo de *consul ordinarius*. Frontón, que probablemente entró a formar parte de la casa imperial en el año 139, es el único rétor latino mencionado como tutor de Marco. Igual que Séneca, Frontón era abogado de profesión más que maestro de retórica. Aun así, fue elogiado como el más excelente orador latino de su época e incluso fue comparado con Cicerón.[21]

Marco tuvo tres tutores griegos y solo uno latino, lo cual pudo haber sido una consecuencia más del filohelenismo de su madre. De todos modos, aunque Frontón recibe algunos elogios en las *Meditaciones*, nada se dice de Herodes ni de los demás tutores de retórica griega.[22] De hecho, Marco daría más adelante las gracias por haber escapado a los encantos de Herodes y no haberse convertido en uno de sus discípulos sofistas.[23] A ojos de Marco, la retórica latina no era tan sospechosa como la sofística griega. Colmó de más honores a Frontón que al resto de sus maestros de retórica, y un tiempo después solicitó al Senado que erigiera una estatua en

honor de este rétor (probablemente tras su fallecimiento). De la correspondencia entre ambos se extrae que, si bien Frontón centraba sus enseñanzas en ejercicios retóricos, de vez en cuando hacía referencia a la filosofía. Esto era casi inevitable, pues algunos de los textos cuyo lenguaje estudiaban, como los de Lucrecio, Cicerón y Séneca, trataban sobre todo de doctrinas filosóficas.

A pesar de los esfuerzos de estos autores latinos, la filosofía continuaba asociándose fundamentalmente a la lengua griega (por eso Marco escribió las *Meditaciones* en griego). Después de que su maestro de pintura, Diogneto, lo familiarizara con unos pocos filósofos, Marco siguió un programa de estudios más formal en la materia. La *Historia augusta* dice que sus tutores principales de filosofía fueron los estoicos Apolonio de Calcedonia, Sexto de Queronea, Junio Rústico, Claudio Máximo, Cina Cátulo y el aristotélico Claudio Severo.[24] A diferencia de los rétores, todos estos hombres son recordados en las *Meditaciones*.

Casi dos siglos antes, Augusto, el fundador del imperio, había establecido un precedente al haber sido alumno de dos tutores estoicos y al animar a otros a leer filosofía en sus años de madurez. Algunos de sus sucesores siguieron su ejemplo. El emperador Nerón, por ejemplo, tuvo como tutor de retórica al filósofo Séneca, aunque es verdad que terminó ejecutándolo. En cualquier caso, Marco Aurelio recibió una formación en estoicismo mucho más rigurosa y extensa que ningún otro emperador romano. De los seis profesores mencionados, se decía que Rústico y Apolonio fueron quienes más instrucción filosófica le dieron.[25] Marco escribió que otro estoico, Claudio Máximo, también lo influyó de un modo muy profundo.[26] Estos tres hombres no solo le mostraron cómo «vivir en

concordancia con la naturaleza», sino que, a juicio de Marco, ejemplificaban la filosofía estoica como modo de vida y, por tanto, en lugar de guiarse por las pasiones como el miedo o la cólera, se guiaban por la razón.

Rústico, Máximo y Severo fueron también políticos consumados, y todos alcanzaron el rango de cónsul. No sabemos nada de Cina Cátulo, excepto que Marco indica que le enseñó la importancia de «elogiar a los maestros, como es fama que lo hacían Domicio y Atenodoto».[27] Atenodoto era un profesor estoico más o menos de la generación anterior.[28] Desconocemos quién era Domicio, pero su nombre sugiere que pertenecía a la *gens Domitia* y era por tanto pariente de Domicia Lucila, quizá un tío o un primo. Si en la familia de Lucila ya había algún estudiante devoto del estoicismo, eso podría explicar por qué la madre de Marco optó por tantos maestros estoicos para la educación de su hijo.

Apolonio y Sexto, en cambio, no eran políticos, sino maestros profesionales de filosofía procedentes de Grecia. (Es cierto que Marco alaba a Sexto, pero pudo haber sido alumno suyo unos años después).[29] De niño, Marco habría asistido a clases de Apolonio de forma puntual. Apolonio regresó a Atenas hacia el final del reinado de Adriano, pero Antonino lo llamó de vuelta a Roma para que supervisara los estudios filosóficos más avanzados de Marco.

Para Marco, Apolonio fue uno de esos hombres que ejemplificaron una vida consagrada a la razón y a la virtud.[30] Nunca se enfadaba con sus alumnos. De naturaleza humilde, consideraba que su dominio de la filosofía y sus habilidades para la enseñanza, que deslumbraban a sus jóvenes pupilos, eran sus logros menos importantes. Sin embargo, ese hombre recién llegado de Atenas,

donde daba clases, era uno de los principales eruditos del imperio. El énfasis que ponía en vivir de forma racional era propio del estoicismo. Marco lo vio soportar unos fuertes dolores, una enfermedad larga y la pérdida de un hijo con una gran entereza filosófica.

Entre los maestros de filosofía de Marco, Apolonio era el más ilustre y el que tuvo más responsabilidad en la formación estoica del joven. No obstante, ni siquiera la influencia de este prestigioso sabio puede explicar la transformación que experimentó Marco. Falta mencionar a otro maestro: de hecho, Marco recibió más enseñanzas estoicas de Junio Rústico, «a quien reverenció y siguió».[31] El ensalzamiento excepcional que prodiga a Rústico en las *Meditaciones* confirma que a sus ojos era el segundo después de Antonino. Y esto suscita una pregunta intrigante: ¿por qué la educación que recibió Marco Aurelio de Junio Rústico fue más importante para él que lo que aprendió de Apolonio y de los otros estoicos?

7

DISCÍPULO DE RÚSTICO

Una vez inmerso en sus estudios de filosofía, Marco Aurelio empezó a oír hablar con frecuencia de Epicteto, un gran filósofo estoico fallecido poco tiempo atrás —hacia el final del reinado de Adriano— en Nicópolis, Grecia. Desterrado por el emperador Domiciano durante una purga política cuarenta años antes, ese antiguo esclavo había atraído a muchos estudiantes, pero nunca había puesto nada por escrito. En los años que siguieron a su muerte, todo parecía indicar que su profunda sabiduría y su voz única y poderosa se habían perdido para siempre.

Si el sabio de Nicópolis hubiera vivido un poco más, Antonino podría haberlo hecho regresar a Roma junto a su compañero estoico, Apolonio. O Marco podría haber peregrinado hacia el este, a Grecia, para sentarse a los pies de aquel maestro. Epicteto, pese a ser casi contemporáneo de Marco, sería considerado por este como uno de los mayores filósofos de la historia, al lado de Sócrates y de Crisipo, el mejor erudito del estoicismo temprano.[1] Esto muestra la altísima estima en que Marco tenía a Epicteto (sería equivalente a comparar a un dramaturgo moderno con Shakespeare). El joven césar perdió por muy poco la oportunidad de conocer en persona al filósofo más venerado de su época.

Junio Rústico probablemente citaría a Epicteto en presencia de Marco, lo que sin duda irritaría a su joven discípulo, pues los comentarios de Rústico a menudo tenían la intención de desafiar la presunción de Marco. Rústico afirmaría, con su característica franqueza, que pasearse vestido con la túnica púrpura por el palacio no era más que necia vanidad. Incluso el emperador, Antonino, vestía la mayor parte del tiempo como un senador corriente. No sabemos cómo serían sus tensos intercambios acerca de la vanidad del joven Marco. «¡Pero yo soy el césar!», podemos imaginar que replicaría el alumno. «Al contrario —quizá objetaría Rústico—, eres un alma débil y pequeña, con un cadáver a cuestas, que cree ser césar».[2] Si esas eran el tipo de enseñanzas que Rústico había extraído de Epicteto, es fácil comprender por qué un noble romano de la posición de Marco las habría encontrado tan desafiantes. En cualquier caso, la relación entre ambos fue estrecha. Rústico solía provocar con sus pullas a Marco, pero también le enseñó a restablecer la amistad después de una pelea.

Adriano asistió a las clases de Epicteto durante una de sus primeras estancias en Grecia, quizá alrededor del año 112, cuando fue arconte de Atenas.[3] Se cuenta que Adriano se hizo amigo de Epicteto —aunque cuesta imaginarlo—, y en algún momento conoció también a uno de sus alumnos más devotos, un escritor griego llamado Arriano, a quien debemos nuestro conocimiento del pensamiento de Epicteto. Después de ser coronado emperador, Adriano promovió a Arriano y lo hizo cónsul sufecto en el año 130. (En enero de todos los años se elegían dos cónsules ordinarios, *consules ordinarii*, que servían habitualmente durante un año, pero, si uno dimitía o fallecía, el senador que se encargaba de ocupar su

puesto durante el tiempo restante adquiría el título, algo menos prestigioso, de cónsul sufecto). Más adelante, Arriano fue nombrado prefecto de Capadocia, uno de los cargos más altos del ejército romano. La primera noticia que tenemos de Junio Rústico, el profesor de filosofía de Marco, es su nombramiento también como cónsul sufecto en el año 133, durante el reinado de Adriano.

El eslabón perdido entre Epicteto y Marco Aurelio lo encontramos en un extraordinario comentario sobre Arriano y Rústico hecho por un orador romano del siglo IV llamado Temistio, que ofrece una vívida descripción de cómo el servicio militar juntó a esos dos famosos estoicos:

> [Los emperadores Adriano, Antonino y Marco Aurelio] separaron a Arriano y a Rústico de sus libros y no les permitieron ser meros filósofos especulativos. No les dejaron escribir sobre la valentía ni quedarse en casa, ni componer tratados legales y evitar el dominio público regulado por la ley, ni decidir qué forma de gobierno es la mejor y abstenerse de participar en él. Los emperadores a que aludo, en consecuencia, llevaron a estos hombres a la tienda del general y al estrado del orador. Y estos hombres, desempeñando sus cargos de generales romanos, atravesaron las Puertas Caspias, expulsaron a los alanos de Armenia y aseguraron las fronteras ante los íberos y los albanos.[4]

En otras palabras: Rústico sirvió junto a Arriano en el año 135, en la guerra de Roma contra los alanos, una agresiva tribu de nómadas sármatas. Los alanos habían cruzado la cordillera del Cáucaso y habían atacado el estado vasallo romano de Armenia a través de la Iberia caucásica (el este de Georgia) y la Albania caucásica (Azerbaiyán). Arriano estaba al mando de tres legiones capadocias, mientras que Rústico, más joven en el rango consular, debió de servir a sus órdenes como legado de la legión. Tan solo nos es

posible imaginar las conversaciones que mantuvieron esos dos famosos estoicos durante el servicio militar que realizaron juntos. Puede que fuera Arriano quien introdujera en la filosofía estoica a Rústico, dándole una copia de sus notas personales sobre las lecciones de Epicteto.

Más adelante, Marco Aurelio expresaría su gratitud a Rústico por haberle entregado una copia de ciertas notas (*hypomnémata*) procedentes de su colección privada que contenían las enseñanzas de Epicteto. Es muy posible que este fuera uno de los acontecimientos más importantes de la vida de Marco, al menos con respecto a su amor por la filosofía. Puesto que en otros lugares cita repetidamente las *Disertaciones* de Epicteto transcritas por Arriano, podemos suponer que este fue el libro que le dio Rústico. En origen, las *Disertaciones* constaban de ocho volúmenes, pero solo cuatro han sobrevivido hasta nuestros días. Además de citar fragmentos de los cuatro libros existentes, Marco parece atribuir a Epicteto comentarios y pasajes que de otro modo nos serían desconocidos, lo que sugiere que leyó también los cuatro volúmenes que faltan de las *Disertaciones*. Sin embargo, durante un tiempo, quizá hasta que no llegaron a manos de Marco y de la corte, casi nadie sabía de la existencia de dichos escritos. De hecho, cuando Arriano publicó más tarde las *Disertaciones*, añadió un prefacio en el que subrayaba que en principio estaban destinadas a circular en privado entre sus amigos más cercanos. «No comprendo cómo fueron a parar a manos del público —dice Arriano— contra mi voluntad y sin mi consentimiento».[5]

Marco admiraba a Rústico sobre todo por sus maneras sinceras y modestas, típicas de un estoico y muy distintas de las de los sofistas.

En este sentido, menciona concretamente una carta del filósofo de fecha desconocida dirigida a Lucila, su madre, que ejemplificaba la clase de franqueza al hablar que sabemos que ella aprobaba.[6] Rústico la envió desde la ciudad costera de Sinuessa, que se encuentra en la vía Apia, la ruta que conectaba Roma con el puerto adriático de Brundisium (la actual Bríndisi). Tal vez escribió a Lucila mientras regresaba del este, poco después de la victoria de Arriano en la guerra contra los alanos. Era costumbre entre los romanos educados enviar cartas por adelantado para avisar de su llegada y comunicar al receptor su deseo de verlo en persona. Marco tendría quince años recién cumplidos y ya sentía pasión por la filosofía. La sencillez y la franqueza de la carta debieron de impresionar y aliviar a Lucila por contraste con las argucias de los sofistas. Quizá por este motivo, Lucila designó a Rústico, recién llegado de la guerra y de sus conversaciones con Arriano, como tutor privado y profesor de estoicismo de su hijo.

Marco obtuvo dos cosas de Rústico que no obtuvo de Apolonio ni de los demás tutores estoicos. La primera fue la copia de las *Disertaciones* de Epicteto, que supuestamente Rústico se trajo consigo desde el este después de que su antiguo comandante se las entregara.[7] Las *Disertaciones* diferían en muchos aspectos del estoicismo que Marco había estado estudiando hasta entonces. Su principal profesor de filosofía en aquella época era Apolonio, a quien menciona en sus cartas a Frontón.[8] Por su parte, el rétor parece mofarse de Apolonio cuando escribe a Marco:

> Efectivamente, supongamos que lees un libro ante un filósofo; que atiendes en silencio mientras el maestro lo interpreta; que asientes con la cabeza para indicar que lo has comprendido; mientras otros leen, tú la mayor parte de las

> veces tal vez estás dormido; tal vez oyes decir una y mil veces: «¿Cuál es la primera premisa? ¿Cuál es la segunda?». Con las ventanas abiertas de par en par, oyes repetir el punto trabajado: «Si es de día, hay luz».[9]

Frontón afirma en broma que Marco se despreocuparía de las lecciones, pues no tendría ningún trabajo que hacer ni ningún progreso que mostrar ante su profesor. Estaba sugiriendo que ese tipo de clases de filosofía eran fundamentalmente teóricas, mientras que la oratoria, a su modo de ver, era un arte práctico.

Aunque Marco elogia a Apolonio por adoptar el estoicismo como estilo de vida, la caricatura que hace Frontón del filósofo implica que este no se preocupaba demasiado de cómo se comportaban sus alumnos fuera de clase. En marcado contraste, Arriano afirma que su maestro Epicteto retaba a sus alumnos, a menudo con mucho énfasis, a que fueran consecuentes y se ejercitaran en la sabiduría y la virtud en su vida diaria.[10] A pesar de que su lenguaje no era tan refinado como el de los oradores, Epicteto buscaba —como Sócrates mucho antes que él— transformar el carácter de sus alumnos cuestionando directamente sus creencias y valores más profundos. Sus palabras tenían un hondo impacto psicológico: «Si estos discursos consiguieron al menos eso, tendrían, creo, lo que han de tener los discursos de los filósofos. Si no, sepan al menos quienes los lean que, cada vez que él los pronunciaba, quienes le oían experimentaban por fuerza justamente lo que él quería que experimentaran».[11] Sospecho que Marco también se quedó impresionado y se sintió motivado para trabajar en la mejora de su carácter después de que Rústico lo iniciara en las *Disertaciones*. Para Epicteto, la formación estoica se centraba en el autoexamen moral, la resistencia, la autodisciplina y la resiliencia emocional. En otras

palabras, no era algo abstracto y teorético, sino profundamente personal y con una orientación terapéutica.

El propio Epicteto había estudiado filosofía estoica con el équite romano Musonio Rufo, quien solía decir una máxima que nunca se habría oído en boca de un sofista: «Si os sobra tiempo para alabarme, es que hablo en balde». Epicteto decía de su maestro: «Y es que hablaba de tal manera que cada uno de los que estábamos allí sentados pensábamos que alguien nos había denunciado ante Rufo: hasta tal punto tocaba los hechos, hasta tal punto ponía a la vista los vicios de cada uno. La escuela del filósofo, señores, es un hospital: no habéis de salir contentos, sino dolientes».[12] ¿Era así para Marco en cuanto alumno estoico de Rústico? El énfasis en apuntar y desafiar desde la raíz los defectos de carácter de cada uno de los alumnos no podría estar más alejado de las tediosas clases públicas sobre lógica estoica a las que Frontón dice que Marco asistió.

Si lo primero que Marco obtuvo de Rústico fue una copia de las *Disertaciones* de Epicteto, lo segundo fue un concepto de la filosofía estoica como forma de terapia psicológica. Las *Meditaciones* afirman explícitamente que fue Rústico quien señaló por primera vez a Marco que necesitaba mejorar su carácter, es decir, fue el primero en hacerle «terapia» (*therapeia*).[13] Mucha gente cree de forma equivocada que la psicoterapia empezó con Sigmund Freud y su método psicoanalítico.[14] Sin embargo, la literatura griega ya había recurrido muchas veces al vínculo entre la medicina y la filosofía, presentando a la filosofía como una especie de «medicina» para el alma. El método dialéctico característico de Sócrates, el *élenkhos*, por ejemplo, se describía como una cura para el engreimiento

intelectual semejante a un remedio farmacéutico, aunque aquí los ingredientes eran palabras y no fármacos: una «cura a través de la conversación», como diríamos hoy en día.[15] De todas las escuelas filosóficas de la Antigüedad, la estoica era la que más se asociaba a la idea de filosofía como terapia para la mente (*psyché*). Los estoicos escribían libros sobre terapia filosófica y psicopatología, como el antaño famoso *Terapéutica* de Crisipo, que, como muchas de estas obras tan tempranas, se ha perdido. Hubo autores romanos que utilizaron la misma analogía médica. *Sobre la ira*, de Séneca, ha sobrevivido hasta nuestros días, y en ella se explica con lucidez cómo la filosofía estoica de las pasiones podía aplicarse en la práctica.

¿Cuál era entonces el principal «motivo de consulta» que preocupaba a Marco y por el que fue en busca de terapia? Podemos indagar en el pasaje en el que se menciona por vez primera la *therapeia* estoica y las áreas en que lo instruyó Rústico. Si nos fijamos, Rústico parece haber ayudado a Marco ante todo a dominar dos vicios que suelen aparecer juntos: la vanidad y la cólera. Los cambios positivos que Rústico le ayudó a lograr se asemejan también a las cualidades que Marco admiraba en Antonino y otros. En otras palabras: mediante la terapia estoica, consiguió parecerse más a quienes tenía por modelos de conducta.

Como hemos visto, Epicteto advertía a sus alumnos que señalarles sus defectos solía ser terapéutico pero doloroso. En cierto momento, Marco establece una comparación entre corregir con amabilidad el comportamiento moral de alguien y el hecho de señalarle a alguien, con delicadeza y sin llegar a irritarlo, que huele mal o que tiene mal aliento.[16] Es posible entender así por qué las intervenciones

terapéuticas de Rústico pudieron provocar algunas veces la ira de Marco, pero también por qué Marco le estaba agradecido por ello. Pues fue precisamente Rústico, el hombre con quien más a menudo chocaba Marco, quien le enseñó cómo recobrar la compostura y reconciliarse con sus amigos. Según Epicteto, el estoico ideal es capaz de argumentar con calma y sabiduría; no se pelea con nadie y, en la medida de lo posible, tampoco permite que otros se peleen. Por encima de todo —afirma—, Sócrates nunca se enfadaba en una discusión, nunca agredía ni insultaba a nadie, sino que soportaba el comportamiento irrespetuoso de otros y, cuando le era posible, ponía fin a las peleas.[17] Por tanto, Epicteto sugiere que lo principal que deben aprender sus alumnos de Sócrates es cierta clase de templanza, la capacidad de tolerar el desacuerdo sin convertirlo en una pelea.

Esa fue también la lección principal que Marco recordaba haber aprendido de otro de sus tutores estoicos, Cina Cátulo.[18] Este enseñó a Marco a prestar atención cuando sus amigos le señalaban sus defectos, porque, incluso aunque sus críticas parecieran injustificadas, al escucharlos con paciencia podía descubrir la manera de restablecer la amistad. Rústico debió de enseñarle más o menos lo mismo. Marco pudo acceder a un modelo de esta actitud observando el comportamiento de su padre adoptivo. Antonino tenía una tolerancia excepcional hacia la libertad de expresión. Aceptaba las discrepancias y agradecía a los demás que lo corrigieran. Escuchaba incluso a quienes lo criticaban de manera injusta sin criticarlos él a su vez.[19] En su correspondencia con Frontón, Marco muestra muchas de estas cualidades, que iban a serle muy útiles cuando más adelante ejerciera como diplomático y negociador.

Marco dice que Rústico también tuvo que prevenirlo para que no se comportara como un sofista. Su amor por la oratoria a veces venía motivado por su vanidad. Rústico se percató de ello y le reprochó valerse de la poesía y la retórica solo para impresionar a los demás. Los sofistas solían pronunciar sermones moralizantes sobre la virtud, pero no hacían ningún esfuerzo por vivir según sus enseñanzas. Rústico convenció a Marco de que así estaba desperdiciando sus capacidades; en lugar de aparentar ser bueno, debía centrarse en serlo: en transformar su carácter mediante el ejercicio de la filosofía.

Las cartas que Marco enviaba a Frontón en esa época están llenas de imágenes vívidas que revelan los pormenores de la vida familiar del joven césar y contienen muchos indicios de su progreso filosófico. En una escena bastante cómica, Marco describe el caos provocado por los horribles dolores menstruales de su hermana Ania:

> Así he pasado yo estos días: mi hermana se sintió afectada de repente por un dolor tan intenso en sus partes íntimas que resultaba horrible mirarla. Encima, mi madre, en medio de aquel ajetreo, se golpeó sin querer el costado contra la esquina de la pared, haciendo que todos nosotros, y no solo ella, nos sintiéramos muy afectados por aquel accidente. Por mi parte, cuando me iba a acostar, me encontré con un escorpión en mi cama: me ocupé, no obstante, de matarlo antes de meterme en ella.[20]

En su respuesta, Frontón asegura que la formación estoica de Marco lo había preparado para permanecer calmado: «Doy gracias a los dioses porque te han mantenido sano y salvo. Estoy seguro de que tú, a juzgar por tus principios, no te has sentido turbado; por mi

parte, aunque vosotros, los ya iniciados, os riais de mí, realmente me siento consternado».[21] Por aquel entonces, los amigos de Marco no solo veían con claridad que el joven césar estudiaba con devoción el estoicismo, sino que se encontraba ya en el camino de dominar la característica *apatheia* estoica, la liberación del sufrimiento emocional. No obstante, de la correspondencia entre Marco y Frontón se deduce que el joven césar se sentía cada vez más dividido entre su atracción inicial por la retórica y su compromiso creciente con los ideales de la filosofía estoica. Una especie de competición surgió entre Frontón, su maestro de retórica favorito, y Rústico, su mentor estoico, como si estuvieran luchando por el alma de su alumno. Al final, Marco no pudo soportarlo más tiempo, y el conflicto desembocó en una dramática crisis emocional.

Todo había ido bien hasta que ese conflicto se intensificó. A principios del año 145, Marco fue nombrado cónsul por segunda vez, junto a Antonino, para quien se trataba del tercer consulado. En abril se casaron por fin Marco y Faustina, ya que ella había cumplido los catorce años. Pero hubo algo que cambió poco después de la boda y que dejó a Marco muy inquieto. Había estado leyendo la obra de un autor llamado Aristón, un estoico griego temprano que se separó de Zenón para abrazar una filosofía más simple y austera, semejante al cinismo.[22] Marco, que entonces tenía veinticinco años, escribió angustiado a Frontón.[23]

Empezó por asegurar a Frontón que los libros de Aristón estaban ayudándolo a convertirse en mejor persona y a encontrar una mejor manera de vivir. Al mismo tiempo, sin embargo, se sentía avergonzado y frustrado porque su carácter estaba muy por debajo de sus ideales. Marco explica que se siente agitado, que oscila entre

la ira y la tristeza, y que incluso ha perdido el apetito. Se disculpa por no haber escrito antes a Frontón y asegura que ello se debe a que está demasiado preocupado por ese desasosiego interior. En particular, había acabado convenciéndose de que no estaba bien defender un argumento y el contrario, un ejercicio que los antiguos rétores y abogados practicaban habitualmente.

Mi impresión es que Marco había visto a Frontón, al principio, como una persona distinta de los sofistas griegos. Frontón siempre decía que ayudaba a Marco a emplear un lenguaje elocuente no solo para cosechar alabanzas, sino para expresar las verdades filosóficas con más claridad. Sin embargo, con el tiempo, Marco se dio cuenta de que a Frontón le preocupaba más la persuasión que el amor a la verdad. Frontón, como los sofistas griegos, decía lo que creía que el público quería oír: había elogiado a Adriano en el Senado, por ejemplo, pero lo había criticado después de muerto. Decir cosas contradictorias según la conveniencia era algo que los estoicos no soportaban.

Aunque sabemos que Marco había sentido fascinación por la filosofía desde que tenía doce años, suele tomarse ese momento, más de una década después, como el punto en el que por fin abraza el estoicismo sin reservas. Puede que, tras introducir a Marco en las *Disertaciones* de Epicteto, Rústico le prestara los escritos de Aristón. Frontón menciona más tarde que Marco ha abandonado el ejercicio formal de la retórica, y la correspondencia entre ellos empieza a ser menos frecuente. Frontón afirma que Rústico se vio obligado a conceder «de mala gana» que Marco conservaba un talento natural para pronunciar discursos. El rétor reconocía con tristeza que «mi querido Romano Rústico, que de buen grado habría ofrecido su

propia vida por una uña tuya», había conquistado completamente a Marco para que viviera según la filosofía estoica.[24]

8

LOS DOS EMPERADORES

«No sueñes con ver establecida la república de los filósofos de la noche a la mañana —se dijo Marco Aurelio—; antes bien, conténtate con progresar a pequeños pasos y considéralo no poco fruto».[1] Gneo Claudio Severo Arabiano fue un político romano y otro de los tutores de filosofía de Marco Aurelio. Entre ellos se llamaban «hermanos», y un hijo de Severo se casaría más adelante con una hija de Marco. Severo, que era aristotélico, formó en filosofía política a Marco. Gracias a él, Marco conoció la obra de varios filósofos partidarios de los valores de la Roma republicana y opuestos a la tiranía política, entre los que se contaban el estoico Catón el Joven, contrario a Julio César; Bruto, uno de los principales asesinos de César, y Trásea, un senador estoico ejecutado por oponerse al emperador Nerón.

A Marco le había resultado difícil comprender cómo podía evitarse que el cargo de emperador degenerara en una forma de tiranía política. Severo lo convenció de que podía existir un imperio «que respete, por encima de todo, la libertad de sus vasallos». Juntos concibieron un Estado político utópico regido por un gobierno mixto «fundado sobre la igualdad y la libertad de voto», con igualdad de derechos y libertad de expresión para todos.[2]

Es difícil saber cómo concebía Marco la aplicación práctica de este ideal filosófico —en apariencia radicalmente igualitario— a la realidad política del principado. En todo caso, pudo observar cómo su padre adoptivo, Antonino, daba importantes pasos orientados a compartir el poder en lugar de gobernar como un autócrata. Mientras que Adriano se había vuelto cada vez más autoritario y ajeno al pueblo, Antonino se veía a sí mismo más como un servidor de sus súbditos. Siendo ya emperador, se decía de él que trataba a los senadores con el mismo respeto con el que habría querido ser tratado por el emperador cuando él mismo era miembro del Senado.[3] Antonino consultaba con frecuencia a los senadores y se preocupaba de obtener su aprobación antes de tomar decisiones importantes. Más adelante, Marco seguiría su ejemplo. Además, como tal vez Antonino antes que él, consideraría que el tesoro público pertenecía al Senado y pediría permiso antes de emplear esos fondos.[4]

La transición de Marco de césar a emperador ocurrió más gradualmente de lo que se tiende a pensar. Empezó cuando él y Faustina tuvieron su primer hijo. Dos años después de casarse, a finales del año 147, nació una niña. De inmediato, Antonino otorgó a Marco, como césar, el poder tribunicio y el proconsular fuera de la ciudad, y además le concedió el derecho a realizar cinco propuestas en el Senado. (El Senado en su conjunto deliberaba sobre las leyes, y solo podían realizar propuestas legislativas algunos de sus miembros, entre ellos, los magistrados de alto rango, como los pretores y los cónsules). Más o menos por esas fechas, Faustina fue nombrada augusta. Este título, equivalente al de emperatriz, podían llevarlo la hija del emperador o la viuda de un emperador. Aun

siendo solo césar, Marco ejercía poderes imperiales cruciales y estaba casado, al menos nominalmente, con una emperatriz.

Esos nuevos poderes y títulos significaban que, durante los últimos trece años del gobierno de su padre adoptivo, Marco no solo era su mano derecha, sino también coemperador en todo menos en el nombre. Desde ese momento, el emperador no promovió a nadie sin consultar antes a su hijo adoptivo. Marco estaba muy comprometido con sus obligaciones y era un vicegobernante activo. Por tanto, la política que se llevó a cabo en Roma en ese periodo puede ser vista en principio como reflejo de los valores políticos que compartían Antonino y Marco.

Es posible que esos fueran los años más felices de Marco, con su tiempo dividido entre los deberes imperiales y la vida familiar en Roma. Entre los años 149 y 152, Faustina dio a luz a dos gemelos, y después a dos hijas y a otro hijo.[5] Sobre el año 155, sin embargo, la madre de Marco murió. Había estado viviendo con su familia adoptiva en la Casa de Tiberio, y Marco daría las gracias después porque «mi madre, destinada a morir joven, pasó por lo menos cerca de mí sus postreros años».[6] Muy poco después de la muerte de Domicia Lucila, Marco perdió también a su única hermana, un año menor que él. De pronto, los lazos con su familia carnal, que era su refugio frente a la tensión de la vida palaciega, desaparecieron para siempre.

Entre 159 y 160, Faustina tuvo dos hijas más. Daría a luz al menos a trece hijos a lo largo de su matrimonio, entre los que había dos parejas de gemelos. Alrededor de la mitad de los niños murieron mientras aún vivían Marco y Faustina. Existen monedas acuñadas durante ese periodo que conmemoran la *fecunditas Augustae*, la

fertilidad de la emperatriz, una cualidad muy estimada por las gentes romanas; pero sin duda tuvo que ser una vida dura para ella. Pasó embarazada casi la mitad de su matrimonio; desde el nacimiento del primer hijo hasta el del último transcurrieron veintitrés años. En las *Meditaciones*, aparte de una posible referencia a que estuviera de nuevo embarazada, Marco no dice nada de su mujer salvo que agradece a los dioses «haber tenido una consorte tan fiel, tan afectuosa [*philóstorgos*] y tan genuina».[7] Parece sincero al alabar a su esposa; le atribuye cualidades similares a las que poseía su madre y de las que carecían, según Frontón, muchos nobles romanos.

En parte, Antonino había sido designado emperador porque Marco era todavía muy joven y se requería un gobernante intermedio adecuado. Adriano, que murió a los sesenta y dos años, no tenía motivos para prever que su sucesor llegaría a la venerable edad de setenta y cuatro, y que acabaría por tanto gobernando veintitrés años. Sin embargo, aunque se cuidaba, Antonino sufrió dolores de cabeza y problemas crónicos de espalda hacia el final de su vida. Se encorvó tanto que tuvo que ponerse tablillas en el torso para poder caminar erguido. De todos modos, era raro que consultara a los médicos y siguió trabajando de forma incansable. Se apoyó sin reservas en Marco, que fue su aprendiz durante un periodo de tiempo inusitadamente largo.

El emperador Antonino Pío falleció en marzo del año 161 en su villa ancestral de Lorio, tras un acceso de fiebre y vómitos causados por un queso alpino que había comido. Lo normal habría sido que una muerte semejante hubiera provocado acusaciones de envenenamiento deliberado, pero ninguna fuente menciona que

hubiese rumores de ese tipo. Al contrario, se dice que lo último que hizo Antonino fue ordenar a sus prefectos pretorianos que aclamaran a Marco como emperador. Realizó el traspaso de poder disponiendo que trasladaran a la habitación de Marco una estatua dorada de la diosa Fortuna que tenía en sus aposentos. Durante un breve lapso de tiempo, a Antonino se le ofuscó la mente a causa de la fiebre, pero recuperó la compostura. Transmitió al guardia nocturno la contraseña *aequanimitas*, se dio la vuelta y se sumió en un sueño del que no despertó.

El término «ecuanimidad» resume perfectamente la percepción que tenía el pueblo del carácter y el gobierno de Antonino. De él aprendió Marco que, siendo paciente e incluso calmado, se podía dirigir el Imperio romano con sabiduría y gobernar al pueblo con justicia. En acentuado contraste con su predecesor, el Senado deificó a Antonino sin dudarlo: «Fue divinizado por el Senado, asintiendo todos a porfía, puesto que todos alababan su piedad, su clemencia, su talento y su probidad».[8] Antonino había regido el imperio durante más tiempo que ningún otro hombre desde Augusto, su fundador; aun así, no hubo voces que reclamaran un cambio de gobierno, ni siquiera hacia el fin de su reinado, que era cuando solían intensificarse ese tipo de peticiones. Los años en los que ejerció el poder no estuvieron exentos de retos, por supuesto, como inundaciones, hambrunas, edificios incendiados y derrumbados, y terremotos que destruyeron ciudades enteras.

Fue el periodo culminante de la Pax Romana, una etapa en la que el imperio floreció y disfrutó de una paz prolongada. Adriano, justo es decirlo, había dejado un Estado muy bien organizado con eficientes defensas militares. Antonino, conocido por su diplomacia,

lidió sabiamente con los disturbios que hubo en el imperio. «Reprimió las sediciones allí donde surgieron no con crueldad, sino con moderación y dignidad», se dijo de él.[9] Libró algunas guerras a distancia a través de sus legados, como la que expandió el poder romano más allá del muro de Adriano, a las tierras bajas escocesas, y llevó a la construcción del muro de Antonino.[10] No obstante, en general mantuvo la paz en las fronteras del imperio y en los estados vecinos sin recurrir a las armas. De hecho, a Antonino le gustaba citar una vieja frase: «prefería salvar a un solo ciudadano antes que matar a mil enemigos».[11] «Nadie tuvo, ciertamente, tanta autoridad sobre las naciones extranjeras», dice con entusiasmo la *Historia augusta*. Marco Aurelio heredó el imperio en esas envidiables condiciones.[12]

Tras la muerte de Antonino, Marco quiso retirarse de la vida pública y entregarse «por completo al estudio de la filosofía», tal vez con la esperanza de que Lucio Vero, el siguiente en la línea de sucesión y su hermano adoptivo, aceptara el trono en lugar de él. Sin embargo, el Senado le rogó que fuese él el emperador.[13] Accedió con la condición de que confirieran poderes semejantes a Lucio. Marco asumió el cognomen Antonino para denotar la continuidad entre su gobierno y el de su padre adoptivo, y decidió suprimir el de Elio, el cognomen de Adriano. Los títulos de emperador y augusto, así como la potestad tribunicia, los compartió con su hermano.

Era la primera vez que dos emperadores romanos gobernaban codo con codo, aunque otros hubieran compartido el poder con anterioridad, como cuando Marco, siendo césar, ejerció poderes imperiales cruciales durante el reinado de Antonino. Dice la leyenda

que, cuando los primeros romanos depusieron a su último rey, Tarquinio el Soberbio, lo sustituyeron por dos cónsules. Para evitar que ninguno abusara de su poder, los dos presidían el Senado y el uno podía vetar las mociones del otro. Desde entonces, el consulado siempre se compartía. Así pues, aunque novedosa, la idea de un gobierno conjunto de dos emperadores no carecía de precedentes. Puede que, al compartir el poder tribunicio, Marco y Lucio fueran igualmente capaces, al menos en teoría, de controlar el poder que tenía el otro sobre el Senado, lo que quizá se viera como una precaución ante la posibilidad de que el cargo de emperador degenerara en una forma de gobierno de un solo hombre. Los senadores sin duda recordarían cómo Antonino, que ejercía el poder imperial del césar, había salvado a muchos de ellos al templar la mano de Adriano durante sus últimas semanas de vida.

En cualquier caso, Marco tenía más autoridad (*auctoritas*) que Lucio. Su nombre siempre se mencionaba primero en las inscripciones. El año en que murió Antonino, los dos fueron cónsules, Lucio por segunda vez y Marco por tercera, por lo que este tenía más antigüedad en el Senado. Era asimismo *pontifex maximus*, el sacerdote supremo de la religión romana, cargo que era desempeñado por un solo hombre. Mientras que Marco llevaba tiempo casado con Faustina, hija de Antonino y augusta, Lucio era soltero cuando ascendió al trono, a los treinta años. Entonces estaba prometido con la hija de Marco, Lucila, de once años, de modo que debía esperar tres años para casarse con ella.[14] Pese a que Marco había descartado el nombre familiar de Vero, se lo otorgó a Lucio, como si este fuera su hijo adoptivo y no su hermano.[15] Aunque en sentido nominal Lucio era un segundo augusto, en la práctica era un

adjunto de su hermano con un poder sometido al suyo a la manera de un procónsul o gobernador provincial.[16]

Marco era casi diez años mayor que Lucio y todo el mundo sabía que tenía muy mala salud, mientras que Lucio era conocido por su vigor y gusto por los deportes. Así pues, se esperaba que Lucio viviera más que su hermano, y en ese caso se quedaría como único emperador, o como coemperador mayor encargado de gobernar con algún hijo de Marco. Además, Lucio era popular, pues tenía más don de gentes que Marco. Aunque Antonino había trabado más relación con Marco, le gustaba la actitud franca y llana de Lucio, y había animado a Marco a que la imitara.[17] En cambio, Lucio nunca simpatizó mucho con Antonino y más bien le mostró lealtad que afecto sincero.[18]

En su madurez, sobre todo cuando fue emperador, Lucio se ganó una especie de estatus de estrella. Era alto y atractivo. La frente prominente le daba una apariencia majestuosa. Estaba tan orgulloso de su pelo rubio que por lo visto se lo rociaba con polvo de oro para añadirle brillo.[19] En las esculturas que se han conservado hasta hoy podemos ver que Lucio se arreglaba la barba más o menos como lo hacía su padre biológico, Lucio Elio César, pero la llevaba más larga y estilosa, como si quisiera imitar el aspecto descuidado de algunos pueblos «bárbaros».[20]

Lucio solo tenía ocho años cuando fue adoptado por la familia imperial. En los viajes, Marco montaba en el carruaje de Antonino. Lucio iba siempre con uno de los prefectos pretorianos, lo que le proporcionó durante más de veinte años la oportunidad única de estrechar lazos con los altos oficiales del ejército romano. El padre biológico de Lucio había comandado una legión en Panonia durante

un año aproximadamente, y se había ganado un cierto nombre por unas pocas victorias modestas. Los soldados ponían muchas veces grandes esperanzas en los hijos jóvenes de sus generales favoritos, y los pretorianos debieron de acoger con simpatía al joven Lucio mientras crecía bajo el ala de su comandante; quizá hasta lo adoptaron como talismán. Ya de adulto, además, a Lucio se lo consideraba «mejor dispuesto para las empresas militares» que a Marco debido a su relativa juventud y buena salud.[21] Aun sin tener experiencia militar, serviría de representante de su hermano ante las legiones.

Después de que el Senado los proclamara emperadores, Lucio y Marco se dirigieron a las afueras de Roma para pronunciar su discurso de ascenso al trono ante los soldados reunidos en la plaza de armas de la *castra praetoria*.[22] Marco pidió a Lucio que se dirigiera a ellos en su nombre y que ofreciera a cada uno un donativo de cinco mil denarios, más o menos cinco veces la paga anual, y un extra para los oficiales. Para los nuevos emperadores, comprar la lealtad de los pretorianos se había convertido en un mal necesario desde la ascensión de Claudio, quien había dado casi cuatro mil denarios a cada uno. En esa ocasión, los pretorianos tal vez esperaban que dos emperadores dieran más dinero que uno. Los soldados rugieron su aprobación y aclamaron a los hermanos emperadores. Sin embargo, Marco ya preveía que la lealtad de las cohortes pretorianas no tardaría en ponerse a prueba en una campaña en los confines orientales del imperio.

9

LA INVASIÓN DE LOS PARTOS

Durante las horas que precedieron a su muerte, el emperador Antonino, delirando de fiebre, perdió temporalmente su característica ecuanimidad. Estaba agitado, y los disparates que soltaba, iracundo, contra ciertos reyes parecieron tomar un tinte profético.[1] Vologases IV, de la dinastía arsácida, rey de Partia, fue sin duda uno de los nombres que pronunciaron los labios moribundos del emperador.

Antonino había enseñado a Marco «a anticipar los sucesos futuros» y a adoptar una perspectiva a largo plazo en el gobierno del imperio.[2] Los estoicos como Junio Rústico le enseñaron a adoptar una actitud filosófica ante los sucesos que quedaran más allá de su control, a no sentirse «ni quebrantado por lo presente ni amedrentado por lo venidero».[3] Mientras el emperador agonizaba, su hijo adoptivo y adjunto llevaba mucho tiempo preparándose para asumir el poder. Los dos hombres intuían, sin embargo, que la época de paz, que había durado dos décadas y de la que el reinado de Antonino había sido sinónimo, estaba a punto de quebrarse.

Antonino nunca había librado una guerra, pero mediante sus legados había apaciguado levantamientos en el este del imperio, entre los judíos, en Acaya (Grecia) y en Egipto. Prefería asegurar la paz por medios diplomáticos. Alrededor del año 139, por ejemplo,

persuadió al rey Manu VIII, que gobernaba el reino de Osroene, de que trocara su alianza con los partos por la romana.[4] Osroene era un importante estado tapón ubicado estratégicamente entre Siria y Armenia. Una moneda datada en torno a los años 141 y 143 muestra también a Antonino coronando a un nuevo rey vasallo de Armenia, un cónsul romano llamado Sohaemo.

Antonino estableció tratados con varios gobernantes orientales, pero dejó claro que no devolvería el trono dorado a Partia pese a la insistencia de sus representantes.[5] Varias décadas antes, Trajano se había apoderado de aquel codiciado objeto y lo había enviado desde Ctesifonte a Roma, donde se exhibía como trofeo de guerra. Devolverlo habría fortalecido la autoridad del rey Vologases sobre otras dinastías rivales partas, y Antonino sabía muy bien que una Partia unida supondría una gran amenaza para las fronteras orientales del Imperio romano.

Los partos fueron en su origen un pueblo guerrero nómada de jinetes de la estepa. La región que dominaban había sido el Imperio persa, conquistado por Alejandro Magno en el siglo IV a.C. Durante los siglos transcurridos desde entonces, los reinos fundados por los sucesores de Alejandro se habían ido derrumbando poco a poco, y los partos pasaron a ser dueños de muchas ricas ciudades helenísticas situadas en las lucrativas rutas de la seda que iban desde Roma hasta los reinos de India y China del Lejano Oriente. Aunque los partos nunca consiguieron apoderarse de muchos territorios romanos, eran vistos como el mayor enemigo militar de Roma, puesto que en el pasado le habían infligido varias derrotas humillantes.

En el año 151 d.C., Vologases derrotó a un rey arsácida rival y conquistó el reino independiente de Caracene, en la Baja Mesopotamia. La capital era un próspero puerto de mar situado cerca de la desembocadura del Tigris y el Éufrates, desde donde partían los barcos de mercancías que cruzaban el golfo Pérsico hasta la India. Eufórico por la victoria, Vologases amenazó con invadir Armenia, el estado vasallo romano más importante del este. Antonino le envió una carta que logró disuadirlo.[6] El emperador sabía, no obstante, que solo estaba retrasando la invasión de los partos. Como dice la *Historia augusta*, mientras Antonino gobernaba, Vologases planeó la guerra parta que estallaría durante el reinado de Lucio Vero y Marco Aurelio.[7]

Marco ya empezaba a encontrarse con problemas. En cuanto ascendió al trono, se diría que los dioses comenzaron a poner a prueba su estoicismo.[8] Primero tuvo lugar una terrible inundación provocada por el Tíber, la más severa que se recordaba. Durante varios días, hasta que las aguas retrocedieron, la ciudad quedó atestada de porquería, escombros, aguas residuales y cuerpos hinchados de animales ahogados. Muchos edificios acabaron destrozados, la mayoría de ellos *insulae*, que eran bloques de pisos altamente inestables donde vivía la gente común. La ciudad era un caos, y fueron necesarios varios meses para limpiarla; mientras tanto, las casas se caían, los alimentos se pudrían y el ganado moría. Por si fuera poco, la inundación trajo consigo enfermedades y una feroz hambruna.

Roma tenía recursos para sobrellevar esas catástrofes. Marco hizo lo que pudo para ayudar a la recuperación de la ciudad pidiendo a los almacenes que distribuyeran cereal a la población hambrienta.

Pero el auténtico peligro era de carácter político. Siempre que el «padre Tíber» se desbordaba, los romanos de a pie lo veían como un castigo de los dioses, un presagio que alimentaba la inquietud respecto al emperador en funciones, que era también el sumo sacerdote. Marco tuvo la suerte de que el 31 de agosto del año 161 —mientras todavía lidiaba con las consecuencias del desastre— Faustina diera a luz a dos gemelos varones, lo cual fue motivo de celebración popular, pues constituía una señal de que el emperador seguía contando con la bendición de los dioses.

La emperatriz había perdido con anterioridad a varios bebés. Durante este último embarazo soñó que daba a luz a dos serpientes, una más fuerte y feroz que la otra. Y, en efecto, uno de los dos gemelos murió a los cuatro años. Al niño que sobrevivió le habían puesto el mismo nombre que el otorgado a su tío Lucio Vero unas décadas antes, cuando fue adoptado por la familia del emperador: Lucio Elio Aurelio Cómodo. Nosotros lo conocemos simplemente como Cómodo.

En el otoño del año 161, mientras la ciudad celebraba aún el nacimiento de los gemelos, llegó la noticia de que Vologases había invadido Armenia, lo cual era muy alarmante. Roma había aprendido a temer a los partos desde la época de la última república, cuando estos habían vencido al ejército entero de Marco Licinio Craso en la batalla de Carras, en el año 53 a.C.[9] Craso, recién nombrado gobernador de Siria, marchó con siete legiones a cruzar el Éufrates hasta la Alta Mesopotamia, donde lo engañaron para entablar batalla con una fuerza parta de poca importancia cerca de Edesa, la capital de Osroene. Los partos eran jinetes natos, y sus monturas ágiles, y el conocimiento del terreno y la capacidad de encontrar agua les

dieron una enorme ventaja logística. Las legiones romanas se vieron obligadas a acampar cerca de ciudades y a marchar por las riberas de los ríos para mantenerse hidratadas. Craso cometió el error fatal de enviar a la infantería, quemada por el sol y exhausta por la larga marcha, a la batalla en la estepa parta. Craso murió junto con veinte mil soldados, y diez mil más fueron hechos esclavos. Esta gran derrota, la primera de los romanos ante Partia, nunca se olvidó. Debió de pesar en la conciencia de Marco mientras consideraba qué respuesta dar a la invasión de Vologases.

El reto de vencer a la caballería parta en una batalla campal seguía prácticamente inalterado doscientos años después. Los partos tenían un acero más fuerte —con un porcentaje más alto de carbono — que los romanos. Era difícil penetrar las armaduras de escamas partas, y sus puntas de flecha podían atravesar el *scutum* de los legionarios, un escudo ligero de madera. La mayoría de las tropas partas eran jinetes arqueros con armaduras ligeras y arcos recurvos. Contaban con el apoyo de una caballería pesada, los catafractos, los predecesores de los caballeros medievales europeos. Estos jinetes llevaban pesadas lanzas de doble punta, supuestamente capaces de ensartar a dos hombres a la vez. Frontón comparó a los catafractos partos —que cargaban contra la infantería romana montados en caballos recubiertos de bardas de escamas (armaduras para el cuerpo de los caballos)— con monstruos gigantescos dotados de aletas que se sumergían bajo las olas del mar.[10]

La táctica favorita de los partos era rodear a toda prisa al enemigo a caballo y bombardearlo con una lluvia de flechas. Si el adversario intentaba resistir y esperar a que terminara el ataque, los partos eran reabastecidos mediante camellos cargados con cantidades de

munición en apariencia infinitas. Si el enemigo atacaba, los arqueros partos hacían una retirada táctica y se alejaban a toda velocidad hasta una distancia segura. Habían perfeccionado una técnica conocida como el disparo parto (de donde viene la expresión «flecha del parto»). Apoyándose en los estribos para mantenerse estables, los jinetes se volvían en la silla, de cara atrás, y disparaban sobre el enemigo mientras se alejaban cabalgando. Si la infantería enemiga lograba acercarse a ellos, los arqueros partos estaban cubiertos por los pesados lanceros de los catafractos, que cargaban y arrasaban con todo, rompiendo las formaciones de infantería y haciéndolas vulnerables a la siguiente lluvia de flechas.

Dos semanas después, para cuando llegó a Roma la noticia del ataque de los partos, Vologases había tomado ya Artaxata, la capital de Armenia. Depuso al rey vasallo, nombrado décadas atrás por Antonino, y lo sustituyó por un miembro de la dinastía arsácida parta. Marco iba a tener que esperar hasta marzo, cuando empezaría la campaña de primavera. En el intervalo, no obstante, tendría tiempo para preparar a los ejércitos del este y trazar un plan para la contraofensiva, pero, antes de que tuviera ocasión de dar ninguna orden, una catástrofe insólita alteró el curso de la guerra.

El místico Alejandro de Abonutico fue uno de los personajes más extravagantes de la era de Antonino. La mejor descripción que tenemos de él procede de *Alejandro o el falso profeta*, una sátira de Luciano de Samosata, un retórico del siglo II. Alejandro se hizo rico y famoso al fundar un culto oracular alrededor de los años 150-160 d.C. basado en la adoración de un dios serpiente con pelo largo y orejas humanas. Glicón, o «dulce», como se llamaba, era

supuestamente hijo de Esculapio, el dios de la medicina, y nieto por tanto del dios olímpico Apolo.

La historia que nos cuenta Luciano puede resultarnos bastante fantasiosa, pero existen pruebas arqueológicas y numismáticas que confirman la popularidad de este culto. Luciano afirmaba que Glicón era una elaborada marioneta y que el culto era una estafa palmaria. Escribió que Alejandro se envolvía el cuerpo con una pitón auténtica, ocultaba la cabeza del reptil y mostraba en su lugar una cabeza de marioneta, en una sala de escasa iluminación y llena de humo de incienso. Cuando los crédulos suplicantes formulaban sus preguntas, un ayudante escondido detrás de una cortina pronunciaba las respuestas de Glicón por un tubo oculto pegado a la boca de la marioneta.[11]

El culto de Alejandro se extendió muy deprisa desde su provincia natal de Bitinia y Ponto, sobre todo después de que su hija se casara con su admirador más influyente, el gobernador de la provincia romana de Asia. El gobernador de una provincia vecina, Marco Sedato Severiano, procónsul de Capadocia, decidió consultar a Glicón acerca de la invasión de los partos. El oráculo dijo que, si Severiano atacaba de inmediato, Armenia y Partia se amedrentarían ante la poderosa lanza de Roma. Severiano, sorprendentemente crédulo, lanzó contra los partos una campaña irreflexiva y no autorizada por Marco.

Esa locura temeraria desembocó en una de las peores derrotas militares desde la de Carras; Luciano la definió simplemente como «el desastre de Armenia».[12] Severiano partió con una legión desde Capadocia hasta el oeste de Armenia para recuperar la estratégica ciudad de Elegeia. Pero, en cuanto llegaron allí, los

rodearon las fuerzas de un general parto llamado Cosroes. Después de tres días de batalla, Severiano fue derrotado y cayó sobre su espada a causa del deshonor.[13] Una lluvia de flechas partas masacró a sus tropas.[14] La humillante pérdida de una legión entera destrozó la moral romana, retrasó la contraofensiva planeada por Marco y Lucio, y quizá hasta prolongó varios años la guerra.

Los partos, envalentonados por esa victoria casual, cruzaron el Éufrates e invadieron la provincia romana de Siria. La guarnición apostada allí no había librado una batalla de importancia contra los partos desde hacía casi medio siglo. Los hombres carecían totalmente de disciplina y estaban en baja forma, al contrario que las legiones acuarteladas en la región europea, que solían estar de maniobras todo el tiempo, entrenando en entornos campestres. Además, como en el este había escasez de agua potable, a los soldados romanos se les permitía pasar el tiempo en las ciudades, frecuentando tabernas y burdeles.

El gobernador de Siria, Lucio Atidio Corneliano, cuyos soldados se contaban entre los que se pasaban el día holgazaneando en las ciudades, estuvo cerca de sufrir una derrota crucial. Una de sus legiones fue aplastada y se vio obligada a retirarse, posiblemente a la fortaleza de Samosata. Los partos arrebataron a los romanos el control de varias ciudades fortificadas de la ribera del Éufrates. Al mismo tiempo, en Siria surgió la amenaza de una revuelta popular contra el dominio romano. Podemos suponer que algunos civiles se pusieron del bando de los partos, y es posible que los soldados también se amotinaran o hubieran estado a punto de hacerlo. De repente, Roma corría el riesgo de perder toda la región a manos de Vologases.

Los coemperadores empezaron a planear una nueva contraofensiva. Severiano había emprendido aquel desastroso ataque contra los partos con una sola legión. Los complejos preparativos que realizó Marco para la siguiente fase de la guerra parta muestran claramente cuánto había subestimado el procónsul a su adversario. Ante todo, Marco y Lucio decidieron que uno de los dos debía viajar al este. Muchos soldados tenían la convicción, o al menos la esperanza, de que un ejército comandado por un emperador era invencible, ya que los dioses estarían de su parte.[15] (Por supuesto, no muchos emperadores se acantonarían cerca del frente si no confiaran en la victoria). La moral del ejército podía mejorarse, por tanto, mediante la presencia de su dirigente y de sus cohortes pretorianas.[16]

Lucio quedó al frente de la guerra parta y se dirigió a Antioquía, en Siria, para establecer allí el cuartel general. Marco insinuaría más adelante que supervisó la guerra desde Roma, lo que en parte puede ser cierto.[17] Aun valiéndose del eficiente sistema de comunicaciones mediante postas, se necesitaban unos trece días de ida y otros tantos de vuelta para enviar y recibir mensajes entre Roma y Antioquía. Hubo que delegar, así, el mando supremo en el este a Lucio, aunque él a su vez dejara muchas decisiones en manos de sus generales. En cualquier caso, esta guerra se conocería como la campaña parta de Lucio Vero, y en gran medida definiría su periodo como coemperador.[18]

Con Lucio fueron el prefecto pretoriano Furio Victorino, un contingente de guardias y un séquito de cortesanos, los acompañantes del emperador (*comites*). Como ya se ha comentado, Victorino y Lucio eran seguramente amigos, pues habían viajado

juntos durante años antes de que Lucio pasara a ser emperador. Marco envió también a su primo por parte de padre, el cónsul Marco Anio Libón, para que vigilara a Lucio. A pesar de que Libón carecía de experiencia militar, Marco lo escogió para reemplazar al gobernador militar de Siria. También sustituyó al derrotado procónsul Severiano por el veterano comandante Marco Estacio Prisco, el gobernador de Britania. Esta jugada nos proporciona una idea de los retos logísticos a los que se enfrentó Marco: Prisco habría tardado casi dos meses en llegar desde Britania, en el extremo oeste del imperio, hasta Capadocia, en el frente oriental.

En esos momentos, el ejército romano contaba en total con veintiocho legiones, las más duras de las cuales estaban acantonadas en la región del Danubio, en la frontera septentrional. Ya había habido problemas en las provincias del norte y hasta algunas incursiones recientes. Aun así, Marco transfirió hacia el este a decenas de miles de soldados desde la frontera del Danubio, dejando esta zona en condiciones vulnerables. Se ordenó a los gobernantes del norte que emplearan la diplomacia para evitar conflictos a toda costa, o al menos para posponerlos hasta que se resolviera la crisis parta.

Roma contaba con dos ejércitos en las provincias orientales, cada uno compuesto de varias legiones que Marco tenía previsto desplegar en dos frentes. El primero, el Exercitus Cappadocius, o ejército capadocio, estaba a las órdenes de Estacio Prisco y debía reconquistar la capital de Armenia. Este ejército constaba de las dos legiones capadocias que habían sobrevivido, la legión XII Fulminata, acuartelada en Melitene, y la legión XV Apollinaris, en Satala; es muy posible que Severiano hubiera perdido una tercera legión sin

nombre. Fueron a reforzarlas la legión V Macedonica, de Troesmis (la actual Brăila, en Rumanía), al mando del legado Publio Marcio Vero; la legión I Minervia, de Bonna (la actual Bonn), al mando del legado Marco Claudio Frontón, y algunos *vexillationes* (destacamentos temporales) de otras legiones norteñas a las órdenes de Publio Julio Geminio Marciano.

Después de que el ejército capadocio hubiera tomado la capital armenia, el Exercitus Syriacus (el ejército sirio) —comandado nominalmente por Libón, pero en la práctica por el legado Avidio Casio— expulsó a los partos de Siria y de la Alta Mesopotamia. Casio en principio estaba al mando de la legión III Gallica, de Rafanea, pero también le encargaron que entrenara a la legión IV Scythica, acuartelada en Zeugma, y a la legión XVI Flavia Firma, de Samosata. A las tres legiones sirias se les sumó la legión II Adiutrix, de Aquincum (hoy Budapest), comandada por Quinto Antistio Advento. Cada uno de los dos ejércitos del este estaba compuesto por cuatro legiones, más algunas tropas auxiliares y *vexillationes*. Debían de contar con unos ochenta mil hombres en total ayudados por la Classis Syriaca, la flota romana de la zona. Se trataba de una fuerza militar bastante grande, pero estaba muy por debajo del máximo que podía desplegar Roma en una guerra sin cuartel.

Casi al principio de la invasión, los partos intentaron penetrar en territorio sirio. Vologases había atacado creyendo que la guarnición romana todavía estaba débil, pero Avidio Casio «resistió valientemente el ataque» y sus legiones rechazaron al enemigo.[19] La *Historia augusta* contiene una supuesta carta de Marco a un prefecto cuyo nombre no se cita, aunque es posible que fuera Furio Victorino, el compañero de viaje de Lucio.[20] Los dos habían

hablado sobre Casio, quien se había ganado la reputación de ser un hombre severo, incluso cruel, durante su etapa como comandante en la frontera del Danubio. El prefecto afirmaba que las legiones sirias se habían acomodado a las «costumbres griegas» y se habían echado a perder; visitaban los burdeles de Dafne y hasta tomaban baños calientes. Marco describe a Casio como un hombre típico de la *gens Cassia*, familia conocida por mantener la «antigua disciplina» de la República romana. El prefecto coincidía en que Casio era el hombre idóneo para abolir los baños calientes y arrancar a los soldados «esas flores que llevan en la cabeza y en el cuello». Marco Aurelio lo envió para restaurar la disciplina. Sería la decisión más nefasta que tomaría el emperador en su vida.

10

LA GUERRA DE LUCIO VERO

Lucio Vero y su coemperador se despidieron con un abrazo y un beso. Aunque Lucio era el hermano adoptivo de Marco Aurelio, parecía más bien su hijo. Como no estaban solos, Marco se acercó a Lucio y le susurró un consejo: «Cuando tengas delante un banquete, acuérdate de decirte a ti mismo que no es más que un cerdo muerto, un pájaro muerto, y que el mejor vino de Falerno es zumo de uva y nada más. Así y de otras maneras debes aprender a moderar tus deseos».[1] Estas debieron de ser más o menos las palabras que pronunció Marco Aurelio. Lucio había oído muchas veces ese y otros consejos para no ceder en exceso a los placeres. Le gustaban demasiado los privilegios propios de su riqueza y estatus como para practicar la moderación durante mucho tiempo cuando su estoico hermano no andaba cerca de él para supervisarlo. Marco entendía la naturaleza humana y tenía un buen número de consejos psicológicos que dar, pero sabía que a Lucio no le interesaban.

Marco Aurelio acompañó a Lucio a la ciudad de Capua, en Campania, pero el Senado lo llamó de vuelta a Roma. Lucio había partido de Roma a Siria en el verano del año 162, un viaje que en principio se podía completar en diecisiete días. Antes de separarse de él, Marco lo había acompañado durante una tercera parte del

trayecto por la vía Apia, que llevaba al puerto italiano de Brundisium (Bríndisi). Lucio le aseguró a Marco que completaría cuanto antes el viaje hacia el este, pero en realidad no tenía ninguna prisa por llegar a la guerra.

A Marco lo requerían en Roma por ciertos asuntos urgentes, aunque quizá también tenía ganas de estar con su mujer y sus hijos. Más o menos por entonces, Faustina había dado a luz a otro hijo al que dieron el nombre que había llevado antes Marco: Marco Anio Vero. Mientras tanto, Lucio prosiguió con su séquito, y al parecer aprovechó el viaje para cazar en la región de Apulia y dar fiestas en varias villas. Estaba enfermo de gravedad cuando llegó a la ciudad de Canusio (la actual Canosa), de modo que Marco, recién llegado a Roma, tuvo que ponerse en marcha otra vez y apresurarse a acudir a su lado. El viaje en carro hasta allí debió de durar al menos cinco días. Sin duda, Marco estaba muy asustado por el estado de su hermano.

Lucio había tenido la mala suerte de nacer el mismo día que el emperador Nerón, tirano al que la élite romana había denigrado. Marco menciona el cumpleaños de ese emperador solo una vez para mostrar cómo ciertos hombres pueden degenerar en animales dominados por sus apetitos.[2] Un historiador temprano describe a Lucio como «otro Nerón», salvo que no era cruel ni dado a ejercer como actor o como músico, rasgo este último considerado sumamente vergonzoso por muchos romanos.[3] Lucio, como Nerón, se excitaba al hablar, abusaba de la bebida, era adicto a los juegos de apuestas y llevaba una vida extravagante y entregada a los placeres. Además de sus otros excesos, durante el viaje a Siria se

hizo famoso por sus relaciones adúlteras con mujeres y sus aventuras con chicos jóvenes.[4]

La *Historia augusta*, la principal fuente para conocer la vida de Lucio, lo describe como un emperador ni bueno ni malo, que no se cuenta ni entre los mejores ni entre los peores; exhibía una mezcla de virtudes y vicios.[5] Sin embargo, por algún motivo, el autor decide recrearse en los vicios y lo retrata como un borracho irresponsable y un donjuán. Muchos estudiosos modernos consideran que esos relatos de libertinaje son un tanto exagerados.[6] Si bien las pruebas contra Lucio son escasas, yo diría que otras fuentes confieren credibilidad a esa descripción, aunque tal vez sea una versión exagerada de sus rasgos auténticos. También se nos dice que Lucio tenía unos principios morales mucho más laxos que los de Marco, pero que era honrado y muy cándido. En cuanto al propio Marco, los únicos rasgos que pudo encontrar dignos de alabanza en su hermano Lucio fueron su lealtad y su afecto; lo veía como carente de la sabiduría de la que dependen otras virtudes.[7] Da la impresión de que Lucio era un individuo con grandes debilidades, pero relativamente inofensivo, quizá incluso un granuja simpático.

Es posible también que Lucio fuera alcohólico. En cuanto se libró de la supervisión de su hermano, empezó a beber tanto alcohol que acabó física y mentalmente enfermo. Tuvo que someterse a tres días de sangrías y abstinencia (es decir, de no beber vino) para estar en condiciones de continuar el viaje. Frontón, no obstante, temía que recayera de inmediato y empezara con las juergas otra vez, y le escribió: «Haz, mi señor, te lo pido encarecidamente, lo que conviene a tu egregia inteligencia, haz por moderarte, por ser parco

y poner freno a todos los gustos que, como es natural, en este momento es preciso que se manifiesten con más agudeza y con más violencia después de un ayuno que has tenido que observar durante un tiempo».[8] Así pues, no eran solo los historiadores posteriores, sino también Frontón, un amigo de la familia, quienes consideraban a Lucio un hombre proclive a excesos peligrosos.

Una vez recuperado, Lucio reanudó su camino hacia Antioquía, pero se desvió un poco por Grecia y visitó Corinto y Atenas, donde se alojó en la villa de Herodes Ático. (Muchos años después, Herodes descargaría su ira sobre Marco y desahogaría su resentimiento por el agobio que había supuesto tener a Lucio y a su comitiva en su casa durante aquella visita). Cuando Lucio llegó a Asia Menor, se detuvo en varias ciudades de la costa, de modo que se tomó su tiempo para llegar a Antioquía. No se sabe con precisión cuánto duró el viaje, pero su comportamiento provocó un juicio amargo y desaprobatorio por parte de la *Historia augusta*:

> En efecto, mientras que los sirios devastaban el Oriente tramando una sublevación después de haber dado muerte al legado del emperador y de haber pasado a cuchillo a las legiones, él cazaba en Apulia, hacía excursiones marítimas cerca de Corinto y Atenas, entre orquestas y coros, y se entretenía recorriendo las ciudades costeras de Asia, una a una, así como aquellas ciudades de Panfilia y Cilicia que eran más célebres por sus fiestas.[9]

Marco había pensado que el viaje enseñaría al irresponsable Lucio a administrar sus gastos y que su carácter mejoraría gracias a los rigores del servicio militar y los horrores de la guerra. Incluso era posible que «se diera cuenta de que era emperador» y empezara a comportarse como tal.[10] Marco esperaba que, si Lucio seguía con

su desenfreno, lo hiciera al menos lejos de los ojos de los ciudadanos romanos.

Mientras que Lucio se comportaba como si la guerra no le importase demasiado, Marco se quejaba, en sus cartas a Frontón de esa época, de que no podía dormir a causa de su preocupación por la amenaza que suponía Vologases. Frontón le respondió con una lista de desastres militares romanos que habían acabado convirtiéndose en victorias. Sin duda, quería tranquilizar a Marco y transmitirle que la fortuna de Roma todavía podía mejorar pese a los contratiempos iniciales.[11]

Debió de ser a principios del año 163 cuando Lucio llegó por fin a Antioquía con la supuesta finalidad de supervisar la logística del ejército. Los rumores decían, sin embargo, que, al verse libre de ataduras en Siria, «se dedicó a disfrutar de los placeres».[12] En lugar de dar buen ejemplo a las tropas, «vivió entregado a una vida licenciosa» en Antioquía y en la cercana y placentera Dafne.[13] Adoptó un nuevo vicio de las tropas sirias: pasarse toda la noche apostando a los dados. Bebía tanto que muchas veces sus sirvientes tenían que llevarlo inconsciente a la cama.

Se corrió la voz de que Lucio, como antes había hecho Nerón, se pasaba las noches deambulando con sus amigos por tabernas y burdeles.[14] Pese a que intentaba ocultar su identidad vistiéndose como un ciudadano cualquiera y poniéndose incluso una gorra barata de fieltro llamada *pileus* (el equivalente antiguo de nuestra gorra de visera), la gente lo reconocía con facilidad. El grupo de juerguistas se divertía tirando monedas pesadas a las copas de cerámica de las tabernas para romperlas. Lucio se metía con

frecuencia en peleas de borrachos y se levantaba al día siguiente con la cara llena de moratones.

Puede que Marco tuviera en mente a su hermano al escribir en las *Meditaciones* sobre «aquellos que tú mismo has conocido, cuando se afanaban inútilmente» porque estaban insatisfechos con la vida y les faltaba la sabiduría y la fortaleza de carácter para ser conscientes de su auténtico potencial.[15] Lucio, cuando no participaba en un banquete, estaba en los juegos de gladiadores o en las carreras de caballos. Durante su estancia en Siria, echaba tanto de menos asistir al Circo Máximo que se carteaba con frecuencia con sus amigos romanos para hablar de los resultados de las carreras de cuadrigas. Antes de irse de Roma había provocado una fuerte polémica al convertirse, igual que Nerón, en patrocinador de uno de los dos equipos principales, los verdes. Les dio grandes sumas de dinero, cosa que enfureció a los seguidores de los azules, sus rivales. Lucio llegó a llevarse adondequiera que viajara una estatua de oro de Volucer («Volador»), su caballo de carreras favorito. En Roma lo mimaba con golosinas y lo trasladó al palacio cubierto con una manta púrpura imperial, quizá indicando que había comprado el animal a su dueño. Cuando el caballo murió, Lucio lo hizo enterrar en la Colina Vaticana y encargó fabricar en su honor una costosa copa de cristal a la que llamó Volucer. El Volador era un recipiente con tanta capacidad que ningún hombre aspiraba a bebérselo entero, y puede que intentarlo fuera un juego inventado por el propio Lucio.

Después de su largo viaje hasta Siria, Lucio no pasó mucho tiempo en el cuartel de Antioquía. En verano solía rondar por la zona de ocio de Dafne, y en invierno, cuando la campaña se interrumpía,

se quedaba en la cercana ciudad de Laodicea. De hecho, muy poco después de llegar al este, dejó el mando del ejército sirio en manos de Casio, apartando al parecer a Libón, el gobernador de Siria. A Libón lo habían enviado allí a propósito para vigilar a Lucio e informar de su conducta a Marco. Libón no tardó en saltarse la autoridad de Lucio y requerir autorización directa de Marco para las actividades que se desarrollaban en la provincia. A Lucio debió de resultarle odiosa esa intromisión y pronto empezó a molestarse por la presencia de Libón.

11

PÁRTICO MÁXIMO

Marco Aurelio escuchaba en silencio mientras Estacio Prisco describía la táctica necesaria para librar la guerra contra los partos. Prisco era un veterano condecorado a raíz de la brutal guerra de Adriano contra Judea que había seguido a la revuelta de Bar Kojba. Desde entonces se le había confiado un alto cargo militar tras otro. El emperador, igual que su predecesor Antonino, era conocido por tener la humildad de aceptar el consejo de los expertos. «No debería darme vergüenza recibir ayuda —escribió—, igual que si a un soldado herido lo socorren sus compañeros con el fin de escalar las almenas de una fortaleza».[1] Marco intentó evitar los errores que había cometido Severiano y que habían supuesto la pérdida de una legión entera en Armenia.

El general no se anduvo con rodeos. Durante dos siglos, explicó, desde la masacre de Carras, los romanos habían aprendido por las malas cómo luchar contra los partos. Nunca debían alejarse de las fuentes de agua. No debían separarse de los ríos y las colinas, ni enfrentarse a los jinetes partos en las llanuras, donde podían rodear a la infantería. Enseñó a Marco cómo había que entrenar a los legionarios romanos para que resistieran incluso un ataque fuerte de caballería arrodillándose sobre una pierna, con las jabalinas clavadas en el suelo como picas. Prisco subrayó también la necesidad de

contar con armas de largo alcance. Las hondas, aun siendo menos precisas que los arcos, podían hostigar a los jinetes desde lejos, y eso proporcionaría el fuego de cobertura necesario para que la caballería romana pudiera rodear a los arqueros partos que intentaban huir, de modo que los legionarios pudiesen acercarse para matarlos.

En cualquier caso, Marco había escogido bien a su general. Tras llegar al este, Prisco comandó al ejército capadocio con clamoroso éxito. En el año 163 se apoderó de nuevo de Artaxata, la capital de Armenia, y devolvió al rey vasallo Sohaemo al trono. Los legionarios que estaban a sus órdenes se jactaban de que su temible general había matado a veintisiete enemigos con solo el sonido de su grito de guerra.

Para celebrar la victoria de Prisco, Marco y Lucio adoptaron el título de Imperator II, una distinción honorífica convencional que significaba que, por segunda vez, habían sido aclamados como emperadores por las legiones. Lucio tomó también el cognomen Armeníaco, «vencedor de Armenia». Una carta de Frontón deja claro que Marco se opuso férreamente a aceptar ese título y no cedió hasta un año después, ante la insistencia de su hermano.[2] Los estoicos le habían enseñado a contemplar con indiferencia los galardones que se le otorgaban. En vez de dar valor a los títulos públicos, debía aspirar a alcanzar cualidades como ser «bueno» y «racional» según su propio juicio, y vivir de acuerdo con esos ideales.[3]

Alrededor de esa época, la campaña siria sufrió otro revés inesperado y tal vez autoinfligido. Libón, el segundo al mando después de Lucio, murió de repente. Como se rumoreaba que se

había saltado a Lucio en la cadena de mando y había informado sobre el comportamiento de este a Marco, se sospechó que Lucio lo había envenenado. Fuera como fuese, la misteriosa muerte de Libón sin duda alteró la campaña romana en Siria. A pesar de que era nuevo en el puesto, era también el general de más alto rango de la provincia. Fue sustituido de forma temporal por Gneo Julio Vero, un curtido veterano que tenía a sus espaldas décadas de experiencia militar. No obstante, los sirios sentían cada vez menos respeto por Lucio y deseaban de forma creciente que los dirigiera uno de los suyos.

Tras la victoria inicial de Roma en Armenia, Lucio trató de negociar con Vologases. El coemperador se quedó atónito cuando el rey parto rechazó de forma rotunda sus intentos diplomáticos. Entonces escribió a Frontón, angustiado y disculpándose por no haber contactado antes con él. Se excusó diciéndole que no quería hacer que su viejo amigo fuera partícipe de «las preocupaciones que de día y de noche me han hecho sumamente desdichado y me han llevado casi a la desesperación de mi empresa».[4] Le explicó que había estado «entretenido en asuntos de urgencia» y que sus planes cambiaban sobre la marcha porque el resultado de la guerra parecía muy incierto. Era evidente que las cosas iban muy mal.

Los partos eran especialistas en realizar retiradas tácticas. La mayor parte de su ejército era montado e iban muy bien armados, de modo que, cuando perdían una batalla, podían huir fácilmente sin sufrir muchas bajas. Dos siglos antes, Marco Antonio se había desesperado al comprobar que solo quedaban ochenta cadáveres en el campo de batalla después de que miles de partos se hubieran retirado. De manera similar, pese a la victoria territorial de Lucio en

Armenia, las tropas partas de la región seguían siendo numerosas y podían proseguir con su campaña más al sur.

Tras salir de Armenia, las tropas enemigas penetraron en el reino vasallo romano de Osroene, ubicado en una posición estratégica en la Alta Mesopotamia, entre la provincia romana de Siria y el Imperio parto. Los partos, quizá ayudados desde dentro por alguna facción, conquistaron Edesa, la fortificada capital de Osroene, después de que el rey, Manu VIII, huyera a territorio romano en lugar de resistir. Las monedas acuñadas en esa época muestran a Vologases IV en una cara y a su nuevo rey vasallo, Wael, en la otra.

Mientras los partos estaban ocupados en Osroene, Lucio tomó como amante a una joven hermosa y sofisticada de Esmirna llamada Pantea. Hasta se afeitó la barba para complacerla, acto del que se rieron los habitantes de Antioquía. De la misma forma que la relación de Cleopatra con Julio César y con Marco Antonio se usó siglos más tarde para desacreditarlos, el retrato de Lucio y Pantea que ofrece la *Historia augusta* parece dirigido a poner en duda la competencia del emperador para gobernar, al insinuar que estaba dominado por una seductora extranjera.[5]

En el año 164, Lucila, la hija de Marco comprometida con Lucio, cumplió los catorce años. Marco y Faustina fueron con ella a Siria, donde debía celebrarse la boda. Después de una breve visita a las tropas del frente, Lucio partió a encontrarse con su futura esposa, que estaba en camino. Al parecer no quería que Marco fuera testigo de la vida licenciosa que llevaba en Siria. De todas formas, Marco tuvo que dar la vuelta en el puerto de Brundisium porque lo requerían en Roma con urgencia. La madre y la hija prosiguieron el viaje.[6] Lucio y Lucila se casaron en la ciudad de Éfeso, en Asia

Menor, a medio camino entre Roma y Antioquía. Después de la boda se otorgó el título de augusta a Lucila, y así, igual que su madre, pasó a ser la hija de un emperador y la esposa de otro. A los catorce años se había convertido en la segunda mujer más poderosa del imperio.

Avidio Casio, mientras tanto, había estado preparando a sus legiones para expulsar a los partos del este de Siria y la Alta Mesopotamia. La segunda fase de la guerra comenzó a principios del año 164, cuando condujo al ejército sirio a Osroene para sitiar la fortaleza de Edesa. Los partos contaban con ventajas tácticas en la estepa, pero les costaba defender ciudades cuando se enfrentaban con las avanzadas técnicas de asedio de los ingenieros romanos. Casio tardó muy poco en recuperar Edesa, tal vez ayudado por aliados desde el interior de sus murallas.

Los partos recularon hasta Nísibis, una ciudad fronteriza también poderosamente fortificada, donde tuvo lugar otro asedio, pero más cruel. Fue este un punto de inflexión, mencionado varias veces por el satírico Luciano, quien insinúa que los habitantes de la ciudad apoyaron primero a los ocupantes partos, pero cambiaron de bando tras el estallido de una enfermedad.[7] Cuando cayó Nísibis, los partos derrotados huyeron Tigris abajo. Su general, Cosroes, por lo visto escapó lanzándose al río y escondiéndose luego en una cueva. Después de que restablecieran en el trono al rey vasallo Manu VIII, este difundió la alianza con Roma acuñando unas monedas que en el reverso llevaban la inscripción «Philoromaios», esto es, «amigo de Roma», y en el anverso los retratos de los emperadores Lucio y Marco.

De todos modos, era sorprendente que Osroene hubiera caído ante el enemigo «después» de que Lucio hubiese llegado a la cercana Antioquía. ¿Cómo podían los dioses permitir que un emperador romano, sacerdote de las legiones y representante sagrado, fuera derrotado por una nación «bárbara»? Lucio se había dado prisa en adoptar títulos como Armeníaco para conmemorar sus presuntas conquistas, pero nunca tomó el título de Osroénico. Si la recuperación de Osroene no se celebró, quizá fuera porque Lucio no quería recordar a los ciudadanos romanos que la ciudad había caído mientras él estaba a su cargo. Los sirios ya veían a este emperador no solo como un disoluto sin remedio, sino también como un jefe militar débil que confiaba a sus legados el curso de la guerra.

En la tercera fase de la contraofensiva, que empezó en marzo del año 165, Casio entró en la Alta Mesopotamia en pos de los restos del ejército parto que habían huido por el Tigris. Vologases se vio forzado a retirarse hacia su capital, Ctesifonte, después de ser abandonado por los aliados que tenía en el este de Siria y Osroene. Casio avanzó hasta más allá de Dura Europos, una ciudad fronteriza parta, rica y bien fortificada, a orillas del Éufrates. Como en campañas anteriores, los romanos desplegaron catapultas a bordo de barcos y el asedio terminó con «grandes matanzas».[8]

Casio llegó a la Baja Mesopotamia aquel mismo año. Su ejército rodeó las ciudades gemelas partas de Ctesifonte y Seleucia, situadas frente a frente en las orillas del Tigris. Seleucia, la antigua capital del Imperio seléucida, se había enriquecido gracias al comercio generado por la Ruta de la Seda y contaba con medio millón de habitantes. La población abrió las puertas a los romanos y les dio la bienvenida como liberadores. Establecer la base militar romana en

esta ciudad facilitaba el asedio de la cercana Ctesifonte, el último lugar donde podía resistir el ejército parto. Aplastaron al enemigo en poco tiempo, saquearon Ctesifonte y arrasaron el palacio de Vologases hasta los cimientos.

Pero los hombres de Casio no se detuvieron ahí. El saqueo se extendió a Seleucia. Hay quien dice que los seléucidas habían traicionado a Casio, pero no se dan detalles que justifiquen los acontecimientos que siguieron. Los hombres de Casio expoliaron la ciudad entera y la redujeron a cenizas.[9] Una fuente dice que se llevaron cautivos a cuarenta mil habitantes.[10] En una acción que hoy llamaríamos crimen de guerra, y que hasta los romanos considerarían injusta, Casio permitió que sus tropas atacaran a los civiles que se habían rendido y jurado lealtad al emperador Marco Aurelio.

Durante el saqueo, los soldados de Casio entraron en un templo de Apolo y se llevaron una preciada estatua del dios.[11] Descubrieron también una grieta por la que accedieron a un santuario oculto.[12] Dentro encontraron una arqueta de oro y la abrieron; esta dejó escapar un «vaho pestilente» que los infectó, o eso dicen las fuentes, con una misteriosa enfermedad. La peste antonina estaba a punto de barrer el mundo de Marco Aurelio como la mítica plaga de males que se desataron cuando Pandora abrió su caja. Durante la marcha del ejército de Casio hacia la base siria, cargados con el botín y la valiosa estatua de Apolo, muchos cayeron víctimas del hambre y la enfermedad.

Cuando la noticia de la caída de la capital parta llegó a Antioquía, los comandantes de las legiones otorgaron a Lucio y a Marco el título honorífico de Imperator III. Lucio adoptó también el título de Pártico

Máximo, «el mayor conquistador de los partos», un honor demasiado grandioso, puesto que Vologases, aunque debilitado, seguía en Partia al mando de un ejército. Había cedido buena parte de Mesopotamia, pero no estaba vencido. «Lucio se vanaglorió de tales éxitos y se enorgulleció sobremanera de ellos».[13]

La presunción de Lucio se confirma en una carta en la que ordena a Frontón que escriba una historia entusiasta sobre sus victorias basándose en apuntes que le harán llegar sus generales Marcio Vero y Avidio Casio.[14] Lucio se ofrece a proporcionar a Frontón todos los detalles necesarios a condición de que el maestro de retórica exponga sus hazañas con palabras elogiosas. Frontón debe extenderse en la primera fase de la guerra, poner de relieve los errores iniciales de los generales de Lucio y la gran superioridad del ejército parto. Este énfasis es necesario para enaltecer la grandeza de los logros de Lucio después de su llegada a Antioquía. Lucio intenta engrandecerse a costa de sus generales y evita mencionar que, poco después de su llegada a Siria, la vecina Osroene cayó bajo los partos.

Junto a una de las cartas de Frontón que se han conservado, se encontraba el borrador del prefacio a la *Historia de la guerra parta*.[15] Es muy decepcionante desde el punto de vista histórico: está lleno de cansinos clichés literarios destinados a halagar a Lucio, pero apenas nos cuenta nada acerca de los acontecimientos reales. Por estas mismas fechas, en un ensayo titulado *Cómo debe escribirse la historia*, Luciano ridiculiza varias narraciones de la guerra parta, acusándolas de ser pretenciosas y estar mal escritas.[16] Es cierto que Luciano opta discretamente por no mencionar ningún nombre,

pero sus críticas podrían haberse aplicado a la obra propagandística en la que trabajaba Frontón.[17]

Casio continuó con la contraofensiva en Partia durante al menos un año más y conquistó la región conocida como Media, cuya capital, Ecbatana, era otra próspera ciudad de la Ruta de la Seda. Los dos emperadores fueron reconocidos como Imperator IV, lo cual indicaba una nueva victoria crucial, y Marco por fin aceptó el título de Pártico Máximo. Lucio se atribuyó el título adicional de Médico, conquistador de los medos. En latín, *medicus* significa también «médico» o «curandero», coincidencia que desde luego sonaría irónica a quienes después acusaron a Lucio de haber traído la peste desde el Oriente.[18]

En los anales chinos de la dinastía Han existe un registro de los embajadores de un gobernante que llegaron a China desde Roma en el año 166. Este gobernante aparece designado con el nombre de An-toun (Antonino). Es probable que haga referencia a Marco Aurelio, que a menudo recibía el nombre de Antonino por su cargo oficial de emperador; además, así se llama a sí mismo en las *Meditaciones*.[19] Al parecer, durante un breve periodo fue posible viajar desde Roma hasta la lejana Serica (China), la tierra de la elaboración de la seda, camino habitualmente cortado por los partos. Sin embargo, en las fuentes romanas no aparece ninguna mención de esta embajada. Los partos, cuya riqueza dependía del control de la Ruta de la Seda, quizá interceptaron a los embajadores en el viaje de vuelta.

Marco no podía aspirar a conservar mucho tiempo el territorio al otro lado del Éufrates, pero al menos los romanos habían conseguido que los partos fueran incapaces de iniciar otra invasión.

Marcio Vero quedó al mando de Capadocia, y un ejército de veteranos bien adiestrados permaneció acuartelado en la vecina Siria. La política romana solía prohibir que un general nativo comandara en su tierra natal, pero Marco hizo una excepción con Casio y lo nombró gobernador de Siria. El emperador se arrepentiría de haber dejado a tantos soldados experimentados sin ningún enemigo contra el que combatir bajo el mando de un general de la zona, y más tratándose de uno tan ambicioso como Casio.

Los ciudadanos romanos detestaban la idea de ser gobernados por un rey, cosa que comparaban con la esclavitud, pero en el este lo veían de otra manera. Lucio disfrutó de la sensación de gobernar en las provincias romanas del este como un monarca oriental. Además, otra consecuencia de la guerra parta fue que su reputación, al menos en sentido militar, eclipsó a la de su hermano, y la oportunidad de disfrutar de la gloria sin duda lo empujó a volver de nuevo a Roma.

A su regreso, eufórico por su victoria, Lucio dejó de reprimir sus excesos. Encargó la construcción de una suntuosa villa en la vía Clodia, al noroeste de Roma, que se hizo famosa por las extravagantes fiestas que se celebraban allí. Marco cerró los ojos ante aquello, aunque uno de los banquetes celebrados provocó muchas críticas.[20] En aquella ocasión, Lucio colmó de regalos a sus amigos, con objetos como perfumes exóticos, carísimas copas de cristal alejandrino y carros con mulas y arreos de plata. Incluso se invitó a los comensales a llevarse a su casa a los hermosos y jóvenes esclavos que los servían. El coste total de la fiesta fue por lo visto de seis millones de sestercios, cifra superior a lo que cobraba al año una legión entera. Se dice que, cuando Marco se enteró de

aquel desmadre, perdió la compostura y se echó a llorar por el destino del imperio. Fuera cual fuese el motivo, parece que el botín de la guerra parta no enriqueció las arcas de Roma durante mucho tiempo.

En su fuero interno, Marco se esforzaba por encontrar cualidades que admirar en su hermano. Pese a su estatus de coemperador, Lucio está prácticamente relegado a una nota a pie de página en las *Meditaciones*. Marco escribe que el ejemplo de su hermano lo ha incitado a mejorar su propio carácter, pero ¿quiere decir que le ha dado ejemplo para imitarlo o para hacer lo contrario? Solo menciona el afecto y la lealtad de Lucio, unos elogios que suenan demasiado tímidos; quizá incluso se insinúa una pizca de preocupación acerca de los rumores sobre la animosidad y la deslealtad de Lucio.[21] Sospecho que los defectos de Lucio, aun siendo reales, se exageraron después de marcharse de Antioquía por cierta propaganda destinada a recabar apoyo para un posible usurpador. El principal rival de los emperadores mostraría su rostro en poco tiempo, en la futura guerra civil, pero por el momento Lucio constituía un blanco más fácil que su hermano.

En octubre del año 166, Lucio y Marco celebraron juntos su histórico triunfo. Habían pasado dos siglos desde la última victoria de Roma sobre los partos. Ambos emperadores recibieron el título de Pater Patriae, que habían optado por no aceptar hasta haberse puesto a prueba en la guerra parta. A los dos hijos de Marco que estaban vivos, Marco Anio Vero y Lucio Elio Aurelio Cómodo, les otorgaron el título de césar, aunque solo tenían tres y cinco años respectivamente. Los dos césares recibieron los nombres de Marco y Lucio, para evidenciar que se esperaba de ellos que gobernaran

como coemperadores, igual que sus predecesores. Marco tenía sus reservas, pero accedió tras la insistencia de Lucio y probablemente del propio Senado.[22] Marco tenía problemas de salud desde hacía tiempo y, si moría, su coemperador quedaría como único gobernante. Así, Lucio dejaba claro ante el pueblo que aceptaba a los hijos de su hermano como sucesores legítimos. La jugada contribuiría a aplacar los rumores sobre su supuesta conspiración contra Marco, además de dificultar que posibles rivales intentaran reivindicar el trono.

Los dos emperadores desfilaron en un carro de cuatro caballos detrás del botín de la guerra parta, una de cuyas piezas era la estatua de Apolo robada en Seleucia, que después colocarían en el templo de este dios situado en el monte Palatino.[23] Delante de ellos marchaban las columnas de legionarios romanos, seguidos por los soldados partos capturados, que iban encadenados. La *Via Triumphalis* llegaba hasta el templo de Júpiter Óptimo Máximo, en el monte Capitolino. Los emperadores llevaban la *toga picta*, la vestidura ceremonial de color púrpura, y la cara pintada de rojo, para sugerir su semejanza con el dios Júpiter, a cuyo templo se dirigían.

La celebración de un triunfo era lo más parecido a una deificación que podía recibir un hombre en la sociedad romana. Los esclavos que iban detrás del carro sostenían coronas de laurel por encima de las cabezas de los vencedores y les susurraban al oído: «Recuerda que eres mortal» (*memento mori*) y otras frases destinadas a prevenir el orgullo desmesurado. Marco nunca había participado en ese ritual, pero las palabras susurradas por los esclavos tenían un significado especial para él. Había estudiado las *Disertaciones* de

Epicteto, que decían que los estoicos debían imitar a esos esclavos con su *memento mori*, pero aplicándolo a la vida en general: recuerda «que aquel a quien amas es mortal, y que lo que amas no es tuyo». Todos los seres y todas las cosas son temporales, según Epicteto, y las personas más queridas y los objetos más preciados los tenemos solamente en préstamo.[24]

Las palabras de los esclavos triunfales, sin embargo, adquirieron pronto un significado más siniestro. Iba haciéndose evidente que Lucio y su ejército habían traído del este algo más que botín y gloria. «Tuvo la fatalidad, según parece, de llevar consigo la peste a todas las provincias por donde pasó hasta que llegó a Roma».[25] De hecho, mientras Marco Aurelio y Lucio Vero pasaban por las calles celebrando su triunfo, un brote inicial de peste ya había empezado a extenderse por la ciudad. Los soldados que regresaban a sus guarniciones contagiaron a la gente por todo el imperio. Lucio celebró su triunfo sobre Partia, pero la *Historia de la guerra parta* que le había encargado escribir a su amigo y maestro de retórica nunca se completó. Frontón murió poco después, seguramente como víctima temprana de la peste.

12

LA PESTE ANTONINA

Cualquier romano con estudios sabía cómo comenzaba la *Ilíada*, el poema épico de Homero sobre la guerra de Troya. Como castigo por haber deshonrado a un sacerdote de Apolo, el dios se vengó con fiereza de los ejércitos griegos: «Descendió de las cumbres del Olimpo, airado en su corazón, con el arco en los hombros y la aljaba. Resonaron las flechas sobre los hombros del dios irritado, al ponerse en movimiento, e iba semejante a la noche. Luego se sentó lejos de las naves y arrojó con tino una saeta, y un terrible chasquido salió del argénteo arco».[1] Los soldados caen uno tras otro, víctimas de una misteriosa enfermedad, y los cuerpos arden días enteros en piras a lo largo de toda la playa. Apolo, el dios de la curación, era también el dios de la peste.

Marco Aurelio se sentía impotente ante la plaga que los diezmaba. El primer brote que afectó a la ciudad de Roma ocurrió en el año 166, poco después de que los emperadores hubieran celebrado su triunfo. Aquel día, las calles estaban atestadas de ciudadanos que rugían y empujaban para poder ver a los partos encadenados. Se confirmaba la supremacía de Roma, la gente estaba eufórica, y los emperadores, bendecidos. Pero aquello duraría muy poco.

Un ejército invisible no tardó en marchar por todo el imperio, asediando las ciudades y los pueblos. De improviso, la gente caía

como moscas a causa de una horrible enfermedad, como si el dios Apolo quisiera castigar a los emperadores. Pero ¿qué transgresión habían cometido? En las fronteras del imperio acechaban los enemigos. Aquiles se había lamentado en la *Ilíada* de que «la guerra y la peste juntas van a doblegar a los aqueos» (los griegos) acampados en las playas de Troya.[2] Marco se enfrentaba en esos momentos a la misma doble amenaza.

Muchos médicos fueron de los primeros en morir tras haber estado expuestos a los pacientes infectados que tenían a su cargo. Marco reflexionaría sobre esta ironía más adelante: «Pondera sin cesar cuántos médicos murieron, después de haber tantas veces fruncido el ceño sobre sus enfermos».[3] Galeno, uno de los médicos más famosos de la Antigüedad, se encontraba en Roma y presenció el estallido inicial de la enfermedad. Se alarmó tanto que huyó de inmediato a la relativa seguridad de Pérgamo, su ciudad natal, situada en Asia Menor. Galeno fue uno de los afortunados que resultó ser inmune a la enfermedad y pudo estudiar a los pacientes de cerca. Se convirtió en la autoridad principal del imperio en lo que autores posteriores llegarían a llamar «la peste de Galeno». En la actualidad, sin embargo, se conoce comúnmente como la peste antonina, que toma el adjetivo de la dinastía imperial de Marco, los Antoninos.

Aunque es muy incierto realizar un diagnóstico en retrospectiva, la hipótesis moderna más aceptada es que la peste antonina estuvo causada por una variante del virus de la viruela. Se propagó en los lugares donde había más densidad de población, de modo que las ciudades importantes y los campamentos de legionarios fueron los más afectados. Parece ser que hubo brotes intermitentes hasta la

muerte de Marco y quizá durante muchos años después. Además, la tasa de mortalidad aumentaba en los meses de invierno.

Los síntomas más comunes eran los vómitos y el mal aliento; podría decirse que las víctimas apestaban literalmente debido a la peste. Los pacientes de Galeno padecían úlceras internas, severos dolores de estómago y diarrea. Si las heces eran negras y fétidas a causa de los sangrados internos, solían morir en cuestión de días. Alrededor de una cuarta parte de las víctimas moría. Para los demás, la enfermedad se desarrollaba en dos o tres semanas, y los supervivientes se volvían inmunes a ella. Si de veras era algo parecido a la viruela, a algunos les habrían quedado cicatrices en la piel, o se habrían vuelto semiciegos, o con deformidades permanentes en las extremidades.

Es muy probable que la peste se transmitiera al toser y estornudar. Galeno describió que, tras los síntomas iniciales, similares a los de un resfriado, el estado de los pacientes se deterioraba a partir del noveno o décimo día. Padecían una tos ligera que iba volviéndose más grave a medida que progresaba la enfermedad, y al final acababan escupiendo sangre debido a las úlceras de la tráquea. Si la infección se extendía a la laringe, solían perder el habla. Además, les salía un sarpullido terrible por el cuerpo que tomaba la forma de grupos de pústulas inflamadas. Después, estas pústulas se volvían negras por la sangre coagulada en su interior, y la piel se cubría de costras, con lo que la cara y el cuerpo quedaban en un estado espantoso.

Murieron millones de personas en el imperio. La peste se propagó por todas partes y llenó «de enfermedad y muerte todo el territorio situado entre las tierras de los persas, el Rin y la Galia». Orosio, un

historiador del siglo v, afirma que ciudades enteras quedaron despobladas como consecuencia de la peste: «Por todas partes las villas, campos y ciudades se convirtieron en ruinas y en lugares salvajes al quedarse desiertos, sin cultivadores ni habitantes».[4] A los supervivientes, que eran inmunes, se les pidió que atendieran a los enfermos o ayudaran a sepultar los cadáveres. Durante los peores brotes se llevaban a los muertos de la ciudad en carretadas. Se creía que la cremación era una medida fundamental para controlar la propagación de la enfermedad. Marco ordenó que se destinaran fondos estatales para los funerales de los pobres y promulgó nuevas leyes muy estrictas para regular los entierros. Por ejemplo, prohibió hacer tumbas por encima de la tierra en propiedades situadas fuera de las ciudades, posiblemente por temor a que los cadáveres en descomposición siguieran infectando el aire.

Como las úlceras aparecían primero en la tráquea, los médicos dedujeron que los pacientes se infectaban por el aire, y se afanaban en purificarlo quemando incienso medicinal, lo cual era, por supuesto, inútil. Las ciudades afectadas y los cuarteles militares apestaban a humo y a fragancias penetrantes como la mirra. A lo largo del desarrollo de la epidemia, mientras se veía forzado a convivir con la persistente amenaza de la espantosa enfermedad, Marco observó cómo cambiaba la atmósfera en el imperio, tanto en sentido literal como metafórico.

Puesto que los médicos eran incapaces de prevenir los horrores de la peste, la población empezó a recurrir a la religión y a la superstición. Propiciar a los dioses debió de ser para ellos la última esperanza. En la *Ilíada*, la peste que arrasaba los ejércitos griegos en Troya solo amainó cuando se hicieron los sacrificios adecuados a

Apolo. Marco, en calidad de pontífice máximo, convocó a sacerdotes de todo el imperio para que realizaran rituales arcanos y exóticos de purificación. Aunque de cara al público participaba en esas ceremonias, en su fuero interno tenía una actitud más filosófica y contemplaba a los milagreros con escepticismo.[5] Marco respetaba los mitos y los rituales, pero los consideraba símbolos; para él, en consonancia con la interpretación estoica, esos misterios eran manifestaciones de distintos aspectos de una naturaleza única, divina y universal.

Marco escribió las *Meditaciones* durante la peste, pero solo una vez menciona explícitamente la enfermedad. La corrupción del aire que nos rodea, dice, palidece en comparación con la corrupción del alma causada por los vicios. Podría haber añadido que muchas veces ambas van de la mano.[6] Y así era: los estafadores religiosos habían empezado a aprovecharse de los desesperados y los crédulos. Un charlatán quiso reclutar a un grupo de fanáticos para saquear Roma. Pronunciaba discursos con regularidad subido a una higuera que había en el Campo de Marte y profetizaba que el mundo estaba a punto de ser pasto de las llamas procedentes del cielo.[7] Un día, deseando convencer a sus seguidores de que podía convertirlos en pájaros para que pudieran escapar de la peste y del inminente apocalipsis, saltó del árbol y sacó con torpeza una cigüeña que llevaba oculta bajo la ropa. No engañó a nadie. Lo juzgaron ante Marco, quien muy sagazmente lo perdonó a cambio de que hiciera una confesión pública.

Al parecer, Marco fue muy tolerante con las sectas religiosas. A veces se dice que persiguió a los cristianos, pero no existen pruebas convincentes al respecto. Así, por ejemplo, después de analizar las

críticas relevantes, el especialista C. R. Haines concluye: «Se ha condenado a Marco como perseguidor de los cristianos a partir de motivos puramente circunstanciales y bastante insuficientes. En general, los testimonios de los escritores cristianos de la época contradicen tal suposición, como también lo hace lo que conocemos del carácter de Marco».[8] Como hemos visto, Marco fue coemperador *de facto* durante buena parte del reinado de Antonino, del que un comentarista cristiano posterior escribió: «De todos es admitido que Antonino fue noble y bueno, ni opresivo con los cristianos ni severo con ninguno de sus demás súbditos; al contrario, mostró gran respeto hacia los cristianos y quiso honrarlos igual que Adriano había acostumbrado a hacer».[9] Dos padres de la Iglesia retratan a Marco Aurelio como defensor suyo. Tertuliano, contemporáneo de Marco, lo llama «protector» de los cristianos.[10] Ireneo, el obispo de Lyon, también afirma, hacia el final de la vida de Marco, que los romanos habían traído la paz al mundo y los cristianos podían viajar sin temor adonde quisieran.[11] Eusebio cuenta que unos cristianos fueron perseguidos en Lyon, pero su relato fue escrito más de cien años después de que el hecho sucediera y resulta muy poco fiable. Aparte de esto, la principal prueba que se suele citar contra Marco se refiere al juicio y ejecución del apologeta cristiano Justino Mártir, lo cual podría haber ocurrido durante el estallido inicial de la peste, cuando las tensiones religiosas estaban en su apogeo.[12]

Justino nació en Siria-Palestina, pero después de convertirse al cristianismo viajó por el este haciendo proselitismo, y finalmente se instaló en Roma durante el reinado de Antonino. Más adelante, durante la prefectura urbana de Junio Rústico (162-167), cuando

Marco y Lucio estaban en el trono, Justino fue juzgado. Los romanos exigían que sus súbditos honraran al emperador y a la religión del Estado vertiendo una libación de vino delante de un altar. Negarse a ello se consideraba una prueba de sedición. Los judíos estaban exentos de dichos ritos, ya que se les permitía seguir sus propias tradiciones ancestrales, mientras que los cristianos rechazaban tanto la tradición judía como la romana.

La política imperial había sido en general tolerante desde la época de Trajano, que había recomendado al gobernador de Bitinia y Ponto, Plinio el Joven, que no buscara activamente a los cristianos para perseguirlos. Sin embargo, Justino y seis de sus seguidores fueron denunciados a las autoridades por negarse a adherirse a las costumbres romanas. En el juicio, Rústico se mostró dispuesto a perdonar a Justino si vertía una libación voluntaria ante el tribunal. Justino se negó y dijo que sería impiedad para un cristiano hacer sacrificios delante de ídolos. Rústico entonces le ordenó que lo hiciera, ofreciéndole así una segunda oportunidad para evitar la pena de muerte. Justino volvió a negarse y dijo al parecer que era su deseo y el de sus seguidores ser mártires: «Estamos seguros de que si recibimos un castigo seremos salvados». Rústico, frustrado, lo mandó ejecutar tal como prescribía la ley.[13]

Algunos lectores actuales pueden ver en este episodio un ejemplo de persecución religiosa. Pero muchos romanos lo veían de otra manera. Justino había llegado a la ciudad por voluntad propia, sabiendo que la ley exigía que honrase al emperador, quien también ejercía como sumo sacerdote de la religión del Estado. Rústico ofreció a Justino, y más de una vez, la posibilidad de escapar a la ejecución, pero Justino aseguró ante el tribunal que quería ser un

mártir religioso. Además, en ese juicio solo estuvieron implicadas siete personas, no fue la persecución a gran escala que muchas veces se imagina. En las *Meditaciones*, Marco comenta que afrontar la muerte por voluntad propia puede ser sabio y virtuoso solo cuando esa decisión proviene de la sensatez y «no de una mera obstinación, como se ve en los cristianos», y de un deseo de montar «un espectáculo trágico».[14] Es posible que tuviera en mente el martirio de Justino.

13

LA GUERRA DE MUCHOS PUEBLOS

Mientras estallaban los primeros brotes de lo que sería una peste devastadora, Marco Aurelio tuvo que centrarse en otro conflicto que estaba gestándose a lo largo de la frontera septentrional del imperio. Reprimiendo un suspiro, abrió con calma una carta de Alejandro de Abonutico, sacerdote de Glicón. El oráculo había vaticinado en lenguaje arcano que la victoria sobre los marcomanos y los cuados, dos importantes tribus germánicas, solo estaría asegurada y la paz se vería restablecida si el emperador sacrificaba dos leones, arrojándolos al Danubio junto con hierbas y flores sagradas de la India.[1]

En privado, Marco contemplaba con escepticismo a los magos, y aun así ordenó que se llevara a cabo el ritual. Los leones nadaron hasta la orilla opuesta, donde los germanos los apalearon hasta matarlos, pues al parecer los tomaron por perros grandes. No era un buen presagio.

Desde los inicios de su reinado, Marco había intentado diferir la guerra contra las tribus norteñas. Poco después del estallido de la guerra parta, en el año 161, cuando Roma todavía estaba recuperándose de las inundaciones y la hambruna, un disciplinado ejército germánico del pueblo de los catos rompió las defensas fronterizas (*limes*) de la Germania Superior y Recia (en la actualidad,

Alemania, Suiza y Austria). Era necesario enviar a la región a un nuevo general para recuperar la estabilidad.

Más al este, una tribu de sármatas conocida como los yácigos invadió la Dacia romana, sembrando el caos y asesinando al gobernador antes de que pudieran rechazarlos. Las amenazas en la frontera norte eran constantes, pero, mientras las tropas estuvieran luchando en Partia, Marco había ordenado a sus gobernadores provinciales que mantuviesen la paz a toda costa mediante negociaciones. Al cabo del tiempo, Roma se tambaleaba a causa de la peste y se recuperaba de una prolongada guerra en el este; en esas circunstancias, el emperador debía enfrentarse a una amenaza creciente a lo largo de la frontera del norte.

En torno al año 166, un destacamento germano de seis mil hombres cruzó el Danubio, rompió las defensas limítrofes romanas y penetró en la provincia de Panonia Superior.[2] Un grupo de lombardos (o longobardos, «barbilargos») y unos antiguos aliados de los romanos llamados ubios aprovecharon para atacar mientras las tropas que solían estar acantonadas en la zona se encontraban todavía en Partia. Aun así, la guarnición local expulsó enseguida a los invasores. Temiendo represalias tras esa derrota, una delegación de enviados de once importantes tribus germánicas se reunió con el gobernador de Panonia Superior para pedir la paz. Balomar, el jefe de los marcomanos, fue elegido portavoz, lo que sugiere que se le consideraba el responsable de la incursión.[3] (Los marcomanos eran una de las tribus germánicas más grandes y guerreras; su nombre podría significar «hombres de las fronteras», ya que su territorio parece haber llegado hasta la ribera norte del Danubio, bordeando Panonia).

Lo más probable es que Balomar hubiera dado permiso a los guerreros lombardos y ubios para acampar en su territorio, desde donde partió la incursión a Panonia. Quizá fueran mercenarios o vasallos de los marcomanos, o migrantes desplazados de su tierra por la intrusión de otras tribus. La confederación de jefes germanos negoció un tratado con los romanos mediante el cual se comprometían a interrumpir los ataques fronterizos a cambio de ciertas concesiones. Balomar juró mantener la paz.

Sin embargo, esas escaramuzas iniciales eran el anuncio de un gran ataque que estaba por llegar. La *Historia augusta* dice que, además de los guerreros marcomanos, los había de otras tribus que «habían huido presionados por los bárbaros más alejados» y amenazaban a Roma.[4] Estaban preparados para atacar Italia a menos que les permitieran asentarse allí. Ese desplazamiento anunciaba la gran migración de godos y otras tribus germánicas que empezaría en el siglo IV a causa de la presión de los hunos, y que acabaría provocando la caída de Roma.

En el año 167, no mucho después de haber participado en la delegación de paz, Balomar reunió un enorme ejército de tribus germánicas aliadas acaudillado por sus guerreros marcomanos. Convencieron también a los cuados, la tribu más numerosa de la zona, para que se sumaran a la invasión.[5] Esta tribu había sido una de las conquistadas durante el reinado de Antonino. En una moneda romana datada en los años 140-144 d.C., vemos la inscripción *Rex Quadis Datus*, «un rey es dado a los cuados», y la imagen de Antonino coronando a un gobernante germano anónimo. Después de haber sido vencidos en la batalla, los cuados se rindieron y aceptaron a un aliado romano como rey. Ocuparon un

territorio atravesado por una importante ruta comercial conocida como la Ruta del Ámbar, por la que llegaban piedras preciosas y otras mercancías desde la costa báltica a través de Panonia Superior hasta Roma.

Los cuados eran por tanto ricos en comparación con otras tribus vecinas que no disfrutaban de relaciones favorables con Roma. Su participación en la revuelta, que cogió a Marco desprevenido, arrastró consigo a muchas otras tribus menores. Para los romanos se trataba de una traición histórica: en las *Meditaciones*, Marco se exhorta a sí mismo a mantener una actitud filosófica ante la traición y las mentiras.[6] Reconoce que ambas forman parte de la vida y son tan naturales e inevitables como las flores que brotan en primavera o los frutos recogidos en verano. En cualquier caso, tanto él como su coemperador debieron de suscitar críticas en Roma por haber confiado en la palabra de los jefes germanos, que tenían fama de no respetar los juramentos.

Según el satírico Luciano, la «crisis» germánica subsiguiente empezó con una derrota catastrófica de los romanos, conocida desde entonces como la batalla de Carnunto. Esta localidad (cerca de la actual Viena) era una próspera ciudad situada en el norte de Panonia, en la intersección de dos importantes rutas comerciales, el río Danubio y la Ruta del Ámbar. Por ese motivo estaba protegida por una fortaleza romana adyacente. Luciano afirma que los romanos perdieron veinte mil soldados en un solo día de batalla en ese lugar.[7] Debieron de ser en su gran mayoría tropas auxiliares y *vexillationes* de legiones de la zona, enviadas tal vez para romper un asedio, puesto que no se han encontrado pruebas de que se perdiera una legión entera en esa época ni tampoco de que

Carnunto hubiera caído en manos enemigas. Es posible que las tribus germánicas fueran tan numerosas que invadieran las provincias y rodearan las fortalezas romanas sin llegar a romper sus defensas. En cualquier caso, la pérdida de tantos hombres en una única batalla habría sido la derrota más humillante de Roma en la guerra.

En cuanto la noticia de la traición de Balomar llegó a Marco, este empezó a preparar lo que se conocería después como «la guerra de los marcomanos» o, siendo más precisos, «la guerra de muchos pueblos». Sin embargo, Marco tuvo que posponerla a causa de la epidemia. Lo habían convencido para que oficiara como pontífice máximo una compleja ceremonia pública llamada el lectisternio, descrita como «fiesta de los dioses».[8] Colocaron en divanes varias efigies sagradas, entre las que se encontraría sin duda la de Apolo, y les sirvieron un extravagante banquete. El objetivo de ese ritual era apaciguar la cólera de los dioses y ahuyentar la peste. Marco esperaba que apaciguara también la angustia de los ciudadanos.

Después de capturar Panonia, Balomar condujo a su ejército hacia el sur, siguiendo la Ruta del Ámbar por las provincias romanas hasta llegar a Italia, saqueando ciudades y tomando cautivos por el camino. Por fin llegaron a la rica ciudad de Aquilea y la rodearon.[9] Para consternación de Marco, un ejército «bárbaro» había cruzado los Alpes e invadido el norte de Italia por primera vez desde que lo hiciera Aníbal cuatro siglos antes.

En primavera del año 168, los dos emperadores se marcharon de Roma a caballo con sus botas y su capa militar. Por delante de ellos iba la guardia pretoriana comandada por Furio Victorino, que se había distinguido en la guerra parta a las órdenes de Lucio. En esta

ocasión, Marco no quería enviar a Lucio solo al frente y temía dejarlo en la ciudad «a causa de sus excesos». La decisión de que ambos emperadores fueran a la guerra indicaba también la gravedad de la crisis que se desarrollaba en el norte.[10]

Los marcomanos y sus aliados «promovían todo tipo de tumultos»; las luchas eran intensas y había más tribus germánicas que amenazaban con unirse a las primeras. A los habitantes de Roma les parecía que el enemigo estaba a sus puertas, aunque entre ellos y Roma había diez días de marcha. Marco se adentró en el norte de Italia con sus pretorianos, sumando fuerzas con las legiones para lanzar una contraofensiva más potente. Por aquel entonces, es probable que los invasores germánicos, lejos de su tierra natal, tuvieran las filas mermadas y estuviesen quedándose sin provisiones. Pese a su éxito inicial, los marcomanos carecían de la destreza y la logística necesarias para asediar una ciudad fortificada como Aquilea, situada en el corazón del imperio. Tampoco estaban preparados para enfrentarse a un ejército imperial en todo su esplendor en una batalla campal. A medida que Marco se acercaba, los invasores empezaron a retirarse hacia los Alpes, temiendo ser aplastados por la enorme fuerza que el emperador había movilizado contra ellos.[11]

En cuanto la amenaza a Italia quedó neutralizada, Lucio ocupó su tiempo cazando y dando fiestas en Aquilea. Si bien Marco se responsabilizó de la estrategia militar, parece que delegó el mando de operaciones del ejército en Claudio Pompeyano, quien tenía como segundo al mando a su viejo amigo y camarada Pértinax. Al cabo de poco, Marco y Lucio conducían su ejército por los Alpes para reforzar

las legiones de Panonia, que seguían luchando contra focos de resistencia de las tribus germánicas.

Era probablemente la primera vez que Marco salía de Italia y la primera vez que Lucio y él iban a las provincias del norte. Los caminos eran largos y estaban embarrados; los inviernos, duros. Marco, cuya salud estaba ya debilitada, se esforzaba por proyectar la voz en el aire gélido para que lo oyeran las tropas. Los emperadores perseveraron, y aquel mismo año recibieron el título honorífico de Imperator V, pues «se había librado un duro combate y se había logrado una brillante victoria» con la expulsión de los invasores.[12] Pero Marco se negó a satisfacer a los soldados, que pidieron un donativo: la negativa era señal de que el tesoro público se estaba agotando pese al botín de oro parto exhibido en Roma un par de años antes. De un modo u otro, Marco consiguió evitar un motín y conservar la lealtad de las tropas.

Poco después, ordenó establecer un nuevo puesto militar, la Praetentura Italiae et Alpium (Frontera de Italia y los Alpes), que tenía como cometido proteger el norte de Italia. Hacia el final de la guerra parta se habían formado dos legiones totalmente nuevas para defender los pasos alpinos, la legión II y la legión III Italica, al mando de las cuales pusieron a un veterano de la guerra parta.[13] Las medidas de Marco muestran que estaba muy preocupado por si la coalición de tribus germánicas se reagrupaba y organizaba una nueva invasión.

Al mismo tiempo, más al este los romanos se enfrentaban a otros problemas crecientes. Los sármatas, un pueblo guerrero nómada que descendía de los escitas. Eran de etnia distinta a la de sus vecinos germanos y estaban divididos en varias tribus dispersas por

la estepa eurasiática. Los más belicosos, los yácigos, dominaban el territorio que había entre las provincias romanas de Dacia y de Panonia. La invasión marcomana les dio, al parecer, una oportunidad de intensificar sus incursiones en las provincias, y quizá pensaron en unir fuerzas con las tribus germánicas en su guerra contra los romanos.

Una vez terminada la temporada de campaña, Marco se quedó en Panonia para recibir embajadas de las muchas tribus menores que se rendían. Algunas decían haber matado a los instigadores de la invasión, pero Marco era reticente a creer en su palabra. Varias tribus se ofrecieron para luchar en nombre de Roma.[14] Los cuados no lo hicieron, pero solicitaron la paz y buscaron la aprobación de Marco para restituir al rey que habían depuesto, con el claro deseo de recuperar su condición de estado vasallo romano y socio comercial.

Marco aceptó un acuerdo favorable para los cuados con el fin de separarlos de sus primos, los marcomanos. Obligó a los cuados a jurar que no permitirían que los marcomanos ni los yácigos acamparan en sus tierras ni pasaran por ellas. A su vez, los cuados ofrecieron devolver a los desertores y a los ciudadanos romanos que habían capturado durante la invasión. Solo en la primera ola se liberaron trece mil prisioneros. Sin embargo, todavía no se restituyó a los cuados el derecho a ir a los mercados romanos, por miedo a que permitieran que los yácigos y los marcomanos se mezclaran con ellos, realizaran operaciones de reconocimiento y compraran provisiones a escondidas. El estoicismo enseñaba que se debía ser bueno, pero era necesario moderar esa bondad con prudencia y cautela. Marco debió de recordar con frecuencia una enseñanza

estoica según la cual, como en la fábula del granjero y la serpiente de Esopo, los actos de generosidad a veces se pagan con la traición. [15]

Una vez que Panonia quedó liberada, los emperadores regresaron a través de los Alpes para pasar el invierno del año 168-169 en Aquilea, con la intención de seguir con la campaña en cuanto llegara la primavera. Como el brote de peste inicial iba aplacándose, Marco llamó a Galeno para que fuera a la base de invierno a servir de médico de la corte. Al llegar a Aquilea, sin embargo, Galeno vio tantas muertes a causa de la peste que recomendó a los emperadores que volvieran a Roma para estar a salvo.

Una de las víctimas fue el viejo compañero de Lucio, el pretor Furio Victorino. Conmocionado por la muerte de su amigo, Lucio suplicó a Marco que aceptara los términos de paz ofrecidos por las tribus y regresaran a Roma, pero Marco no quiso abandonar la guerra. Al parecer, uno de sus objetivos era que devolvieran a los romanos capturados en las provincias y esclavizados durante la invasión. Dar media vuelta en esos momentos habría significado que decenas de miles de súbditos suyos quedarían retenidos al otro lado de las líneas enemigas.

Marco no era tan estúpido como para no darse cuenta de que el enemigo desarrollaba una estrategia engañosa, fingiendo retirarse y empleando «otras artimañas que pudieran hacer creer que estaban al margen de la guerra» para frenar la contraofensiva romana. Los jefes germanos esperaban que, induciéndolo a abandonar la guerra prematuramente, podrían realizar otra incursión sorpresa en Panonia, y el ejército de Marco no podría asumir el coste de un

nuevo enfrentamiento.[16] Tenían razón en una cosa: era ya evidente que la guerra amenazaba con agotar el tesoro imperial.

Al final, Lucio convenció a Marco de que regresaran a Roma y dejasen a Pompeyano al cargo de la campaña contra los marcomanos. Mientras iban en el carro de vuelta, Lucio, sentado al lado de Marco, sufrió un ataque repentino que le provocó la pérdida del habla. Murió tres días después en la cercana Altinum (en la actual Altino). La causa de la muerte pudo ser una apoplejía, aunque perder la conciencia y el habla también podían ser síntomas de la peste.

Marco Aurelio prosiguió el viaje a Roma, como había querido Lucio, pero ahora cargando con el cadáver de su hermano. Aunque Marco se había sentido muchas veces frustrado con Lucio, habían crecido juntos y era obvio que tenían una relación estrecha. Una vez más, Marco había perdido a una persona muy querida. A Lucio le concedieron el honor de la deificación, al revés que a su padre. A pesar de que fue uno de los emperadores romanos más populares y queridos por el pueblo (aunque no por la clase senatorial), no existe ningún registro que señale la fecha de su muerte. Se asume en general que falleció en el mes de febrero del año 169.

Así pues, Marco Aurelio se encontró más aislado que nunca y enfrentado a engaños y traiciones por todos lados. Circulaban rumores en torno a la repentina muerte de Lucio: hubo incluso quien dijo que Marco Aurelio lo había asesinado, lo cual parece improbable, dado que Marco lo describió en sus notas personales como un hermano leal y cariñoso.[17] Fue Marco quien insistió al Senado para que nombrara coemperador a Lucio, quien lo comprometió con su hija y quien puso su nombre a uno de sus hijos.

Siempre se había supuesto que el emperador más joven y vigoroso sobreviviría a su hermano, mayor y más frágil. Ante el cadáver de ese hombre a quien había tratado como a un hijo, el emperador superviviente debió de experimentar una aguda conciencia de su propia mortalidad. Poco después del fallecimiento de Lucio, Marco se sumergió más profundamente en la filosofía estoica.

14

GERMÁNICO

El Foro de Trajano estaba atestado de visitantes que habían ido a Roma para ver cómo la élite mostraba su apoyo a la empresa bélica y para conseguir de paso alguna ganga. Marco Aurelio había ordenado que se hiciera una subasta pública de las riquezas imperiales, que incluían entre otras cosas varias piezas de mobiliario del palacio, copas de oro y de cristal precioso, y estatuas y cuadros de artistas famosos.[1] Se subastaba también un tesoro de joyas, oportunamente descubierto en un «armario sagrado» que había pertenecido a Adriano. Incluso habían convencido a la emperatriz Faustina para que donara una colección de vestidos de seda con bordados de oro. Marco se comprometió a que, cuando hubieran logrado la victoria, el Estado se ofrecería a recomprar los objetos por el precio que se hubiera pagado por ellos, de forma similar a los modernos bonos de guerra.

Marco se había vuelto indiferente a los lujos de la vida palaciega; en este sentido era discípulo de Antonino, quien le había enseñado que un hombre puede vivir como un ciudadano cualquiera aun siendo emperador, sin necesidad de ropajes suntuosos, estatuas y otros ornamentos de riqueza y poder.[2] Se recordaba a sí mismo que esos tesoros no tienen valor intrínseco para los estoicos. Hasta sus túnicas imperiales de color púrpura no eran más que lana de

oveja teñida con las tripas fermentadas de caracoles de mar.[3] En el fondo, para Marco fue un alivio vaciar el palacio de tantos trastos. Le gustaba citar un chiste grosero del poeta Menandro: había un idiota rico que poseía tantas riquezas que no tenía sitio ni para cagar.[4]

El saqueo de las ciudades partas había enriquecido durante un tiempo el erario romano, hasta que la aparición de la peste y los costes de la guerra con los marcomanos agotaron los fondos estatales. El desmesurado derroche de Lucio Vero no había contribuido a mejorar las cosas. Marco no quería gravar a las provincias con impuestos de emergencia, pues muchas de ellas habían sufrido a causa de los recientes conflictos militares y seguían afectadas por la peste. La subasta duró dos meses y por lo visto recaudó suficiente dinero para ayudar a financiar el resto de la guerra (por supuesto, pudo haber cierta teatralidad política en ello). Aun así, la crisis económica persistía, y Marco se vio obligado a tomar medidas más drásticas, llegando incluso a devaluar la moneda. Se acuñaron más monedas, aunque había menos oro disponible para hacerlas.

El emperador llevaba tres años reclutando nuevas tropas sin cesar. En esos momentos se vio forzado a tomar decisiones más desesperadas para reemplazar a los soldados que habían muerto a causa de la guerra o la peste.[5] En primer lugar, transfirió al ejército a algunos «perseguidores» (*diogmitae*), unas tropas policiales con armas ligeras que operaban en las ciudades griegas. Reclutó también a bandidos de Dalmacia y Dardania como tropas auxiliares y contrató a germanos para que lucharan como mercenarios contra sus vecinos. Después enroló a gladiadores, a quienes se conoció como «complacientes» (*obsequentes*), y, por

último, se invitó a esclavos comunes, llamados «voluntarios» (*voluntariae*), a que realizaran el servicio militar. Es probable que a estos se les garantizara la libertad tras la leva, una medida arriesgada y controvertida. Los romanos tenían miedo de que, como en los famosos casos de Espartaco y las guerras serviles, un ejército de esclavos se levantara contra sus antiguos amos.

Mientras estaba en Roma, Marco convocó a Pompeyano para que se casara con su hija Lucila, la viuda de Lucio Vero, quien, además de ser la hija de un emperador, seguía siendo augusta gracias a su matrimonio. La elección del novio no gustó: algunos veían a Pompeyano como demasiado forastero, «muy anciano» y de orígenes demasiado humildes para Lucila.[6] Además, la boda se celebró durante el periodo de luto por el deificado Lucio Vero. Lucila y su madre, Faustina, se oponían a ese segundo matrimonio, pero era obvio que Marco sentía la necesidad de hacer de Pompeyano un heredero al trono, como alternativa a Cómodo o más probablemente como un posible gobernante intermedio. Quizá fue crucial el hecho de que el matrimonio con Lucila ponía a Pompeyano por encima del general más veterano de Roma en el este, Avidio Casio. Los dos hombres, ambos sirios de nacimiento, parecían haberse convertido en rivales acérrimos.

Marco ya había nombrado césares a los dos hijos que le quedaban, Marco Anio Vero y Cómodo. El menor, el tocayo de Marco, enseguida pasó a ser su favorito. El historiador Herodiano incluso afirma que el chico, igual que le había ocurrido a su padre, recibió el apodo de Verissimus.[7] Sin embargo, poco después de la boda de Lucila, el joven césar murió a la edad de siete años a causa de complicaciones surgidas en la cirugía de un tumor que tenía detrás

de la oreja. Más adelante, Marco escribiría que, así como algunos hombres rezan: «¡Ojalá no muera mi hijo!», él debería aprender a rezar: «¡Ojalá no tiemble a la hora de perderlo!».[8] Se exhortaba a sí mismo a reconocer que la vida de nuestros seres queridos está, al menos en parte, en manos de los dioses.

Galeno rogó a Marco que no se lo llevara con él al norte y lo dejara en Roma para cuidar de Cómodo. Con la peste, no se podía garantizar la salud del único césar superviviente. Entonces Marco propuso nombrar césar a su nuevo yerno, Pompeyano, con lo cual se aseguraba «un heredero y otro de repuesto». Marco quería que su yerno y general fuera el mentor del joven Cómodo y que algún día reinara a su lado. Pompeyano, sin embargo, rehusó el honor, posiblemente por miedo a que la noticia provocara una guerra civil en el este.

Marco solo pudo llorar a su hijo durante cinco días y luego se marchó de Roma para someter de nuevo a los marcomanos. Las defensas fronterizas del imperio eran cada vez más vulnerables, e incontables tribus se habían unido a la guerra, de modo que esta «fue de tal magnitud como no se recordaba otra igual».[9] Además, no solo había muerto un emperador y el otro estaba arriesgando su vida en Panonia, sino que otras guerras estaban a punto de estallar. Esta vez la amenaza venía de los britanos y los partos, en los extremos oriental y occidental del imperio. Y, por si fuera poco, en el año 170, los miembros de otra tribu sármata, los costobocios, cabalgaron desde su tierra natal, cerca de la Rumanía actual, atravesaron los Balcanes y atacaron la provincia romana de Acaya hasta las afueras de Atenas.

El antiguo tutor de retórica de Marco, Frontón, había fallecido a finales de la década de 160. En pocos años, su principal mentor estoico, Junio Rústico, también murió. Marco, acuartelado lejos de Roma, estaba cada vez más aislado y había perdido a muchos amigos tanto en las guerras como a causa de la peste. Debió de ser poco después de la muerte de Rústico cuando Marco empezó a escribir las notas que tituló simplemente «A sí mismo», que son lo que hoy conocemos como las *Meditaciones*. Al no poder seguir carteándose con Rústico sobre filosofía, Marco decidió escribir para sí mismo sobre filosofía. En cierto sentido, se convirtió en su propio maestro.

A partir de varias referencias internas podemos calcular la fecha aproximada en que se escribieron las *Meditaciones*. Marco dice de Lucio, por ejemplo, que hace tiempo que murió. En una glosa de un capítulo apunta que está en Carnunto, el cuartel general en el que permaneció durante la primera fase de la guerra marcomana. En otro lugar dice encontrarse al otro lado del Danubio, en el río Hron; en aquel momento la guerra debía de estar más avanzada, pues esto sitúa a Marco en territorio de los cuados. Por otro lado, en ningún momento menciona la guerra civil, que estalló en la primavera del año 175, ni hay referencias a la muerte de su mujer, Faustina, cosa que sucedió también ese mismo año; solo hay una nota que podría ser una alusión a un embarazo suyo.[10] Estas y otras pruebas textuales sugieren que las *Meditaciones* debieron de escribirse entre finales del año 169 y principios de 175, durante la primera guerra marcomana y los primeros años de la plaga antonina.

A su regreso a la frontera del norte, Marco batalló contra los marcomanos, el pueblo que había encabezado la invasión de Italia.

Al inicio de la guerra sufrió varias derrotas y perdió a algunos oficiales importantes. Un prefecto pretoriano murió quizá a causa de la peste y otro cayó en la batalla contra los marcomanos.[11] En principio, las tribus enemigas contaban con la ventaja de conocer mejor el terreno de la frontera del Danubio. Uno de los puntos fuertes del ejército romano, sin embargo, era su capacidad de adaptación a diferentes escenarios y adversarios, y esa flexibilidad poco a poco inclinó la balanza de la guerra a su favor.

Cuando los cuados se rindieron, los romanos marcharon por sus tierras para flanquear a los marcomanos y empujarlos contra la ribera del Danubio. Marco les infligió una derrota aplastante, pese a que la peste había matado a «muchos millares de ciudadanos y soldados» romanos.[12] Después de unos tres años de intensa lucha, los marcomanos fueron al fin derrotados. No tenemos más noticias de su jefe, Balomar, que quizá se rindió y probablemente fue enviado al exilio.

Alrededor del año 172, un jefe hostil a los romanos llamado Ariogaeso, seguramente respaldado por los jefes marcomanos que habían sobrevivido, expulsó del poder al rey vasallo romano Furcio, gobernante de los cuados.[13] Marco creía haber eliminado la amenaza de los cuados después de que estos se hubieran rendido en el año 168, de modo que aquella nueva rebelión lo cogió desprevenido. Aunque eran menos belicosos que sus vecinos, los cuados formaban una tribu enorme y temible. Los romanos, exhaustos por la batalla contra los marcomanos, mermados por la peste y con el dinero casi agotado, se vieron obligados a enfrentarse de nuevo a una extenuante guerra germánica.

Dos hechos curiosos marcaron sendos puntos de inflexión en la guerra contra Ariogaeso. El primero se conocería como el milagro del rayo: al parecer, un rayo cayó sobre una torre de vigilancia cuada y la destruyó como respuesta a las plegarias de Marco para que sus hombres se salvaran. Se sabe poco más de este incidente, aunque se hizo famoso; lo registraron historiadores romanos y lo conmemoraron esculturas y monedas. En ellas se muestra a la diosa Victoria coronando a Marco, lo que sugiere que, después del milagro, los romanos ganaron alguna batalla importante. Es posible que los soldados germanos, más supersticiosos, simplemente se asustaran al interpretar que el rayo era una advertencia de la furia de los dioses.

El segundo milagro en el campo de batalla, el milagro de la lluvia, fue aún más impresionante. Varios escritores antiguos lo documentan; el más destacado es el escriba bizantino Juan Xifilino. [14] El incidente tuvo una importancia notable para los cristianos, quienes afirmaron que en la legión había muchos soldados con su misma fe. Si esto es cierto, contradice a quienes acusaban a Marco de odiar o perseguir a los cristianos. Un pequeño destacamento de una legión romana comandada por Pértinax se enfrentaba a una muerte segura después de que una fuerza cuada mucho mayor los hubiera rodeado. Los legionarios habían formado un círculo defensivo protegiéndose con los escudos. Es probable que estuvieran muy adentrados en territorio enemigo, quizá cerca de la tierra de los cotini (la actual Eslovaquia), pues no podían llegar refuerzos para socorrerlos. Los cuados los tenían atrapados en campo abierto, en plena ola de calor y sin agua. Los «bárbaros» se mantenían a distancia, probablemente lanzándoles proyectiles, intentando agotarlos antes de romper sus líneas.

De repente, para sorpresa de todos, empezó a caer un chaparrón. Los romanos recogieron agua en los cascos y en los escudos, bebieron y dieron de beber a sus caballos. Al ver esto, los cuados cargaron, pero los romanos batallaban y bebían al mismo tiempo, tragando agua mezclada con la sangre de sus heridas. Cuando el granizo y los relámpagos cayeron sobre el campo de batalla, los cuados se desorganizaron, temiendo de nuevo que los dioses se hubieran vuelto en su contra. Pértinax y sus hombres consiguieron sobrevivir e incluso tal vez infligieron a los cuados otra rotunda derrota. Poco después, Ariogaeso intentó negociar la paz, ofreciendo liberar a cincuenta mil romanos capturados por los cuados, pero Marco no confió en él y se negó a aceptar el acuerdo.

Marco Aurelio, un estudioso de filosofía frágil y amante de los libros, debió de parecer al principio un general muy extraño. Pero la fama de estos milagros sugiere que su popularidad entre las tropas que dirigía iba creciendo a pasos agigantados, pues veían que los dioses protegían a su victorioso emperador. Parece ser que, en esa época, Marco trasladó su base de operaciones desde la fortaleza de las legiones de Carnunto hasta más al este, a Aquincum, cerca de la frontera con los territorios cuados y sármatas.

El emperador escribe en sus *Meditaciones* que se encuentra al otro lado del Danubio, lo que sugiere que, hacia el año 172, Ariogaeso y los cuados se habían rendido y los romanos empezaban a afianzar su territorio. Las monedas de esa época conmemoran a Marco como Imperator VI y llevan la inscripción *Germania Subacta*, «Germania subyugada». Para finales de aquel año lo habían proclamado también Germánico, «conquistador de Germania». Y un

medallón grabado del año siguiente anunciaba su regreso inminente a Roma. Por fin había terminado la guerra, o eso parecía.

15

SARMÁTICO

Marco, flanqueado por sus dos generales más veteranos, Pompeyano y Pértinax, contemplaba la superficie congelada del río Danubio. El emperador tiró de las riendas de su caballo al ver que una cohorte de legionarios perseguía sobre el hielo a un destacamento de sármatas. Los romanos habían aprendido a esperar hasta que los jinetes enemigos regresaran de las incursiones antes de atacarlos. «Con tantos esclavos y tanto botín —explicó Pompeyano—, son tan lentos como la infantería». Marco ya lo sabía. «Son más vulnerables mientras cruzan de vuelta el río —gruñó Pértinax—, y nuestros legionarios podrán acercarse a ellos y rodearlos».

También los sármatas habían adaptado sus tácticas. Habían escondido a la caballería pesada en el bosque del otro lado del río para emboscar a los romanos, que marchaban sobre el hielo. Cuando los centuriones dieran la orden de adoptar la formación en cuadro (la defensa habitual ante un ataque de caballería), los legionarios cambiarían de posición y formarían cuatro paredes cerradas con los escudos para proteger al portador del estandarte (*signifer*) y a las tropas más ligeras, que se encontraban en el interior de la formación. Esa estrategia solía funcionar cuando estaban rodeados por la caballería enemiga. Pero los sármatas habían descubierto que, si cargaban con dureza sobre el hielo y

arrojaban las lanzas a la pared de escudos con mucha fuerza, podían hacer caer a los legionarios. Los romanos resbalaban en el hielo y quedaban desorganizados. Marco oiría a los centuriones vociferando la orden «¡Mantened la formación!», mientras los lanceros sármatas empezaban a cargar con estrépito.

Tras derrotar a las tribus germánicas, Marco Aurelio se disponía a volver a casa, pero estalló esa nueva guerra contra sus vecinos sármatas. Alrededor de año 173 había transferido su base de operaciones más al sur, siguiendo el meandro del Danubio, y se había acuartelado en Sirmio (en la actual Serbia). Dion Casio describe una gran batalla que probablemente tuvo lugar en el invierno de ese año y marcó un giro decisivo en la guerra.[1] Las tropas de Marco habían desarrollado una táctica para combatir las emboscadas sármatas. En el río congelado, los legionarios formaban el cuadrado defensivo como de costumbre, pero los soldados del interior ponían los escudos encima del hielo y los aseguraban para que no se movieran. Sus compañeros del exterior apoyaban el talón contra los escudos y así no se caían.

De esa manera eran capaces de resistir una carga de lanceros pesados incluso en el hielo y en la nieve. Mientras los jinetes enemigos aún se tambaleaban después de su carga fallida, los romanos podían abrir la pared de escudos para que salieran los hostigadores, que cogían las riendas de los caballos enemigos, tiraban de ellas de lado y los hacían patinar y caer. Los sármatas contaban con una caballería temible, pero no estaban a la altura de los romanos cuando se trataba de un combate cuerpo a cuerpo de ese tipo; la superficie helada del río se llenaba enseguida de sangre, y los enemigos, la mayoría de los cuales ya no estaban encima de

los caballos, se confundían y se desorganizaban. Resbalaban en el hielo y la sangre, incapaces de luchar y de huir a algún lugar seguro, y morían por miles.

En ese periodo, Marco fue aclamado Imperator VII, lo que indica que los yácigos habían sufrido una derrota importante, quizá en esa misma batalla sobre el hielo del Danubio. Banadaspo, su jefe, intentó pactar la paz, pero Marco se negó. Los sármatas habían ayudado a la rebelión de los cuados y no se podía confiar en ellos. Es probable que Marco tuviera como objetivo su rendición incondicional. Cuando los otros jefes se enteraron de que Banadaspo había tratado de negociar con Roma, lo acusaron de traición y lo sustituyeron por un gobernante más beligerante llamado Zántico.

En uno de los pasajes más conocidos de las *Meditaciones*, Marco describe cómo se prepara todas las mañanas para adoptar una actitud filosófica frente a los desagradecidos, los arrogantes y los falsos.[2] Se dice a sí mismo que esa clase de individuos simplemente están equivocados: no conocen la noción del bien. Es más, quienes lo perjudican son en esencia parientes suyos. No lo son en términos de familia («prosapia»), ni siquiera de raza («sangre»), sino en el sentido de que comparten la capacidad humana de razonar, un vínculo aún más fundamental. Se dice a sí mismo que la naturaleza quiere que trabajemos juntos en lugar de luchar, y sería irracional sentir odio o cólera contra sus enemigos, o incluso apartarse de ellos a causa de la decepción. Estas palabras las escribió en la línea del frente de una guerra amarga. Pasaba las mañanas reuniéndose con los emisarios de los jefes enemigos. Resulta extraordinario pensar que Marco llamaba hermanos a los «enemigos» contra los que luchaba.

Después de dos años de campaña, los romanos estaban a punto de derrotar a los sármatas. La emperatriz Faustina acudió a Sirmio para reunirse con su marido, quien le otorgó el título de Mater Castrorum, «Madre del Campamento». (Es posible que la hubieran convocado a consecuencia de los rumores que corrían en Roma sobre su supuesta infidelidad, pero su presencia sin duda indica que Marco estaba convencido de que iban a ganar pronto la guerra). Zántico se presentó en el campamento para negociar con el emperador, pero Marco no aceptó sus condiciones. Al parecer, los yácigos todavía tenían unos cien mil prisioneros, «incluso después de los muchos que habían sido vendidos, habían muerto o habían escapado».[3] Si damos crédito a esa cifra, es un buen indicador de la escala de la guerra y del enorme número de guerreros montados que los yácigos debieron de ser capaces de desplegar. Marco decidió seguir luchando, en parte porque había muchos prisioneros tras las filas enemigas a los que no liberarían hasta que los yácigos no se rindieran definitivamente.

La *Historia augusta* afirma que, en ese momento, Marco «quiso convertir a Marcomania y a Sarmatia en provincias romanas» y que estuvo a punto de conseguirlo.[4] Si en efecto fue así, se vio obligado a abandonar su objetivo y sus campañas en el norte a causa de una crisis súbita e inesperada que se declaró en el este. Con un acuerdo apresurado, y firmado sin esperar a que el Senado diera su aprobación, a los yácigos se les garantizaron las mismas condiciones que a los cuados y a los marcomanos; es posible, por tanto, que pasaran a ser vasallos romanos. No obstante, se les exigió que se mantuvieran a distancia de la frontera del Danubio porque se los seguía considerando bandidos. Marco también se

aseguró de que liberasen a las decenas de miles de prisioneros capturados en las incursiones. Además, los sármatas entregaron a ocho mil jinetes de sus propias filas al emperador, quien los incorporó a una unidad de caballería de élite. (De estos, cinco mil quinientos fueron finalmente enviados a la lejana Britania). Marco fue aclamado Imperator VIII y luego adoptó el título de Sarmático, conquistador de los sármatas, lo que señalaba que la guerra había terminado. Mantener la paz, no obstante, conllevó sus propios retos.

Incluso después de que se hubieran rendido los enemigos, los vencedores no tenían ninguna garantía de que sus adversarios se ceñirían a los términos acordados. Los cuados, por ejemplo, habían roto una tregua hacía poco tiempo con la esperanza de coger a Roma con la guardia baja. Los guerreros apresados en la batalla podían reanudar la lucha si se les permitía regresar a sus casas. Los romanos no tenían campos de prisioneros de guerra. Los enemigos capturados solían subastarse como esclavos con la finalidad de neutralizarlos, pero no consta en ningún sitio que Marco procediera así. En cambio, se nos dice que «actuó con una justicia escrupulosa» incluso en el trato con los cautivos enemigos. Los guerreros apresados de muchas tribus germánicas pequeñas fueron enviados a luchar en escenarios lejanos; a quienes no podían luchar se les entregó tierra en las provincias e incluso en el norte de Italia. Roma ofreció protección dentro del imperio a las familias de los guerreros que se habían incorporado a las tropas auxiliares (aunque también podrían considerarse rehenes).[5]

Hacer que los enemigos conquistados cambiaran sus espadas por rejas de arado era una manera de desarmarlos, y también ayudó a repoblar zonas vaciadas por la peste. La inmigración masiva, sin

embargo, trajo sus problemas. Durante la guerra marcomana, quizá después de la rebelión de los cuados, los germanos asentados en Rávena, en el norte de Italia, se sublevaron y trataron de tomar la ciudad.[6] Los rebeldes eran tal vez veteranos que habían regresado con sus familias. Después de que Marco los expulsara, nunca volvió a permitir que se establecieran extranjeros en el norte de Italia, si bien continuó asentándolos en otros lugares del imperio.

Aunque Marco reubicó a muchos miles de germanos con éxito desigual, los sármatas suponían un problema nuevo a causa de su estilo nómada de vida. Eran orgullosos guerreros montados y constituían un grupo tan numeroso que nunca pudieron encontrar un hogar permanente dentro del imperio. Realizaban incursiones en ciudades provinciales que causaban muchos problemas, y Marco fue incapaz de arraigarlos. Surge entonces la pregunta de por qué Marco no vendió a todos los cautivos germanos y sármatas a traficantes de esclavos. Una posible respuesta la encontraríamos en la actitud que adoptaba la filosofía estoica frente a la esclavitud.

En las *Meditaciones* hay muchas referencias a lo que podría llamarse esclavitud interna: la que experimentan todos los humanos cuando son víctimas de deseos y emociones irracionales. Los primeros estoicos griegos, a quienes les gustaban las paradojas, dijeron que la auténtica libertad consiste en no ser esclavos de «pasiones malsanas» de ese tipo. El sabio puede ser libre incluso si su cuerpo físico está encadenado. Los malvados, en cambio, son todos esclavos, incluso si parecen ser gobernantes poderosos. Marco califica a Alejandro Magno, Pompeyo y Julio César de esclavos.[7] Esos hombres, escribe, aniquilaron ciudades enteras, «trituraron en campo de batalla a muchos millares de elefantes y jinetes», pero lo

hicieron porque carecían de sabiduría y solo buscaban la riqueza y la gloria a cualquier precio. Sus vidas, en ese sentido, eran tragedias causadas por sí mismos.[8]

No obstante, Marco parece estar pensando en la esclavitud física cuando dice que el odio, la guerra y la esclavitud amenazan día tras día a sus preciados principios morales.[9] Los lectores modernos se sorprenden a menudo cuando se enteran de que algunos pensadores antiguos consideraban injusta la esclavitud. El Nuevo Testamento, por ejemplo, dice poco en contra de ella. Pero los fundadores del estoicismo creían que tener esclavos, ya fueran adquiridos en conquistas o comprados, era algo moralmente censurable.[10] Un argumento similar contra la esclavitud se repite en fragmentos dispersos de textos estoicos tardíos, entre ellos las *Meditaciones*. El argumento aparece en su plenitud en un par de discursos, «Sobre la esclavitud y la libertad», partes I y II, escritos por un contemporáneo de Epicteto, el filósofo Dion Crisóstomo.[11]

Dion, aun siendo sofista de profesión, fue alumno del famoso maestro estoico Musonio Rufo, y más adelante combinó el estoicismo con el cinismo y el platonismo. Ofrece un argumento simple para demostrar la injusticia de la esclavitud. Siguiendo a los estoicos, distingue entre los esclavos capturados mediante la conquista y los comprados. Mucha gente del mundo antiguo creía que ciertas razas «bárbaras» eran esclavas por naturaleza. Dion, por el contrario, afirma que todos los hombres nacen libres, y capturarlos y esclavizarlos es robarlos a la naturaleza. Por tanto, ese robo es un acto injusto; no es ético, como diríamos hoy en día.

Muchos esclavos nacían como cautivos porque sus padres o sus antepasados habían sido esclavizados con anterioridad. Del mismo

modo, los esclavos comprados también habían sido robados, o bien descendían de otros esclavos robados. Cualquier tipo de esclavitud, por tanto, se originaba en una situación injusta, «cuando alguien captura a un prisionero en una guerra o en un saqueo». «Por consiguiente, si esta manera de lograr la posesión, de la que todas las demás se derivan, no es justa, podemos casi afirmar que no existe ninguna otra, y que hasta la misma palabra "esclavo" no responde realmente a la verdad».[12] Uno es llamado esclavo si es posesión de otro, pero eso no es verdad, puesto que el esclavizado ha sido robado. Igual que comprar mercancía robada es injusto, comprar personas robadas crea una forma de servidumbre «injusta», y por tanto la institución de la esclavitud es, en otras palabras, inmoral.

En las *Meditaciones*, Marco solo menciona una vez al enemigo contra el que lucha. Sus palabras recuerdan al argumento contra la esclavitud de los primeros estoicos y de Dion Crisóstomo. Según Marco, el individuo que se enorgullece de capturar sármatas como si cazara liebres y jabalíes o atrapara peces con una red tiene el carácter de un bandido.[13] Los humanos han nacido libres, y esclavizarlos es robarlos a la naturaleza. Como el robo es injusto, solo un bandido se enorgullecería de ello. El emperador sin duda tuvo esclavos, aunque apenas los menciona. En cualquier caso, la formación filosófica de Marco lo llevó a cuestionar la ética de la esclavitud, e incluso pudo influir en sus acciones.

Marco parece haber buscado alternativas a esclavizar a germanos y sármatas: por ejemplo, asentándolos en el imperio o reclutándolos en tropas auxiliares, como hemos visto. De todas maneras, aunque hubiera tenido objeciones contra la esclavitud, no podía abolirla por

decreto sin más. La economía romana se basaba en el trabajo esclavo, y amenazar con poner patas arriba el *statu quo* podía provocar una guerra civil. Sabemos que Marco creía más en los cambios políticos graduales que en la revolución.[14] Así pues, ¿tomó el emperador estoico alguna medida legislativa para mejorar las condiciones de los esclavos? Parece que sí.

En respuesta a una cuestión legal presentada por Aufidio Victorino, su amigo de toda la vida, Marco promulgó una resolución muy influyente que mejoró los derechos de los esclavos de cara a su manumisión. Esta resolución aparece citada casi veinte veces en las antologías legales que se han conservado. A menudo se expresa de la siguiente manera: «[Este] obtiene la libertad según la resolución del divino Marco», y se alude a ella como la «ley de libertad», aunque no se cite en su totalidad. El historiador Anthony Birley concluye que, pese a «las duras realidades» de la economía esclavista romana, «es justo decir que la actitud de Marco, tal como se revela no solo en la tantas veces citada respuesta a Victorino, sino también en otras decisiones tomadas en momentos anteriores de su reinado, era de una honda compasión hacia las condiciones en que se hallaban las personas esclavizadas, y que el emperador tomó medidas para mejorarlas».[15] Otro especialista, Paul Noyen, ha analizado minuciosamente los compendios legales romanos y ha identificado más de trescientas referencias a textos sobre Marco Aurelio o escritos por él. Más de la mitad se referían a los derechos de las mujeres, los niños y los esclavos. Por ejemplo, Marco escribió el singular comentario de que «no sería coherente con el humanitarismo retrasar la emancipación de un esclavo con el objeto de obtener ganancias pecuniarias». Noyen quizá vaya demasiado

lejos cuando afirma que esos textos muestran que «Marco, fiel a sus principios estoicos, tenía como objetivo la completa abolición de la esclavitud».[16] Pero es cierto que el emperador trató de mejorar gradualmente los derechos de los esclavos. Por ejemplo, decretó que la ley debería liberar a los esclavos que hubieran sido obligados por su dueño o dueña a hacer una confesión falsa bajo tortura. Es tentador suponer que esa actitud progresista se debía a que los consejeros legales de Marco creían en la doctrina estoica de la ley natural; de ser así, podríamos considerarla una prefiguración del concepto moderno de derechos humanos.

En esa época, en la primavera del año 175, Marco ya llevaba casi diez años esforzándose en estabilizar la frontera septentrional mediante una combinación de batallas y medidas diplomáticas. Había aprobado políticas controvertidas, como exiliar a enemigos extranjeros en lugar de ejecutarlos o reasentar a los capturados dentro de las fronteras del imperio para desarmarlos. Incluso había propuesto anexionar a Marcomania y Sarmatia como provincias. Pero se vio obligado a abandonar esos ambiciosos planes cuando un mensajero llegó a Sirmio con la impactante noticia de que su general más veterano del este, Avidio Casio, estaba instigando una insurrección en contra del emperador. La legión egipcia de Alejandría había proclamado emperador a Casio, se supone que uniendo su voz a la de las legiones de su Siria natal. Varios senadores y otros oficiales veteranos también lo apoyaban. Marco Aurelio se enfrentaba ahora a una guerra contra una poderosa facción que le plantaba cara dentro de los límites de su propio imperio.

16

CASIO EL USURPADOR

La capital de la provincia romana de Egipto era una antigua ciudad helenística fundada en el siglo IV a.C. por Alejandro Magno, de quien tomó su nombre. Se trataba también del lugar en el que descansaban sus restos, y su tumba constituyó uno de los templos más venerados del mundo antiguo. Los ciudadanos de Alejandría, la acaudalada élite gobernante, se consideraban a sí mismos distintos de las tribus rurales que ocupaban el área circundante. Para comprender la guerra civil a la que se enfrentaba Marco Aurelio, debemos retroceder en el tiempo unos tres años, cuando tuvo lugar un levantamiento instigado por un carismático sacerdote guerrero, célebre por su valentía, llamado Isidoro.[1] Isidoro era el líder de una tribu de nómadas conocida como los búcolos («vaqueros»), que habitaban en las marismas de la región del delta del Nilo. Es probable que lucharan por mantener su sustento, agobiados por el impacto económico de la peste, el aumento de los impuestos y las prolongadas guerras en la frontera del norte. Fueran cuales fuesen los motivos de su insatisfacción, pasaron inadvertidos hasta que por fin estallaron en una de las revueltas más violentas del reinado de Marco.

La rebelión empezó cuando varios búcolos disfrazados de mujer engañaron a un centurión de Alejandría diciéndole que querían

pagar un rescate en oro por sus maridos capturados.[2] En realidad, se trataba de una emboscada. Los búcolos cogieron al centurión y a su compañero, a quien sacrificaron ritualmente entre juramentos; luego, según el relato de Dion Casio, devoraron sus entrañas. Los rehenes liberados debían de ser hombres valiosos de la tribu de los búcolos, puede que jefes, y se dispusieron a cobrarse la venganza contra sus antiguos carceleros alejandrinos conduciendo a sus guerreros a la batalla.

Pequeños grupos de jinetes búcolos empezaron a realizar breves ataques sorpresa a caravanas de mercancías y patrullas alejandrinas. Poco a poco, las tribus vecinas fueron uniéndose a los rebeldes hasta que llegaron a ser tan numerosos que los disturbios se convirtieron en un levantamiento popular. Los grupos de asalto se componían probablemente de jinetes montados en caballos y camellos, armados con arcos de madera y lanzas, y protegidos con escudos ligeros de piel de vaca. Tal vez los romanos pensaron que se las veían con un tumulto, con poco más que un grupo de bandidos sin la capacidad de vencer a una legión de soldados profesionales en una batalla campal cerca de una importante ciudad fortificada. Cuando los insurgentes se agolparon delante de las puertas de Alejandría, es probable que la guarnición de la ciudad estuviera bastante mermada debido a la peste. La infantería romana perdió la batalla, quizá sobrepasada en número o atraída hacia los cercanos humedales, donde eran vulnerables a las emboscadas. Los legionarios que sobrevivieron se vieron obligados a retroceder hasta detrás de la muralla de la ciudad, donde quedaron atrapados y acabaron muriendo poco a poco a causa del hambre o de la peste.

Alejandría, la segunda ciudad del imperio, era conocida por ser su granero, el mayor puerto desde donde zarpaba cereal para Roma. El asedio de los búcolos se tradujo en que esas provisiones imprescindibles fueron retenidas. Marco ordenó a Avidio Casio que llevara a sus legiones a Alejandría, rompiera el sitio y liberara a la guarnición. Pero la estrategia creó un nuevo problema al emperador. Casio, un noble sirio, había pasado su infancia en Alejandría mientras su padre era gobernador provincial de Egipto. Casio llamó a su hija Alejandría en recuerdo de sus lazos con la región.[3] Marco se arriesgaba a que Casio, al entrar en la ciudad, fuera recibido como un héroe que vuelve a casa, y que acabara sometiéndola a su dominio.

Sin embargo, a pesar de todas las legiones que tenía a su mando, la victoria de Casio no estaba asegurada a causa de la «desesperación» del enemigo y su elevado número. En lugar de enfrentarse a todas las tribus en campo abierto, intentó dividir y vencer. No sabemos nada del destino de Isidoro después de que sus aliados empezaran a abandonarlo, pero sí se tiene noticia de que Casio lo derrotó y fue proclamado salvador del Egipto romano. Marco otorgó a la legión egipcia, la legión II Traiana, el título de Fortis («valiente») por haberse mantenido firmes durante el asedio. Mientras tanto, Casio dejó Alejandría al cuidado de un aliado llamado Meciano, que quizá era su suegro. En todo caso, era un famoso jurisconsulto que había sido tutor legal de Marco en tiempos pasados.[4]

Por su importancia estratégica y económica, Egipto era una provincia imperial gobernada por un prefecto de la clase ecuestre que rendía cuentas directamente al emperador. Otras muchas

provincias estaban regidas por antiguos cónsules que respondían ante el Senado. Como los senadores tenían un rango social más alto que los ecuestres, desde tiempos de Augusto solo estaban autorizados a entrar en Egipto con el permiso expreso del emperador, por miedo a que intentaran influir en el prefecto responsable del granero del imperio.

Casio era un senador de rango consular. Para poder conducir a sus legiones a través de la frontera egipcia, necesitaba que le concedieran el *imperium*, el mando supremo de la provincia en ausencia del emperador, lo que le proporcionaba también autoridad sobre el prefecto egipcio y su legión. La influencia de Casio en el este empezaba a sobrepasar a la del anterior emperador, Lucio Vero, sobre todo a ojos de los soldados rasos. Como Casio había salvado la vida a la legión egipcia sitiada, los soldados considerarían que estaban en deuda con él para siempre. Por mucho que una vez terminada la crisis le revocaran los excepcionales poderes otorgados, no perdería la autoridad que había adquirido como persona.

Casio se encontraba ahora en posición de desafiar a Marco Aurelio, el emperador reinante. Quizá estudió el camino seguido por otro usurpador más de un siglo atrás para acceder al trono. Después de la muerte del emperador Nerón y tras una serie de breves guerras civiles, el general romano más veterano acuartelado en el este, Vespasiano, fue proclamado emperador por la legión egipcia de Alejandría. Se había ganado una considerable autoridad al aplacar un levantamiento en Judea, y las legiones de allí y de las zonas cercanas que estaban bajo su jurisdicción tardaron muy poco en serle leales. Después de que Vespasiano afianzara su dominio en el este y se hiciera con el control del abastecimiento de cereal egipcio,

se extendió el apoyo para proclamarlo emperador. Sus legionarios entraron en Roma y él se apoderó del trono. Tal vez Casio se inspiró en el ejemplo de Vespasiano para planear un golpe similar.

Marco había cometido el error de poner a Casio, que había nacido cerca de Antioquía, a cargo de su lugar natal. Además, Casio no era un ciudadano cualquiera. Su madre, Julia Casia Alejandra, era una princesa de Judea descendiente del rey Herodes, así como descendiente directa de Augusto, el fundador del Imperio romano, circunstancia sin duda esgrimida por Casio para justificar su aspiración al trono. Por si fuera poco, Julia descendía también de Casio Longino, uno de los cabecillas del asesinato de Julio César. Su pedigrí real combinado con la autoridad que tenía sobre tantas legiones dio a Casio la apariencia de un monarca oriental en potencia. Asimismo, la sangre casiana que corría por sus venas provocaba en la imaginación romana la fantasía de que quizá estuviera destinado a asesinar a otro césar, el emperador Marco Aurelio.

Llegó un momento —tal vez después de la insurrección egipcia, mientras Marco estaba ocupado en luchar contra los cuados y los sármatas— en que a Casio se le concedió una potestad extraordinaria, con autoridad global (*imperium maius*) en todo el este del imperio, lo que hizo de él una especie de virrey imperial.[5] Había ido extendiendo su autoridad desde el término de la guerra parta, ocho años atrás, y se encontraba a un solo paso de conseguir su objetivo final. En la primavera del año 175 regresó a Alejandría, donde el prefecto egipcio y su legión lo proclamaron emperador. Y como emperador, por tanto, designó a su propia guardia pretoriana. [6] Además de en Alejandría, en su patria siria respaldaron con

fuerza su rebelión, y el apoyo se expandió muy deprisa a las provincias vecinas. Casio era tanto el general romano más veterano como un heredero oriental, de modo que se convirtió en un emperador rival de Marco Aurelio.

Supuestamente, Casio había recibido la noticia de que Marco había muerto o estaba agonizando. Marco moriría en realidad cinco años más tarde, pero es posible que en esa época estuviera gravemente indispuesto. Llevaba ya un tiempo con problemas de salud, y se han documentado síntomas de dolor de pecho y de estómago, además de insomnio, mareos y esputos de sangre. Un historiador romano asegura que, justo después de la rebelión, Faustina, «viendo que su marido había caído enfermo», perdió la esperanza de que Marco se recuperara.[7] Se propagó el rumor de que la emperatriz, temiendo que su marido falleciera enseguida, había animado a Casio a tomar el poder con el fin de protegerse a sí misma y a sus hijos, sobre todo a Cómodo, de otros pretendientes al trono. (Aunque, como veremos, parece ser que Cómodo odiaba a los rebeldes y los condenó por traidores). Fuera como fuese, Casio aprovechó la oportunidad para hacerse proclamar emperador, quizá temiendo que a Marco le sucediera otro pretendiente: el candidato más obvio era Pompeyano, el yerno de Marco.

Pompeyano y Casio, los dos generales más veteranos de Marco, se llevaban muy pocos años y ambos habían nacido en Siria. Pompeyano, de Antioquía, era de extracción relativamente humilde, miembro de la clase ecuestre, pero escogido por Antonino Pío para formar parte del Senado. Marco, al prometerlo con su hija, lo había colocado en el segundo lugar de la línea sucesoria después de Cómodo. Además de estar casado con una augusta, Pompeyano

había sido nombrado cónsul por segunda vez en el año 173, mientras que Casio había servido como cónsul solo en una ocasión. Casio, que como noble de nacimiento estaba destinado al poder, debió de sentirse insultado en lo más hondo cuando vio que promocionaban a un *novus homo* (un hombre nuevo), oriundo además de su misma provincia, por encima de él.

En la *Historia augusta* encontramos una carta atribuida a Casio, aunque de dudosa autenticidad, en la que se exponen aún más motivos de queja.[8] El aspirante a usurpador se lamenta de que Marco Aurelio promocione a hombres de origen humilde, «ávidos de riquezas», por delante de nobles cuyo estatus viene dado por derecho de nacimiento. La carta alude en particular a Baseo Rufo, un antiguo centurión de una familia rural empobrecida que contaba con una impresionante carrera militar y al que Marco había nombrado prefecto pretoriano. La misma crítica podía aplicarse a Pompeyano, que se había casado con una emperatriz pese a ser hijo de un ecuestre. El otro general veterano de la campaña norteña, el amigo y mano derecha de Pompeyano, Pértinax, sucedería un día a Cómodo como emperador aun siendo hijo de un antiguo esclavo. La política meritocrática de Marco no era ilógica teniendo en cuenta que se estaban perdiendo tantos nobles en la guerra o a causa de la peste, pero desde luego no gustaba a la aristocracia.

En esa carta, Casio acusa también a Marco de ser demasiado tolerante y hace un llamamiento en favor de los valores más severos y anticuados de la República: «Marco Aurelio filosofa e investiga sobre los principios de las cosas, sobre las almas, sobre lo honesto y lo justo; pero no se preocupa del Estado. Como puedes ver, más bien se necesitan muchas espadas, y mucha sabiduría práctica, para

que el Estado pueda recuperar sus antiguas costumbres».[9] Hombres como Casio reivindicaban acabar de forma tajante con las prolongadas guerras en la frontera septentrional mediante la aplicación de medidas más violentas, como la exterminación de los yácigos, idea que Marco consideró pero no puso en práctica. Casio y su facción del Senado no querían en absoluto que «el filósofo» perdiera más tiempo negociando con sus enemigos. En comparación con ellos, Marco era una paloma de la paz cuya compleja política exterior estaba siendo lenta y costosa. Ahora se enfrentaba a una rebelión liderada por los halcones militares más veteranos.

La noticia de la secesión de Casio llegó a Roma en primer lugar. El Senado, en un acto reflejo, confiscó sus posesiones y lo declaró enemigo público: cualquiera que matara a Casio quedaría impune.[10] Cundió el pánico entre las masas, temerosas de que el ejército rebelde de Casio zarpara de Egipto para saquear Roma como represalia. La guerra civil suponía una amenaza mucho mayor para la seguridad de la población que las guerras en las fronteras. No podemos saber si Casio creía de veras que Marco estaba moribundo o muerto. Quizá solo lo utilizó como pretexto para hacerse proclamar emperador. Cuando el Senado se enteró de lo que Casio estaba haciendo, le transmitió el mensaje de que Marco se encontraba vivo y sano. En lugar de abandonar, Casio empezó a prepararse para una guerra civil en toda regla.

17

LA GUERRA CIVIL

Marco Aurelio debió de arquear una ceja mientras intentaba comprender la estrategia militar de su nuevo enemigo. «La rebelión de Casio se ha extendido por toda la región al sur de los montes Tauro», informaba la carta enviada por su general Marcio Vero, que Marco estaba leyendo en voz alta. Desde Egipto, pasando por Siria y Cilicia, hasta la frontera capadocia, todas las provincias de esa región se habían sometido al extraordinario poder que Marco había conferido a Casio un poco antes. Ahora, Casio había dado un paso más y reivindicaba esas provincias como su imperio. «No tiene sentido —musitó Marco—. Eso le da el control de siete legiones como mucho». Pompeyano asintió y se lo confirmó: «Tres en Siria, dos en Siria-Palestina, una en Arabia y otra en Egipto». Esas legiones no eran en modo alguno las mejores del imperio. El triple de legiones eran leales al emperador, y entre ellas figuraban las comandadas por los curtidos veteranos de la frontera del Danubio. «En estas circunstancias —se preguntó Marco—, ¿cómo espera vencer Casio?».[1]

Pero Pompeyano sí adivinaba las intenciones de Casio. «Emperador —respondió—, como ya sabes, Marcio Vero está todavía al mando de las dos legiones acuarteladas al norte de los montes Tauro, en Capadocia», Marco escuchaba en silencio, cada vez más

preocupado. «Como están aisladas del resto de nuestro ejército, Casio puede desplegar siete legiones contra las dos que siguen siéndote leales en el este». Marco entendió que, si el pequeño ejército capadocio se veía obligado a rendirse, Casio contaría con más legiones y así tendría muchas más posibilidades de conservar la parte oriental del imperio.

El emperador se enfrentaba también a diversos retos logísticos. No era fácil trasladar a las tropas al este para reforzar a las legiones capadocias. Le preocupaba que la ciudad de Roma estuviera segura, y las tropas de la frontera, que le eran leales, podían acudir con facilidad a la ciudad antes de que llegara el ejército rebelde de Casio. Ya había hecho ir a la capital del imperio al gobernador de Panonia Inferior con destacamentos especiales para protegerla. Sin embargo, aquel movimiento dejaba a pocos soldados para defender la frontera septentrional. Antes de la peste y de la invasión marcomana, Roma solo había podido ceder tres legiones enteras del norte además de las *vexillationes* para la guerra parta de Lucio Vero. El ejército rebelde de Casio derrotaría sin esfuerzo a una fuerza expedicionaria de tamaño parecido.

La guerra parta había eliminado la amenaza «bárbara» que Casio tenía a sus espaldas y había liberado a sus tropas, de modo que estas quedaban disponibles para luchar contra otros romanos. Marco, en cambio, debía dejar a la mayoría de los soldados en el norte para defender las fronteras del Danubio y del Rin. Además, tras enterarse de la rebelión de Casio, pasarían varias semanas antes de que Marco tuviera preparado a su ejército para la contraofensiva y un mes adicional antes de que pudiera trasladarlo al frente. Ese

lapso le daría a Casio tiempo suficiente para hacerse con el control de Capadocia y sus legiones.

Marco necesitaba conseguir un gran número de refuerzos y hacérselos llegar a tiempo a Marcio Vero. Y conocía una raza de guerreros que podían viajar desde la frontera norte hasta el este más deprisa que nadie: los sármatas. Se decía de ellos que, ya fuera en ataque o en retirada, «corren por vastísimos territorios, montados sobre caballos veloces y dóciles, y siempre llevan otra montura de repuesto, a veces incluso dos, para que los animales puedan reponer fuerzas y recuperar la energía con descansos alternos».[2] Gracias a los relevos de las monturas, los yácigos, la principal tribu sármata contra la que Marco había luchado en el norte, podrían llegar a Siria en tres veces menos tiempo de lo que tardaría una legión romana. Por ese motivo, Marco había llegado a toda prisa a un acuerdo de paz con Zántico, el jefe yácigo, después de haber recibido la noticia de la rebelión de Casio. Se reclutaron ochocientos jinetes sármatas para una división de asalto unas diez veces mayor que una unidad de caballería normal. Los «bárbaros» contra los que acababa de luchar Marco formarían la vanguardia en una guerra contra los compatriotas romanos del emperador.

En ningún sitio se afirma en concreto que enviaran a esos jinetes sármatas a luchar en la guerra civil, pero es una inferencia razonable.[3] Una inscripción de la época dice que Marco envió a uno de sus prefectos de caballería más veteranos con una unidad auxiliar gigantesca de caballeros marcomanos, cuados y variscos «para castigar la insurrección en el este».[4] Parece ser que el emperador, en efecto, envió a un elevado número de jinetes

extranjeros por delante del grueso del ejército para reforzar a las legiones capadocias que se enfrentaban a Casio.

Pero el campo de batalla no era el único lugar donde Casio suponía una amenaza. Cuatro décadas antes, cuando era adolescente, Marco había presenciado, impotente, cómo el emperador Adriano descargaba su ira contra todos los que consideraba sospechosos de conspirar para apoderarse del trono. Deponer a Adriano habría significado deponer a sus herederos, Antonino y el joven Marco Aurelio. Y ahora esa amenaza se cernía sobre el heredero de Marco, su hijo Cómodo. Casio no estaba solo: la rebelión contaba con una facción de senadores y militares veteranos. El joven Cómodo, que vivía sumido en el pánico y la confusión de Roma, sin saber en quién confiar, sin que su padre estuviera ahí para protegerlo, debía de temer por su vida.

Marco ordenó al joven césar que viajara a Sirmio, donde el ejército leal podía protegerlos a su madre y a él. A Cómodo se le conferirían poderes imperiales importantes para ir asegurando poco a poco su posición como siguiente emperador. La *Historia augusta* reproduce una carta, supuestamente del Senado, en la que se insta a Marco a empezar el proceso de designar a Cómodo como cogobernante en aras de la estabilidad del imperio: «Pedimos para Cómodo el poder imperial legal. Consolida tu descendencia. Haz que nuestros hijos vivan tranquilos. Ninguna fuerza daña a un imperio legítimo».[5] No obstante, Cómodo era un joven césar de carácter cuestionable. Aunque el relato no parece verosímil, se rumoreaba que un par de años antes había ordenado quemar vivo a un esclavo en un horno solo porque este había echado agua demasiado fría en el baño.[6] En cuanto Marco comenzó a darle poderes imperiales, dicen que su

carácter empeoró, ya que se rodeaba de un grupo de parásitos y oportunistas. De todos modos, para la mayoría de los romanos, sobre todo los de las provincias, un mal emperador era mejor que una guerra civil a gran escala. Marco o bien pensaba lo mismo, o bien no se daba cuenta de los defectos de su hijo, pues empezó a dar pasos orientados a compartir el poder imperial con él.[7]

Al principio, Marco trató de esconder las noticias de la secesión de Casio mientras pensaba cómo responder. «No hay plaga más veloz que la Fama», como dijo el poeta Virgilio. Los rumores se extendieron por el campamento, y las tropas empezaron a preocuparse ante la perspectiva de una guerra civil. Por fin, el emperador vio que era hora de hablar de la crisis en público. Se ha conservado el texto de ese extraordinario discurso, al parecer dirigido al ejército, pronunciado por el propio Marco Aurelio y remitido por escrito al Senado. La aglomeración de tropas debió de quedarse boquiabierta si dijo algo parecido a lo que refiere este relato.[8]

El emperador, dirigiéndose a sus «camaradas», empieza disculpándose por tener que pedirles que libren una guerra tras otra en su nombre, esta vez contra sus propios compatriotas. Casio, que antes era su «más querido amigo», se ha convertido en un conspirador y ha obligado a todos a participar en un conflicto detestable para la nación. Pero, pese a la terrible traición de Casio, Marco se niega, de un modo típicamente estoico, a lamentarse de su suerte y a enfadarse con los dioses.

A continuación, asegura a las tropas que él no teme exponerse al peligro y que si es necesario aceptará su propia muerte con serenidad, «¡pues supongo que no he nacido para ser inmortal!».

Sin embargo, por el bien de Roma, habría preferido que Casio hubiera presentado ante una audiencia militar o senatorial sus motivos para impugnar la autoridad del emperador y aspirar al trono. Así, Marco podría haberse defendido con un debate racional en lugar de con la fuerza de las armas. Habría renunciado al trono por voluntad propia, «sin recurrir a la lucha», si hubiera considerado que eso iría en beneficio del imperio. Pero al haber sido desleal con el Senado y el pueblo, y haber quebrado así la confianza de la gente, Casio se había convertido en alguien en quien no se podía confiar y había eliminado la posibilidad de que los senadores procesaran su demanda por cauces legales.

El emperador prosigue diciendo que los «cilicios, sirios, judíos y egipcios» que forman las siete legiones de Casio no solo son soldados inferiores a los que permanecen leales al emperador, sino que también son decenas de miles menos que ellos. A pesar de las victorias de Casio, Marco afirma que sus tropas no deberían sentirse intimidadas «porque un águila no es formidable cuando está al mando de un ejército de cuervos, ni un león cuando manda uno de cervatillos». No fue su antiguo general, sino estos legionarios, la mayoría de los cuales apoyan a Marco, los que lucharon y ganaron la guerra parta. El comandante del ejército capadocio, Marcio Vero, sigue siendo leal, dice Marco, y ha conseguido victorias más importantes que Casio.

Marco espera que Casio ya haya renunciado a la rebelión tras haber recibido la noticia de que el emperador sigue vivo. Es benévolo y asume que Casio se ha proclamado emperador solo porque ha creído erróneamente que Marco había muerto. Si no ha disuelto la rebelión, puede todavía ceder cuando se entere de que el

ejército leal marcha a su encuentro. Marco dice que lo que más le preocupa es no tener la oportunidad de perdonar a Casio si este se quita la vida o lo matan.

Por último, expone una típica paradoja estoica. Tanto si ganan como si pierden, el único beneficio real que los romanos podrían obtener de esta crisis sería mostrar al mundo que es posible responder con sabiduría y virtud incluso ante una guerra civil. Esto recuerda a un pasaje muy conocido de las *Meditaciones*: no deberíamos considerar los aparentes contratiempos como desgracias, sino decirnos a nosotros mismos que sobrellevarlos bien es tener buena suerte.[9]

Habrá quien cuestione que un emperador hable de perdonar una traición de esa magnitud; al final del discurso incluso dice: «Puede que todo esto os parezca increíble».[10] ¿Es realmente posible que Marco Aurelio se mostrara dispuesto ante el Senado a renunciar al trono para evitar una guerra civil? También puede parecernos increíble que se ofreciera a perdonar de modo incondicional a Casio y a los demás rebeldes. Pero pese a todo, después de la guerra, el emperador mantuvo su palabra y perdonó a casi todos los implicados.

Marco escribió las *Meditaciones* antes de que empezara la guerra civil, y ya entonces preveía la traición. Se dice a sí mismo que debe percatarse de cuándo lo ofenden individuos poco fiables, desvergonzados o de mala reputación. Pero un mundo sin personas poco fiables es inconcebible, observa, y es una tontería pedir lo imposible a la vida. Siempre vamos a encontrarnos con personas malvadas, y, si somos capaces de aceptarlo, podremos responderles con sabiduría. Aún da un paso más al cargar sobre sus propios

hombros el peso de la responsabilidad: «Y sobre todo, cuando vituperes a alguien por su deslealtad e ingratitud, mírate a ti mismo: porque sin duda tú tienes la culpa si has creído que este hombre que tenía tal disposición mantendría su lealtad, o si, al hacerle una gracia, no se la hacías con el único fin de favorecerlo, ni de manera que solo tu mera acción te proporcionara todo el fruto apetecido». [11] Si siguió su propio consejo, Marco se preguntaría si había actuado como es debido al confiar a Casio tanta autoridad en las provincias orientales. En lugar de ofenderse por la ingratitud de su antiguo amigo, se limitaría a recordarse a sí mismo que el objetivo de la vida es hacer lo que es sabio y justo sin esperar nada a cambio.

Después de la guerra, Marco honraría a las legiones de Marcio Vero: a la legión XII Fulminata y a la legión XV Apollinaris se les concedieron los títulos de Certa Constans («segura y constante») y Pia Fidelis («devota y leal») respectivamente. Su lealtad inquebrantable al mantenerse firmes contra el ejército rebelde de Casio detuvo el avance del enemigo y dio tiempo al emperador para desplegar a las tropas auxiliares. A pesar de que los sármatas y las tribus germánicas habían estado guerreando contra Roma solo unos meses antes, enormes unidades de su caballería llegaron en poco tiempo al frente oriental para reforzar a Marcio Vero.

La noticia de que el emperador se ofrecía a perdonar a todos los implicados en la rebelión debió de llegar al campamento enemigo unas semanas después, mientras Marco avanzaba hacia ellos encabezando un ejército de veteranos curtidos. Casio siguió pidiendo a su ejército rebelde que luchara en lo que debía de verse cada vez más como una misión suicida. Quizá sus hombres también sentían

que se habían levantado en armas contra sus compatriotas romanos con un pretexto falso, engañados por las afirmaciones sin fundamento que había hecho Casio sobre la muerte de Marco.

Mientras Marco todavía estaba de camino al este, recibió la noticia de que Casio había sido asesinado por sus propios oficiales. Así terminó de forma abrupta un «sueño imperial» que, como dice Dion Casio, duró solo «tres meses y seis días». El usurpador fue víctima de una emboscada por parte de un centurión a caballo, que lo atacó. El golpe hirió a Casio en el cuello, pero no lo mató, y el cómplice del centurión, un joven oficial de caballería, se apresuró a terminar el trabajo. Puede que el asesinato formara parte de un plan coordinado, porque unos soldados asesinaron también al prefecto pretoriano de Casio, así como a Meciano, al que Casio había dejado a cargo de Alejandría.

No es probable que el complot hubiera tenido éxito sin la ayuda de oficiales rebeldes de alto rango, aunque en las fuentes no aparece ninguna mención en este sentido. La extraordinaria generosidad de Marco con Alejandría, la hija de Casio, y su marido, Drunciano, pudo levantar sospechas de que estos habían ayudado a atajar la rebelión de una forma u otra.[12] Los asesinos de Casio, por ejemplo, no fueron apresados ni ejecutados por traición, sino que se les permitió salir de Siria con la cabeza del usurpador en un saco. Se la llevaron a Marco, pero este no quiso ver lo que había quedado de su antiguo amigo y les ordenó que le dieran una sepultura adecuada. De todos modos, perdonó a los asesinos y cumplió su promesa de no castigar a nadie implicado en la secesión, poniendo así punto final a la guerra civil.

18

EL SOL PONIENTE

Poco después de que terminara la guerra civil, Marco Aurelio sufrió otra importante pérdida. Mientras viajaban por Capadocia, cerca de un pueblo llamado Halala, la emperatriz Faustina cayó repentinamente enferma y murió.[1] Iban de camino a la región controlada con anterioridad por los rebeldes y estaban en una zona de los montes Tauro conocida como las Puertas Cilicias. Las fuentes no tienen claro si se suicidó o murió de una enfermedad crónica.[2] Si los rumores eran ciertos, la emperatriz habría temido que se descubrieran ciertos documentos que la implicaban en la conspiración de Casio. Por otra parte, no era insólito que una mujer romana muriera a los cuarenta y cinco años. Faustina había dado a luz al menos a catorce hijos, sufría de una lacerante gota, y cuando murió estaba haciendo un largo viaje por un territorio duro y desconocido.

Marcio Vero sucedió a Casio como gobernador de Siria y se le encomendó restaurar el orden en la provincia. Al parecer quemó la correspondencia de Casio, de modo que nunca sabremos si incluía cartas clandestinas de la emperatriz. Marco, en cualquier caso, se quedó desolado por la muerte de su mujer. Insistió en que no se ejecutara a nadie implicado en la rebelión, «como si solo con este acto pudiera encontrar consuelo para su pérdida». Además, Dion

Casio refiere que Marco escribió al Senado: «Ojalá ninguno de vosotros sea ejecutado durante mi reinado, ni por mi voto ni por el vuestro. […] Si no se cumple mi petición, me apresuraré a morir».[3]

Marco se muestra a todas luces inconsolable en esa carta. Aun así, amenaza con quitarse la vida antes que permitir que se la quiten a sus antiguos enemigos. El Senado quería ejecutar a varios de sus propios miembros por traición, incluidos probablemente algunos generales que habían estado al mando de las siete legiones de Casio. Los senadores se quejaban de que «la maldad y los actos temerarios de [los conspiradores]» merecían ser castigados, y advirtieron al emperador de que su indulgencia podría estimular el surgimiento de revueltas similares en el futuro. Sin ceder a sus protestas, Marco permaneció fiel a sus valores estoicos y nunca rompió el juramento de no ejecutar a ningún senador.[4]

Marco ordenó liberar a los capturados, ya fueran «generales, jefes de Estado o reyes», lo que indica que reinos vecinos, quizá Osroene o Armenia, se habrían unido a la rebelión.[5] Calvisio Estaciano, el prefecto egipcio cuya legión había sido la primera en aclamar a Casio como emperador, fue deportado a una isla, pero no lo decapitaron. Marco hizo quemar todas las pruebas relacionadas con sus crímenes.

Todos ellos eran hombres que, al incorporarse a la guerra civil, «habían tomado las armas en su contra y en contra de su hijo». Como Cómodo ya era césar, los rebeldes seguramente se plantearon deponerlo, exiliarlo o incluso decapitarlo o ejecutarlo de algún modo. Sin embargo, Dion Casio cree que, si Marco hubiera capturado a Casio, lo habría perdonado. Marco tomó medidas para proteger a muchos otros que habían conspirado no solo para asesinarlo a él, sino también a Cómodo.[6]

Tras la muerte de Faustina, Marco y su hijo prosiguieron su viaje por el este. Fue quizá en ese entonces cuando el emperador visitó la provincia de Siria-Palestina, conocida antiguamente como Judea. Parece ser que los judíos habían apoyado la insurrección de Casio, y se dice que Marco exclamó: «¡Oh, marcomanos, cuados y sármatas, al fin he encontrado un pueblo más rebelde que vosotros!». A pesar de todo, no dejó pasar la oportunidad de aprender de los sabios judíos: el Talmud afirma que un emperador llamado Antonino, muy probablemente Marco Aurelio, trabó amistad con el gran rabino Judá I y mantuvo largas conversaciones filosóficas con él.[7] Algunas de estas charlas parecen bastante fantasiosas y no reflejan lo que sabemos de Marco a partir de otras fuentes. No obstante, el hecho de que buscara a los hombres más eruditos de la región sí encaja con su carácter. Es posible que el Talmud contenga un relato novelado de los hechos reales.

Por esas mismas fechas, Marco también visitó Egipto, vistiéndose con ropa sencilla y comportándose más como un ciudadano corriente y un filósofo que como un monarca. Antes de reanudar su viaje por las provincias, dejó a una hija suya en Alejandría, demostrando así la confianza que tenía en el nuevo prefecto y en su compromiso de proteger la ciudad. La última parada de su viaje de camino a Roma, «una vez normalizada la situación en Oriente», fue Atenas. Dion Casio declara que, «para beneficio del mundo entero», Marco «estableció en Atenas a maestros de todas las ramas del conocimiento, concediendo a tales maestros un salario anual». Instituyó una cátedra de retórica y dio fondos para cátedras de filosofía, cuya concesión dejó al cargo de Herodes Ático: para el estoicismo, el platonismo, el aristotelismo e incluso el epicureísmo,

pese a la tradicional rivalidad entre esta última escuela y los estoicos.[8]

A finales del año 176, Marco regresó a Roma en compañía de Cómodo. La multitud abarrotaba las calles. Marco estaba más viejo y débil, caminaba más despacio y hablaba con menos frecuencia y con más dificultad. De Roma se había marchado un filósofo amante de los libros y ahora volvía un canoso general veterano. Había sido testigo de primera mano de la brutalidad de la guerra durante muchos años. En las *Meditaciones* se refiere al espeluznante espectáculo de cabezas, manos y pies cortados y desparramados a una perturbadora distancia del resto del cuerpo.[9] Todos sabían que había enterrado a muchos seres queridos. El pueblo romano lo veía como un hombre cercano a la muerte, condición que se añadía a su ya solemne apariencia.

Marco subió a la tribuna del Foro romano (la conocida como *rostra*) y se esforzó en hacerse oír por el gentío que lo ovacionaba. Estaba hablando sobre su ausencia de tantos años cuando el público empezó a gritar: «*Octo! Octo*!», levantando ocho dedos.[10] Les sonrió y consintió en repartir a cada uno la generosa cantidad de ocho áureos (monedas de oro) para celebrar un banquete, más o menos la suma de seis meses de salario. Canceló todas las deudas con el Estado que se remontaban hasta cuarenta y cinco años atrás e hizo quemar en el Foro los documentos que daban fe de ellas.

Después de concluir la guerra civil, Marco había otorgado a Cómodo el título de emperador. Celebraron un triunfo conjunto en Roma, y a Cómodo se le concedió el poder tribunicio. Al año siguiente, en 177, Cómodo fue nombrado cónsul por primera vez a pesar de su juventud: solo tenía quince años. Poco después obtuvo

el título de augusto. Aunque en privado ya se habían dado señales de alerta ante el comportamiento de Cómodo, parece ser que, en cuanto el poder supremo recayó en sus manos, su conducta en público se distanció por completo de la observada por su padre y dio lugar a acciones de una inmoralidad y una crueldad sin precedentes.

Los acuerdos de paz negociados con las tribus del norte se mantuvieron unos dos años y después surgió un nuevo conflicto en la frontera del Danubio. Así pues, en el año 177 Marco llevó a cabo el antiguo rito de declarar la guerra frente al templo de Belona, la diosa de la guerra, arrojando una lanza sangrienta a un poste de madera que simbolizaba el territorio enemigo. La *Historia augusta* afirma que Marco era tan célebre por su amor a la filosofía que, cuando se disponía a partir hacia la segunda guerra marcomana, la gente le pidió encarecidamente que publicara sus «Preceptos de filosofía», ya que temían que el frágil emperador filósofo no regresara de allí. No solo aceptó, sino que organizó también un debate público sobre su libro, las «Exhortaciones», que duró tres días. Si esto es cierto, es probable que se trate de un texto distinto del que hoy conocemos como las *Meditaciones*, pues este no parece pensado para su publicación. Otra fuente, el libro de Aurelio Víctor sobre la historia de los césares, comenta de forma similar que una multitud de filósofos rodearon a Marco y le rogaron que explicara «los puntos difíciles y muy oscuros de las doctrinas filosóficas» antes de marcharse de nuevo a la cabeza del ejército.[11]

Marco fue al norte acompañado de su prefecto pretoriano y una enorme fuerza expedicionaria, y lo primero que intentó resolver fue la «situación en Escitia». Derrotó a los yácigos en una única batalla campal que duró un día entero y fue proclamado Imperator por

décima vez.[12] Los yácigos se negaron a aceptar los términos de paz a menos que Marco prosiguiera con la campaña contra sus vecinos germánicos, los cuados, que habían sido aliados de los yácigos pero habían acabado convirtiéndose en «enemigos [que vivían] a sus puertas».[13] Marco se embarcó una vez más en extensas negociaciones diplomáticas con las tribus del norte. La alianza de Roma con los yácigos se fortaleció, y se suavizaron muchas de las restricciones impuestas a esta tribu tras su derrota. Con el fin de mantener la paz, los romanos habían acuartelado a una fuerza de veinte mil tropas coloniales en fuertes provisionales por todo el territorio marcomano y cuado.[14] Los cuados, que se opusieron a ello, trataron de emigrar hacia el norte, a la tierra de una tribu germánica vecina, pero los romanos les cerraron el paso, quizá para evitar que volviesen a armarse y a seguir con sus asaltos en la Ruta del Ámbar.

La guerra civil había interrumpido los planes de Marco de «convertir a Marcomania y a Sarmatia en provincias romanas». Cuando estalló la segunda guerra marcomana, Marco combatió contra los sármatas, los marcomanos, los cuados y sus aliados durante tres años, y según la *Historia augusta*, «si hubiera vivido un año más, habría convertido a estos pueblos en provincias romanas».[15] Dion Casio conjeturaba de modo parecido que, «si Marco hubiese vivido más tiempo, habría sometido a toda aquella región» y habría transformado Europa central al incorporar a las actuales Chequia, Eslovaquia y el este de Hungría al Imperio romano.[16]

En marzo del año 180, el anciano emperador contrajo la enfermedad que acabaría con su vida, seguramente la peste que lleva su nombre. De inmediato convocó a su hijo a su lecho de

muerte. Las fuentes discrepan acerca de dónde tuvo lugar el fallecimiento del emperador: Aurelio Víctor lo ubica en la ciudad de Vindobona (la actual Viena), mientras que Tertuliano lo sitúa en Sirmio.[17]

Cómodo, temiendo por su vida, suplicó a su padre que le permitiera abandonar la guerra y volver a Roma. Como antes Lucio Vero, estaba desesperado por evitar la exposición a la peste. Marco le advirtió que si dejaba su puesto se arriesgaba a que lo consideraran un «traidor a la patria»,[18] pero Cómodo insistió, y Marco le pidió entonces que se quedara unos días más, ya que huir de inmediato sería visto como un acto de cobardía. A partir de ese momento, el emperador se abstuvo de comer y beber para acelerar su propia muerte.

En el sexto día de enfermedad, convocó a sus amigos y allegados y les dijo que se arrepentía de haber dejado a Cómodo como único emperador, puesto que ahora se daba cuenta de que no era adecuado para gobernar. Es probable que ese grupo estuviera compuesto por personas muy cercanas, como sus yernos Pompeyano y Claudio Severo, su amigo de la infancia Aufidio Victorino, su secretario griego Alejandro Peloplatón, su prefecto pretoriano Tarrutenio Paterno y otros. Ellos lo miraban consternados, pero Marco les regañó: «¿Por qué me lloráis en lugar de pensar en la epidemia y en la muerte que nos espera a todos?». Mientras se marchaban, les dijo: «Si ahora me concedéis permiso para irme, os digo adiós y me adelanto a vosotros». Le preguntaron a quién confiaba su hijo, y Marco contestó: «A vosotros, si es digno de ello, y a los dioses inmortales». El ejército «sintió un vivo dolor» cuando

se enteraron de que Marco se estaba muriendo. Solo lo querían a él y no tenían ninguna fe en su coemperador, Cómodo.[19]

El séptimo día, ya al borde de la muerte, Marco solo permitió que lo visitara Cómodo. Después de una breve conversación, vio que su hijo estaba paralizado por el miedo a contraer la enfermedad y le dijo que se fuera. El agonizante emperador dio entonces al tribuno de la guardia nocturna el santo y seña siguiente: «Id hacia el sol naciente, yo ya me estoy poniendo».[20] Esta frase encaja a la perfección con las múltiples referencias en las *Meditaciones* a la muerte como proceso natural. Debía de sonar también como una alusión al simbolismo del mitraísmo, el culto mistérico más popular entre el ejército romano. Al dios Mitra se le solía representar con dos compañeros, Cautes y Cautópates, uno con una antorcha recién encendida y el otro con una antorcha boca abajo, como si estuviera apagándola en el suelo. Juntos simbolizan al sol naciente y poniente.

Marco se cubrió la cabeza como si fuera a dormir y falleció sosegadamente la noche del 17 de marzo del año 180. Había ordenado a los pretorianos que custodiaran a su hijo para acallar los posibles rumores de que Cómodo era responsable de su muerte. Aun así, Dion Casio, en su historia, dice que el emperador murió a manos de sus propios médicos, quienes deseaban ganarse el favor de Cómodo acelerando su transición a único emperador.[21]

En opinión de Dion Casio, el hijo de Marco no era malvado, sino «el hombre más cándido que haya existido jamás».[22] Lo retrata como un joven ingenuo y cobarde, fácilmente manipulable por sus compañeros, quienes lo corrompieron poco a poco y lo convirtieron en un hombre cada vez más caprichoso y cruel. Fueron esos oportunistas los que lo convencieron para que se marchara de la

frontera septentrional y regresara a la buena vida de Roma, dejando atrás a los muchos hombres buenos que debían protegerlo según las instrucciones de Marco. Los mejores emperadores romanos preservaron su poder gracias a que siempre tuvieron de su lado al ejército y al Senado; Cómodo destruyó su propia reputación ante ambas instituciones desde el momento en que abandonó la frontera del norte. En consecuencia, se vio obligado a aferrarse al poder convirtiéndose en una especie de celebridad, organizando juegos carísimos y exhibiéndose él mismo en la arena en luchas amañadas de gladiadores para conseguir el aplauso del público. Esa manera de reinar conducía invariablemente al desastre.

Algunos historiadores dicen que Marco habría preferido que Cómodo muriera antes que verlo convertido en otro emperador tiránico como Nerón, Calígula o Domiciano.[23] Herodiano comenta que, aunque Marco había hecho venir a los mejores tutores del mundo para educarlo, le preocupaba que, a sus dieciocho años, Cómodo fuera todavía demasiado joven para ejercer el poder supremo y se echara a perder por culpa del alcohol y el libertinaje. Los romanos, al ver a Cómodo, pensaban de forma inevitable en Nerón, que asumió el trono a los dieciséis años y evolucionó muy deprisa hacia la tiranía. Nerón «llegó hasta el asesinato de su propia madre —dice Herodiano— y se ofreció él mismo al pueblo como espectáculo ridículo». Marco también temía que las tribus extranjeras de la frontera del Danubio aprovecharan su muerte como excusa para rebelarse contra Cómodo, «despreciando la edad del muchacho».[24]

Dion Casio tendría unos veinticinco años cuando murió Marco Aurelio, y más adelante sería senador durante el reinado de

Cómodo, de modo que se encontraba en una posición privilegiada para comparar a los dos emperadores. En su *Historia romana* encontramos opiniones vehementes sobre el gobierno de cada uno:

> [Marco Aurelio] no tuvo la buena fortuna que merecía, pues no era robusto y se vio envuelto en problemas durante prácticamente todo su reinado. Yo, por mi parte, lo admiro aún más por este mismo motivo, ya que entre inusuales y extraordinarias dificultades pudo sobrevivir él mismo y conservar el imperio. Solo una cosa le impidió ser completamente feliz, a saber, que, tras criar y educar a su hijo de la mejor manera posible, sus expectativas se vieron totalmente defraudadas. […] Nuestra historia desciende ahora desde un reinado de oro hasta otro de hierro y óxido, como les ocurrió a los romanos en aquellos momentos.[25]

Incluso cuando Marco aún vivía, Cómodo no compartía algunas decisiones de su padre. Después de abandonar la frontera del norte y dejar a Pompeyano, su cuñado y guardián, para que lidiara con las tribus rebeldes, Cómodo anuló las órdenes que había dado su padre respecto a los descendientes de Avidio Casio y mandó atraparlos y quemarlos vivos por traidores, hubieran sido partícipes o no de la revuelta. Lo mejor que puede decirse del reinado de Cómodo es que evitó que otra guerra civil descompusiera el imperio. El auténtico legado de Marco Aurelio reside en el ejemplo que dio con su conducta como emperador y en la influencia de los textos escritos por él que se han conservado, conocidos hoy en día como las *Meditaciones*.

EPÍLOGO

LA SALA DE LOS MISTERIOS

Mientras se desencadenaba la primera guerra marcomana, Marco Aurelio, rodeado de muerte y traición, encontró consuelo escribiendo sus famosas notas «para sí mismo» sobre filosofía estoica. También realizó un voto solemne: si vivía el tiempo suficiente, peregrinaría a Atenas para unirse a los suplicantes que se iniciaban en el templo de Deméter, situado en la cercana Eleusis. Adriano había intentado llevar los misterios eleusinos a Roma, pero su mística estaba enraizada en el antiguo emplazamiento del templo griego.

Durante la guerra, los miembros de una tribu sármata, los costobocios, habían saqueado el templo y destruido el *telesterion*, la sala de iniciación. Marco ordenó que la reconstruyeran. En su honor, los atenienses adornaron el frontón del Propileo Mayor (puerta principal) con un busto del emperador rodeado de amapolas, uno de los símbolos de Deméter, ya que suelen crecer en los trigales.

El nombre de la diosa Deméter contiene el sufijo *-meter*, «madre». Era la madre de todos, y, al visitar su templo en Grecia, el emperador debió de recordar con intensidad a su propia madre, Domicia Lucila. Marco había soñado con ir a Atenas desde que era niño, cuando se sentaba junto a su hermana a los pies de la cama de Lucila y se quedaba embelesado oyendo a su madre recitar a los

poetas griegos. Media vida después, Marco seguía citando para sí las palabras de Homero, Hesíodo y Eurípides.

Mientras trabajaba en sus notas filosóficas en Carnunto, y más tarde a orillas del río Hron, en tierra de los cuados, Marco pensaba con frecuencia en su propia muerte; no como idea abstracta, sino como una realidad acuciante, mientras inhalaba con esfuerzo el aire helado de Panonia y veía cómo desaparecían una vida tras otra con la peste antonina y la guerra de muchos pueblos. Cuando estalló la guerra civil de Avidio Casio, es probable que Marco ya hubiera terminado de escribir las *Meditaciones*.[1]

Inmediatamente después, viajó por primera vez a Atenas, la cuna de la filosofía estoica. Hablaba en griego con fluidez, pues llevaba toda la vida estudiándolo, pero nunca había puesto un pie en Grecia ni había respirado su aire. Se vio rodeado de oradores y filósofos griegos, e inmerso en la cultura sobre la que tanto había leído. Visitó la Stoa Poikile, el famoso pórtico donde nació el estoicismo, que daba al Ágora y desde el que se divisaba la Acrópolis. En sus paredes pudo ver los cuatro enormes frescos de batallas históricas y mitológicas, de las que derivaba el nombre de «pórtico pintado».

En Atenas, Marco se reunió con el sofista Herodes Ático, ya mayor. Le pidió perdón por sus antiguas desavenencias y le rogó que lo introdujera en los misterios de Deméter: «Pues hice voto, cuando la guerra era más enconada, de hacerme iniciar, y desearía que fueras tú mi guía en la iniciación».[2] Poco después se incorporó a los miles de iniciados que se reunían ante la Stoa Poikile para escuchar cómo el hierofante de Deméter inauguraba la ceremonia anual en honor de la diosa, que duraba cinco días. Tras las purificaciones rituales de rigor, los asistentes avanzarían en procesión a la luz de las antorchas

desde Kerameikós, un antiguo cementerio situado en el corazón de Atenas, y recorrerían el camino sagrado hasta Eleusis, donde un gigantesco complejo de templos con vistas al golfo Sarónico albergaba el culto mistérico de Deméter. La celebración duraba cuatro días más, antes de culminar en los ritos iniciáticos.

El contenido de los misterios era un secreto de Estado, y se consideraba delito publicar cualquier cosa que los revelara. Lo que podemos decir con seguridad es que los rituales giraban en torno al mito de Deméter, en concreto en torno al rapto por parte de Hades de Perséfone, la hija de la diosa, convertida en reina del inframundo a su pesar. Deméter era también la diosa de los cereales y la agricultura, y uno de sus símbolos principales es una espiga de trigo o cebada. Los iniciados bebían un brebaje llamado *kyleon* («mezcla»), que al parecer estaba compuesto de agua, cebada y hojas de menta. Algunos investigadores han planteado la posibilidad de que contuviera también alguna potente droga psicotrópica, basándose en que existen pruebas de que se practicaba el cultivo y el procesamiento del cornezuelo, un hongo alucinógeno que crece de forma natural en las plantaciones de cebada y otros cultivos.

Después de esa experiencia, los iniciados no solo podían «vivir con alegría, sino también morir con más esperanza», como dice Cicerón. Tal vez sentían expandirse su consciencia y vislumbraban por un instante la vida del más allá. Marco entró en el santuario sin protección, tras ordenar a sus guardias pretorianos que esperaran fuera. Juraría ante el hierofante que sus manos no estaban manchadas con sangre ilícita, arriesgándose a sufrir un terrible castigo divino si se atrevía a mentir. Con esa iniciación, el emperador realizaba una declaración pública. Se sometió al ritual en parte «para

probar que era inocente», sin duda de la muerte de alguien importante, quizá Faustina, Avidio Casio o incluso Lucio Vero.[3] Había jurado pasar por esa iniciación muchos años atrás, poco después de la muerte de su hermano adoptivo.

Marco tenía otros motivos para participar en la ceremonia: le fascinaba el simbolismo religioso. En la cultura griega, los misterios ocupan un lugar central junto a la filosofía. En las *Meditaciones* encontramos temas importantes en los que resuena con claridad el mito de Deméter, como la aceptación de las pérdidas e incluso de la propia muerte en cuanto procesos de la naturaleza universal. Sócrates había dicho que quienes se dedican correctamente a la filosofía solo se centran en estudiar el hecho de morir y estar muerto.[4] Esta preparación para la muerte es uno de los temas más destacados de las *Meditaciones*. Marco retoma muchas veces la máxima estoica de que nuestro objetivo supremo debe ser vivir en concordancia con la naturaleza, lo que supone aceptar la transitoriedad de todas las cosas materiales, incluida nuestra propia vida.

Cornuto, un maestro estoico del siglo I d.C., dejó un texto sobre teología griega en el que explica que el nombre de Deméter significa «madre tierra»: la diosa de los misterios eleusinos simboliza la naturaleza y la tierra. Los griegos «comenzaron a celebrar misterios en su honor cuando se pusieron a filosofar», dice; «el mito cuenta que ella es la primera y la última porque las cosas que nacen de la tierra y son sostenidas por ella acaban disolviéndose en ella; y ese es también el motivo de que los griegos empiecen y terminen sus sacrificios con ella». Siguiendo una idea similar, Marco se dice que tanto la muerte como el nacimiento son «misterios» de la

naturaleza; la vida se compone de los elementos, y después se descompone y vuelve a ellos de nuevo. Y, como esas cosas son naturales, no deberían inquietarnos. En otro lugar cita un pasaje de claras resonancias eleusinas extraído de una tragedia perdida de Eurípides : «Conviene segar la vida, como una espiga cargada de grano». Le gustaba tanto esta frase que la repitió más adelante en las *Meditaciones*.[5] Prefiguraba el santo y seña que dio en su lecho de muerte: «Id hacia el sol naciente, yo ya me estoy poniendo». Igual que se siembra el cereal en la tierra y luego se siega: un hombre nace, otro muere. Vivir y morir, siempre, en concordancia con la naturaleza.

CRONOLOGÍA

121 Marco Aurelio nace en Roma, el 26 de abril, con el nombre de Marco Anio Vero, como su padre.

El emperador Adriano emprende su primer viaje por las provincias.

ca. 122 Nace Ania Cornificia Faustina, la hermana menor de Marco.

ca. 124 Muere el padre de Marco por causas desconocidas.

Lucio Catilio Severo, el bisabuelo materno de Marco, contribuye a su educación.

Marco y su madre, Domicia Lucila, se mudan a la casa de su abuelo paterno, quien es posible que lo adoptara.

ca. 125 El emperador Adriano vuelve a Roma y pone el apodo de Verissimus a Marco.

127 Marco se incorpora a la orden ecuestre.

128 Adriano viaja por Atenas y las provincias orientales acompañado de Antínoo.

129 Marco ingresa en el Colegio de los Salios.

130 Nace Lucio Ceyonio Cómodo (Lucio Vero).

132 Insurrección de Bar Kojba, que da lugar a la guerra judía de Adriano (132-136).

El maestro griego de pintura de Marco, Diogneto, lo introduce en la filosofía. Marco asiste a clases públicas del maestro estoico Apolonio de Calcedonia.

ca. 133 Adriano regresa a Roma, donde empieza a deteriorarse su condición mental y física.

Marco y su madre se marchan de la casa de su abuelo paterno.

ca. 135 Muere la emperatriz Vibia Sabina.

Adriano casi muere de una hemorragia en Roma y se vuelve más agresivo con sus supuestos enemigos.

136 Marco recibe la *toga virilis*, se compromete con Ceyonia Fabia, hija de Lucio Ceyonio Cómodo, y es nombrado prefecto de la ciudad para las Ferias Latinas.

Empieza la educación formal de Marco en filosofía y retórica.

Adriano adopta a Lucio Ceyonio Cómodo, que pasa a llamarse Lucio Elio César, y lo convierte en su sucesor.

138 Lucio Elio muere de una hemorragia después de ingerir un medicamento; Adriano adopta a Antonino como nuevo heredero y lo nombra césar; Antonino adopta a Marco y al hijo de Lucio Elio César (después conocido como Lucio Vero), y Adriano adopta a ambos como nietos.

Adriano acusa a Catilio Severo, el bisabuelo materno de Marco, de conspirar contra él para apoderarse del trono y lo destituye del puesto de prefecto urbano. Adriano muere el 10 de julio; Antonino es proclamado emperador.

Antonino anula el compromiso de Marco con Ceyonia Fabia y lo promete a su propia hija, Faustina.

Frontón es designado maestro de retórica de Marco.

139 Marco sirve como cuestor y cónsul a las órdenes de Antonino.

140 Marco sirve como cónsul, es nombrado césar, el heredero oficial de Antonino, y adopta el nombre de Marco Elio Aurelio Vero César.

Marco es nombrado cabeza de la orden ecuestre.

Herodes Ático es nombrado tutor principal de retórica griega de Marco.

Muere la emperatriz Faustina la Mayor, la madre adoptiva de Marco.

145 Marco es elegido cónsul por segunda vez; se casa con Faustina.

Marco alude por primera vez a enfermedades en las cartas a Frontón: dolor de pecho y úlceras.

146 Marco expresa su decepción respecto al estudio de la retórica después de leer a Aristón.

147 Faustina da a luz a una niña, Domicia Faustina.

Antonino concede a Marco el poder tribunicio, convirtiéndolo en su coemperador *de facto*.

149 Faustina da a luz a dos niños, Tito Aurelio Antonino y Tiberio Elio Aurelio, que al parecer fallecen antes de cumplir un año.

150 Faustina da a luz a otra hija, Ania Aurelia Galeria Lucila.

151 Muere Domicia Faustina, una de las hijas de Faustina y Marco; Faustina da a luz a otra hija, Ania Aurelia Galeria Faustina.

152 Faustina da a luz a otro hijo, Tiberio Elio Antonino, que muere antes de 156. Muere la hermana de Marco, Cornificia.

ca. 155 Muere la madre de Marco, Domicia Lucila.

159 Faustina da a luz a otra hija, Fadila.

160 Faustina da a luz a otra hija, Cornificia.

Marco y Lucio Vero sirven como cónsules conjuntos.

161 Muere Antonino Pío; Marco y Lucio Vero son proclamados emperadores y comparten el poder.

Prometen a la hija de Marco, Ania Lucila, de once años, con Lucio Vero.

El Tíber se desborda, provocando hambrunas y enfermedades.

Faustina da a luz a dos gemelos, Tito Aurelio Fulvo Antonino, que muere al poco tiempo, y Lucio Aurelio Cómodo Antonino (Cómodo), el único hijo de Marco que sobrevive.

Vologases IV de Partia invade Armenia, iniciando con ello la guerra parta.

162 Lucio Vero abandona Roma para tomar el mando en la guerra parta.

Faustina da a luz a otro hijo, Marco Anio Vero.

ca. 163 Lucio Vero llega a Antioquía; el general romano Estacio Prisco recupera la capital armenia.

Marco y Lucio reciben el título de Imperator II después de la victoria en Armenia.

Los partos invaden el estado vasallo romano de Osroene y colocan a su propio rey.

Lucio se casa con Lucila, la hija de Marco, en Éfeso.

164 Las fuerzas romanas reconquistan Edesa, la capital de Osroene, y devuelven al trono a su rey vasallo.

165 Avidio Casio conduce al ejército sirio Éufrates abajo y saquea la capital parta de Ctesifonte y la ciudad vecina de Seleucia, a orillas del Tigris.

Lucio y Marco reciben el título de Imperator III después de las victorias contra los partos.

Avidio Casio vuelve a Siria y pierde muchos soldados a causa de la peste y el agotamiento.

166 Las legiones de Avidio Casio conquistan Media y Babilonia.

En Roma, Marco y Lucio celebran conjuntamente el triunfo sobre los partos y reciben el título de Imperator IV.

Cómodo y Marco Anio Vero, los hijos de Marco, reciben el título de césar para que reinen juntos en un futuro.

Avidio Casio y Marcio Vero, los generales al mando de la guerra parta, son nombrados cónsules.

Primer estallido de la peste en Roma.

Los lombardos y los ubios atacan Panonia, pero son rechazados; el rey Balomar de los marcomanos encabeza una delegación de jefes de tribus germánicas para pactar la paz con Roma; en la frontera, los yácigos atacan Dacia y matan al gobernador provincial en la batalla.

ca. 167 Balomar lidera a los marcomanos y a una enorme coalición de aliados germánicos para invadir las provincias del norte del imperio.

Veinte mil soldados romanos pierden la vida en la batalla de Carnunto; varias tribus germánicas cruzan los Alpes, penetran en el norte de Italia y sitian Aquilea.

Marco se dispone a ir al norte, pero el brote inicial de la peste lo retiene.

168 Marco y Lucio dejan Roma para ir a Carnunto.

Las tribus piden la paz; las legiones romanas expulsan a las tribus germánicas del norte de Italia y de las provincias; Marco y Lucio reciben el título de Imperator V.

169 Lucio Vero muere de camino a Roma, probablemente por la peste; Marco vuelve a Roma para asistir al funeral y recaudar fondos y tropas para la guerra.

Marco promete a su hija Lucila a Claudio Pompeyano.

Muere Marco Anio Vero César, hijo de Marco.

Marco parte hacia la frontera septentrional.

ca. 170 Marco empieza probablemente a escribir las *Meditaciones*.

Faustina da a luz a su último hijo conocido, una niña, Vibia Aurelia Sabina.

171 Expulsan a la mayoría de los invasores de las provincias del norte; Marco se acuartela en Carnunto; muchas tribus germánicas piden la paz; se llega a acuerdos con los cuados, a los que separan de sus antiguos aliados marcomanos.

ca. 172 Los marcomanos son vencidos; se reanuda la guerra contra los cuados; Marco traslada su base a Aquincum.

Empieza la guerra bucólica (la rebelión de los búcolos); Isidoro y sus guerreros tribales vencen a la legión egipcia y asedian Alejandría; se le otorga el *imperium* a Casio para las provincias orientales, y Casio derrota a Isidoro.

Se producen los milagros del rayo y de la lluvia en las batallas contra los cuados.

173 Marco es proclamado Imperator VI y se traslada a Sirmio, más al sur.

174 Marco es proclamado Imperator VII; Faustina es nombrada Madre del Campamento.

El jefe yácigo Banadaspo pide la paz; Marco rechaza las condiciones; Zántico expulsa del poder a Banadaspo y la guerra continúa.

173 Probablemente Marco haya terminado ya las *Medi- taciones*.

Marco es proclamado Imperator VIII tras la rendición de los yácigos.

Avidio Casio se hace proclamar emperador en el este, con lo que se desencadena la guerra civil; unos meses después lo asesinan y finaliza la guerra.

Faustina muere mientras viaja con Marco a las Puertas Cilicias.

176 Se le concede poder tribunicio y el *imperium* a Cómodo, con lo que se convierte *de facto* en coemperador; Marco y Cómodo celebran el triunfo en Roma por la victoria sobre las tribus germánicas y sármatas.

177 Cómodo es nombrado cónsul.

Empieza la segunda guerra marcomana.

Cómodo se casa con Brutia Crispina; es nombrado augusto, coemperador.

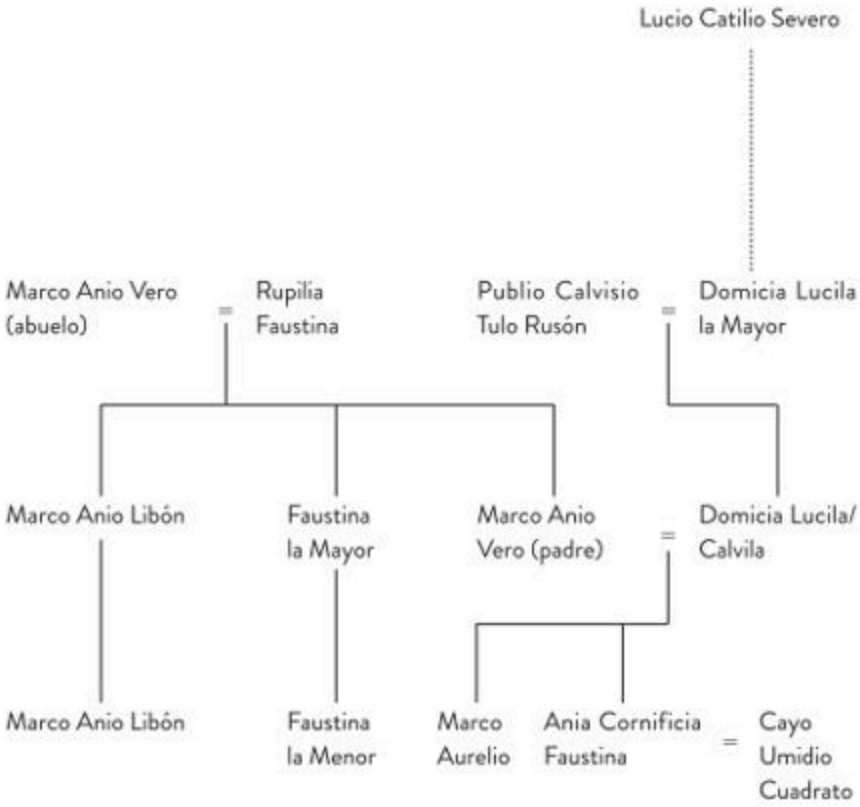
Marco y su prefecto pretoriano vencen a los sármatas; Marco es proclamado Imperator IX.

178 Marco y Cómodo vuelven a Carnunto para ayudar a contener a los cuados y a otras tribus germánicas.

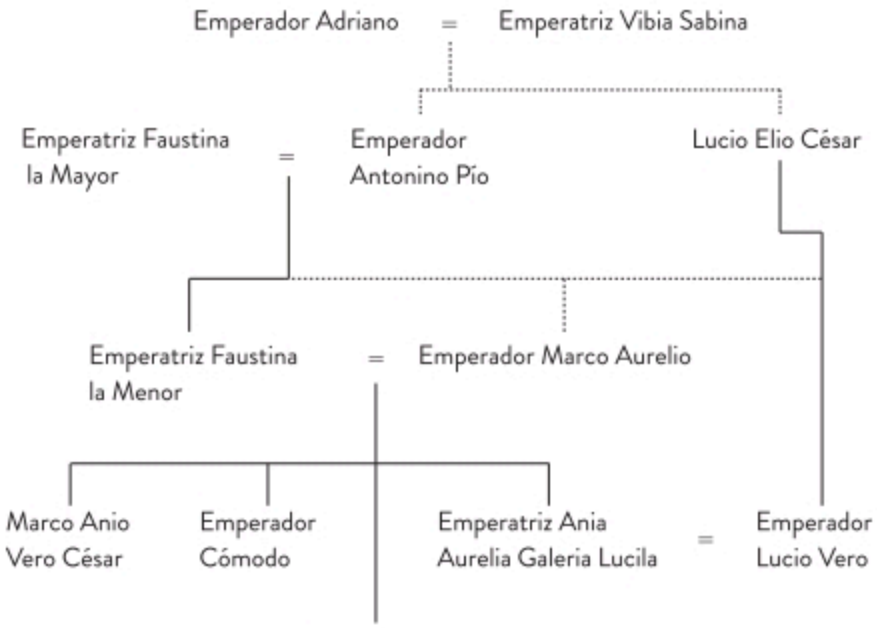
179 Marco consigue una importante victoria contra una coalición de ejércitos marcomanos y cuados; es proclamado Imperator X.

180 Marco muere el 17 de marzo en Vindobona o en Sirmio, probablemente a causa de la peste; Cómodo, de dieciocho años, queda como único emperador.

GENEALOGÍAS



Familia carnal
(las líneas discontinuas indican adopciones)



Domicia Faustina
Tito Elio Antonino
Tito Elio Aurelio
Ania Aurelia Galeria Faustina
Tiberio Elio Antonino
Ania Aurelia Fadila
Ania Cornificia Faustina Menor
Tito Aurelio Fulvo Antonino
Adriano
Vibia Aurelia Sabina

Familia de adopción e hijos
(las líneas discontinuas indican adopciones)

NOTAS SOBRE LAS FUENTES

MEDITACIONES

La primera edición impresa del manuscrito en griego se publicó en 1558, editada por Wilhelm Xylander, con el título de *Ta eis heautón* («A sí mismo» o «Cosas para sí mismo»). En 1634 se publicó la primera traducción al inglés, a cargo de Méric Casaubon, titulada *Marcus Aurelius Antoninus the Roman Emperor, His Meditations Concerning Himselfe Treating of a Naturall Mans Happinesse; Wherein It Consisteth, and of the Meanes to Attaine unto It*. Desde entonces se ha traducido muchas veces, pero las siguientes ediciones acortan el título a *The Meditations* o *Meditations*. Si no lo indico de otro modo, para este libro he extraído las citas de una versión moderna de la traducción de 1862 de George Long (*Meditations: The Philosophy Classic*), con alteraciones menores en algunos lugares señaladas como «modificado». Loeb editó una versión bilingüe, con traducción de C. R. Haines y el texto griego en paralelo. Otra fuente muy valiosa es la edición en dos volúmenes de A. S. L. Farquharson, en la que se incluyen el texto, la traducción y los comentarios. Existen traducciones más recientes y accesibles al lector moderno, como la de Gregory Hays, muy popular, traducida por Robin Hard y comentada por Christopher Hill, así como la traducción anotada de Robin Waterfield, que fue la última que se lanzó al mercado en el momento de escribir el presente libro.

LA CORRESPONDENCIA DE FRONTÓN

En 1815, el investigador italiano Angelo Mai descubrió un conjunto de epístolas pertenecientes al rétor Marco Cornelio Frontón, en el que, además de cartas que él mismo escribió, también hay muchas que recibió. La mayoría de ellas son las intercambiadas entre Frontón y Marco Aurelio, su alumno, aunque también hay bastantes entre Frontón y otros personajes importantes, como Domicia Lucila, Antonino Pío, Lucio Vero y Avidio Casio. Esas cartas proporcionan un acceso directo a la vida privada de Marco como césar y después como emperador. Pese a que resulta difícil fecharlas con exactitud, abarcan el periodo desde aproximadamente el año 138 hasta el 166 d.C. Entre ellas hallamos varios ensayos, como el llamado *Principia Historiae*, o *Introducción de la historia* (de la guerra parta). En cierto sentido, su contenido constituye nuestra fuente de información más sólida acerca de la vida de Marco Aurelio, pero se refiere pocas veces a los hechos históricos, y, cuando lo hace, la vaguedad de los datos es frustrante. C. R. Haines tradujo las cartas para la edición de Loeb, que es la que empleo en este libro. La traducción más reciente, realizada por Davenport and Manley (2013), contiene una selección de cartas.

HISTORIA DEL IMPERIO ROMANO DESPUÉS DE MARCO AURELIO, DE HERODIANO

Herodiano de Antioquía fue más o menos contemporáneo de Dion Casio, aunque no tan buen historiador, y probablemente un

funcionario de bajo rango en el gobierno romano. Su *Historia del Imperio romano después de Marco Aurelio*, escrita en griego, toma como punto de partida la muerte de Marco Aurelio, por lo cual no resulta demasiado útil para mi propósito. Aunque añade color a los relatos registrados en otras fuentes, su fiabilidad es discutible.

EL *CÓDIGO* Y EL *DIGESTO* DE JUSTINIANO

Las compilaciones legales realizadas por orden del emperador Justiniano I conservan muchos decretos y otros edictos pronunciados por Marco Aurelio y Lucio Vero. Paul Noyen defendió que reflejan las creencias estoicas de Marco («Marcus Aurelius, the Greatest Practician of Stoicism»), mientras que G. R. Stanton discutió ese análisis («Marcus Aurelius, Emperor and Philosopher»). Noyen afirma identificar referencias a 324 textos legales decretados por el propio Marco o relacionados con sus decisiones, más de la mitad de los cuales afectan específicamente a las mujeres, los niños y los esclavos, y en general tienden a mejorar sus derechos legales. La mayoría de las referencias a los niños tratan de la protección de los huérfanos.

LA *HISTORIA ROMANA* DE DION CASIO

Dion Casio nació en Bitinia en una familia de clase senatorial, y se cree que tendría alrededor de veinticinco años cuando murió Marco Aurelio. Escribió una historia de Roma en ochenta volúmenes, en

griego, que abarcaba desde la fundación de la ciudad hasta la época de Severo Alejandro, cuyo reinado empezó en el año 222 d.C. Por desgracia, el fragmento de la *Historia* que trata de la vida de Marco Aurelio nos ha llegado solo en la versión resumida o «epítome», escrito por el monje cristiano Juan Xifilino en el siglo XI. Por lo general, se considera la narración escrita más fidedigna de la biografía de Marco Aurelio, aunque le falta relatar en detalle su vida antes de ascender al trono. De los volúmenes que hablan del reinado temprano del emperador y del de su predecesor Antonino Pío solo se conservan pequeños fragmentos. Dion Casio tenía en muy alta estima a «Marco Antonino, el filósofo» como emperador; en cambio, mostró una opinión muy distinta acerca de su hijo.

Dion Casio estaba en una posición privilegiada para observar el reinado de Cómodo, pues entonces era miembro del Senado. Aun así, una preocupación habitual de los historiadores es que ese obvio desprecio hacia Cómodo pueda haber sesgado el relato de los hechos reales y haya conducido a Dion Casio a exagerar los vicios del emperador. El material que ha llegado hasta nosotros contiene escasas referencias al hermano y coemperador de Marco Aurelio, Lucio Vero. A veces es difícil saber cómo interpretar su contenido. Por ejemplo, Dion Casio cita extensamente un importante discurso que al parecer pronunció Marco Aurelio ante las legiones del norte al estallar la guerra civil, discurso que proporciona un raro ejemplo de palabras del propio Marco pronunciadas en su cargo como emperador y en el que anuncia decisiones políticas y militares teñidas de filosofía estoica. Hay quien ha dudado de su autenticidad, pero Dion Casio asegura que el discurso fue pronunciado en público,

ante el ejército, y remitido por escrito al Senado, por lo que es probable que circulara ampliamente.

LA *HISTORIA AUGUSTA*

La *Historia augusta*, escrita en latín, es la que nos proporciona un relato biográfico más detallado de Marco Aurelio. Los capítulos que tratan de la vida de Adriano, Elio César, Antonino Pío, Lucio Vero, Avidio Casio, Cómodo y Pértinax, además de algunos fragmentos de otros capítulos, contienen también información aprovechable sobre la vida de Marco. En la obra se dice que su autoría corre a cargo de seis escritores; la vida de Marco Aurelio se atribuye a un tal Julio Capitolino. Sin embargo, investigaciones modernas sugieren que la historia entera sería obra de un solo autor que escribe con varios seudónimos. Está dirigida a los emperadores Diocleciano y Constantino I, que reinaron en los años 284 a 305 y en los años 306 a 337, respectivamente. En la actualidad, los especialistas coinciden en que fue compuesta en una fecha cercana a principios del siglo V.

Es necesario señalar que el texto es en extremo problemático. Contiene una mezcla de detalles que proceden de fuentes históricas anteriores y de elementos inventados. Algunas cartas y discursos se consideran especialmente dudosos. La obra repite varias veces, no obstante, que se basa en una biografía perdida de Marco Aurelio escrita por Mario Máximo a principios del siglo III, una fecha mucho más próxima al periodo tratado, si bien podría incorporar también propaganda, rumores o sátira, además de detalles históricos fiables.

La vida de Marco Aurelio puede considerarse hasta cierto punto una de las partes más fidedignas del libro. Por ejemplo, todos los hombres que en la *Historia augusta* aparecen mencionados como tutores de filosofía de Marco figuran también en las *Meditaciones*, lo que parece sustentar la fiabilidad de la *Historia augusta*. Los comentarios de esta obra acerca de los intereses legislativos de Marco son congruentes con las pruebas encontradas en los digestos legales romanos. De hecho, contiene muchos detalles que coinciden con datos encontrados en otras fuentes. Con más cautela deben contemplarse otras partes del texto que muchos han considerado sospechosas, sobre todo las vidas de Lucio Vero y Avidio Casio, así como algunos discursos y cartas que se citan. Geoff Adams ofrece un análisis reciente de los capítulos clave en *Marcus Aurelius in the Historia Augusta and Beyond* y concluye que «en términos generales, la *HA* siempre será problemática, pero aun así posee valor histórico».

BIBLIOGRAFÍA

ADAMS, GEOFF W., *Marcus Aurelius in the Historia Augusta and Beyond*, Lanham, Md., Lexington Books, 2014.

AMIANO MARCELINO, *History*, vol. 1, libros 14-19, trad. de J. C. Rolfe, Loeb Classical Library, 300, Cambridge, Harvard University Press, 1950 [hay trad. cast.: *Historia*, ed. de M.ª Luisa Harto Trujillo, Madrid, Akal, 2002].

APULEYO, *Apologia. Florida. De Deo Socratis*, ed. y trad. de Christopher P. Jones, Loeb Classical Library, 534, Cambridge, Harvard University Press, 2017 [hay trad. cast.: *Apología. Florida*, trad. de Santiago Segura Munguía, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 1980].

ARRIANO, *véase* Epicteto.

BIRLEY, ANTHONY RICHARD, *Hadrian: The Restless Emperor*, Londres, Routledge, 2003 [hay trad. cast.: *Adriano*, trad. de José Luis Gil Aristu, Madrid, Gredos, 2010].

—, *Marcus Aurelius: A Biography*, Nueva York, Routledge, 1966 [hay trad. cast.: *Marco Aurelio*, trad. de José Luis Gil Aristu, Madrid, Gredos, 2025].

BISHOP, M. C., *Lucius Verus and the Roman Defence of the East*, Barnsley, Pen & Sword Military, 2018.

BOWMAN, ALAN K., «A Letter of Avidius Cassius?», *Journal of Roman Studies*, 60, n.º 1, 1970, pp. 21-26.

BRUNT, PETER ASTBURY, *Studies in Stoicism*, ed. de Miriam Tamara Griffin, Alison Samuels y Michael Hewson Crawford, Oxford, Oxford University Press, 2013.

CAMPBELL, BRIAN, *The Roman Army, 31 BC-AD 337: A Source Book*, Londres, Routledge, 1994.

CASIO DION, *véase*.DION CASIO.

CHAMPLIN, EDWARD, *Fronto and Antonine Rome*, Cambridge, Harvard University Press, 2013.

CICERÓN, *On the Republic. On the Laws*, trad. de Clinton W. Keyes, Loeb Classical Library, 213, Cambridge, Harvard University Press, 1928 [hay trad. cast.: *Sobre la república*, trad. de Álvaro d'Ors, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 1991;

Sobre las leyes, trad. de Carmen Teresa Pabón de Acuña, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 2009].

COOPER, ANTHONY ASHLEY, conde de Shaftesbury, *The Life, Unpublished Letters, and Philosophical Regimen of Anthony, Earl of Shaftesbury*, ed. de Benjamin Rand, edición online, Elibron, 2005.

CORNUTO, LUCIO ANEO, *L. Annaeus Cornutus: «Greek Theology», Fragments, and Testimonia*, trad. de George R. Boys-Stones, Atlanta, SBL Press, 2018 [hay trad. cast. en *Mitógrafos griegos. Paléfato, Heráclito Anónimo Vaticano, Eratóstenes, Cornuto*, trad. de José B.Torres Guerra, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 2009].

DIÓGENES LAERCIO, *Lives of Eminent Philosophers*, vol. 2, libros 6-10, trad. de R. D. Hicks, Loeb Classical Library, 185, Cambridge, Harvard University Press, 1925 [hay trad. cast.: *Vidas y opiniones de los filósofos ilustres*, trad. de Carlos García Gual, Madrid, Alianza, 2007].

DION CASIO, *Roman History*, vol. 9, libros 71-80, trad. de Earnest Cary con Herbert B. Foster, Loeb Classical Library, 177, Cambridge, Harvard University Press, 1927.

DION CRISÓSTOMO, *Dio Chrysostom: Discourses 12-30*, trad. de James W. Cohoon, Loeb Classical Library, 339, Cambridge, Harvard University Press, 1939 [hay trad. cast.: Dion de Prusa, *Discursos XII-XXXV*, trad. de Gonzalo del Cerro Calderón, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 1988].

DRYDEN, JOHN, *The Poems of John Dryden*, Oxford, Oxford University Press, 1958.

EPICTETO, *Discourses*, libros 1-2, trad. de W. A. Oldfather, Loeb Classical Library, 131, Cambridge, Harvard University Press, 1925 [hay trad. cast.: *Disertaciones por Arriano*, trad. de Paloma Ortiz García, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 1993].

—, *Discourses: With the Encheiridion and Fragments*, trad. de George Long, Londres, A. L. Humphreys, 1897 [hay trad. cast. del *Enquiridión*, trad. de José Manuel García de la Mora, Barcelona, Anthropos, 2004].

EUNAPIO, *Lives of the Philosophers*, véase Filóstrato [hay trad. cast. de Eunapio, *Vidas de filósofos y sofistas*, trad. de Francisco de P. Samaranch, Madrid, Aguilar, 1966].

EUSEBIO, *Ecclesiastical History*, vol. 1, libros 1-5, trad. de Kirsopp Lake, Loeb Classical Library, 153, Cambridge, Harvard University Press, 1926 [hay trad.

cast.: *Historia eclesiástica*, trad. de Argimiro Velasco Delgado, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2010].

EUTROPIO, *Abridgement of Roman History*, trad. de John Selby Watson, Londres, Henry G. Bohn, 1953 [hay trad. cast. del *Breviario* en Eutropio, *Breviario*, Aurelio Víctor, *Libro de los césares*, trad. de Emma Falque, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 2008].

EVERITT, ANTHONY, *Hadrian and the Triumph of Rome*, Nueva York, Random House, 2009.

FARQUHARSON, A. S. L., .

D. A. REES, *Marcus Aurelius: His Life and His World*, Oxford, Blackwell, 1951.

FILÓSTRATO, *Lives of the Sophists*; Eunapio, *Lives of the Philosophers*, trad. de Wilmer C. Wright, Loeb Classical Library, 134, Cambridge, Harvard University Press, 1921 [hay trad. cast.: *Vidas de los sofistas*, trad. de María Concepción Giner Soria, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 1999].

FRONTÓN, MARCO CORNELIO, *Correspondence*, vol. 1, trad. de C. R. Haines, Loeb Classical Library, 112, Cambridge, Harvard University Press, 1919.

—, *Correspondence*, vol. 2, trad. de C. R. Haines, Loeb Classical Library, 113, Cambridge, Harvard University Press, 1920.

—, *Fronto: Selected Letters*, trad. de Caillan Davenport and Jennifer Manley, Londres, Bloomsbury Academic, 2014 [hay trad. cast.: *Epistolario*, trad. de Ángela Palacios Martín, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 1992].

GALENO, CLAUDIO, *Galen on the Passions and Errors of the Soul*, trad. de Paul W. Harkins, Columbus, Ohio State University Press, 1969 [hay trad. cast.: *De las pasiones y los errores del alma*, trad. de Liliana Cecilia Molina González, Universidad de Antioquía, Biblioteca Clásica para Jóvenes Lectores, 2013].

GELIO, AULO, *Attic Nights*, vol. 3, libros 14-20, trad. de J. C. Rolfe, Loeb Classical Library, 212, Cambridge, Harvard University Press, 1927 [hay trad. cast.: *Noches áticas*, trad. de Santiago López Moreda, Madrid, Akal, 2009].

GRANT, MICHAEL, *The Antonines: The Roman Empire in Transition*, Londres, Routledge, 1994.

HADOT, PIERRE, *The Inner Citadel: «The Meditations» of Marcus Aurelius*, trad. de Michael Chase, Cambridge, Harvard University Press, 2001 [hay trad. cast.: *La ciudadela interior*, trad. de Maria Cucurella Miquel, Barcelona, Alpha Decay, 2013].

HERODIANO, *Herodian of Antioch's History of the Roman Empire: From the Death of Marcus Aurelius to the Accession of Gordian*, trad. de Edward C. Echols, Berkeley, University of California Press, 1961 [hay trad. cast.: *Historia del Imperio romano después de Marco Aurelio*, trad. de Juan J. Torres Esbarranch, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 1985].

Historia Augusta, vol. 1, trad. de David Magie, rev. de David Rohrbacher, Loeb Classical Library, 139, Cambridge, Harvard University Press, 2022 [hay trad. cast.: *Historia Augusta*, ed. de Vicente Picón y Antonio Cascón, Madrid, Akal, 1989].

HOLIDAY, RYAN, .

STEPHEN HANSELMAN, *The Daily Stoic: 366 Meditations on Wisdom, Perseverance, and the Art of Living*, Nueva York, Portfolio/Penguin, 2016 [hay trad. cast.: *Diario para estoicos: 366 reflexiones sobre la sabiduría, la perseverancia y el arte de vivir*, trad. de Aridela Trejo, Barcelona, Reverté, 2020].

—, *Lives of the Stoics: The Art of Living from Zeno to Marcus Aurelius*, Nueva York, Portfolio/Penguin, 2020 [hay trad. cast.: *Vida de los estoicos. El arte de vivir desde Zenón hasta Marco Aurelio*, trad. de Genís Montrabà, Barcelona, Reverté, 2021].

HOMERO, *The Iliad of Homer*, trad. de Samuel Butler, Londres, Longmans, Green, 1989 [hay trad. cast.: *Ilíada*, trad. de Emilio Crespo Guemes, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 2019].

JARVIS, PAUL, «Avidius Cassius and Maecianus in the *Historia Augusta*», *Mnemosyne*, 68, n.º 4, 2015, pp. 666-676; disponible en <https://doi.org/10.1163/1568525x-12341562>.

JONES, C. P., «Aelius Aristides, ΕΙΣ ΒΑΣΙΛΕΑ», *Journal of Roman Studies*, 62, 1972, pp. 134-152; disponible en <https://doi.org/10.2307/298934>.

LUCIANO, *Anacharsis or Athletics. Menippus or The Descent into Hades. On Funerals. A Professor of Public Speaking. Alexander the False Prophet. Essays in Portraiture. Essays in Portraiture Defended. The Goddesse of Surrye*, trad. de A. M. Harmon, Loeb Classical Library, 162, Cambridge, Harvard University Press, 1925 [hay trad. cast.: «Alejandro o El falso profeta», en *Obras II*, trad. de José Luis Navarro González, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 1988].

—, *How to Write History*, trad. de K. Kilburn, Loeb Classical Library, 430, Cambridge, Harvard University Press, 1959 [hay trad. cast.: «Cómo debe

escribirse la historia», en *Obras III*, trad. de Juan Zaragoza Botella, Madrid, Bibliote-ca Clásica Gredos, 1990].

MARCO AURELIO, *Marcus Aurelius*, ed. y trad. de C. R. Haines, Loeb Classical Library, 58, Cambridge, Harvard University Press, 2015.

—, *Marcus Aurelius Antoninus, the Roman Emperor, His Meditations Concerning Himself: Treating of a Natural Man's Happiness Wherein It Consisteth, and the Means to Attain unto It. Translated out of the Orginall Greeke; with notes, by Meric Casaubon*, 1634; disponible en Proyecto Gutenberg en <https://www.gutenberg.org/files/2680/2680-h/2680-h.htm>.

—, *Meditations*, trad. de Gregory Hays, Nueva York, Modern Library, 2002.

—, *Meditations: The Annotated Edition*, trad. de Robin Waterfield, Nueva York, Basic, 2021.

—, *Meditations: The Philosophy Classic*, trad. de George Long, ed. de Donald J. Roberton, Chichester, West Sussex, Capstone, 2020.

—, *Meditations: With Selected Correspondence*, trad. de Robin Hard, Oxford, Oxford University Press, 2011.

—, *Meditations, Books 1-6*, trad. de Christopher Gill, Oxford, Oxford University Press, 2013. [Hay varias trads. cast., por ejemplo:

—, *Meditaciones*, trad. de Miquel Dolç, Barcelona, Taurus, 2025.

—, *Meditaciones*, trad. de Ramón Bach Pellicer, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 2019.

—, *Meditaciones*, trad. de Francisco Cortés Gabaudan, Madrid, Cátedra, 2005].

MCLYNN, FRANK, *Marcus Aurelius: A Life*, Cambridge, Da Capo Press, 2009 [hay trad. cast.: *Marco Aurelio*, trad. de TeresaMartín, Madrid, La Esfera de los Libros, 2011].

MINUCIO FÉLIX, *Octavius*, *véase* Tertuliano [hay trad. cast.: *El Octavio*, trad. de P. Santos de Domingo, Sevilla, Apostolado Mariano].

NOYEN, P., «Marcus Aurelius, the Greatest Practitian of Stoicism», *L'Antiquité classique*, 24, n.º 2, 1955, pp. 372-383; disponible en <https://doi.org/10.3406/antiq.1955.3266>.

OROSIO, PAULO, *Seven Books of History Against the Pagans: The Apology of Paulus Orosius*, trad. de Irving W. Raymond, Nueva York, Columbia University Press, 1936 [hay trad. cast.: *Historias*, trad. de Eustaquio Sánchez Salor. Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 2008].

PATER, WALTER, *Marius the Epicurean*, Oxford, Blackwell, 1973 [hay trad. cast.: *Mario el epicúreo*, trad. de Rafael Lassaletta, Madrid, Valdemar, 2006].

PENELLA, ROBERT J., *The Private Orations of Themistius*, Berkeley, University of California Press, 2000.

PLATÓN, *Complete Works*, ed. de John M. Cooper y D. S. Hutchinson, Indianapolis, Hackett, 1997 [hay trad. cast.: *Diálogos*, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 2006].

PLINIO EL JOVEN, *Letters, vol. 2, books 8-10. Panegyricus*, trad. de Betty Radice, Loeb Classical Library, 59, Cambridge, Harvard University Press, 1969 [hay trad. cast.: *Epistolario (Libros I-X). Panegírico del emperador Trajano*, trad. de José Carlos Martín Iglesias, Madrid, Cátedra, 2007].

PLUTARCO, *Lives, vol. 3: Pericles and Fabius Maximus. Nicias and Crassus*, trad. de Bernadotte Perrin, Loeb Classical Library, 65, Cambridge, Harvard University Press, 1916 [hay trad. cast.: *Vidas paralelas II. Solón - Publícola, Temístocles - Camilo, Pericles - Fabio Máximo*, trad. de Aurelio Pérez Jiménez, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 2008; *Vidas paralelas V. Lisandro - Sila, Nicias - Craso, Cimón - Lúculo*, trad. de Jorge Cano Cuenca, David Hernández de la Fuente y Amanda Ledesma, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 2007].

—, *Lives, vol. 6: Dion and Brutus. Timoleon and Aemilius Paulus*, trad. de Bernadotte Perrin, Loeb Classical Library, 98, Cambridge, Harvard University Press, 1918 [hay trad. cast.: *Vidas paralelas VII. Demetrio - Antonio, Dión - Bruto, Arato - Arta- jerjes, Galba - Otón*, trad. de Juan Pablo Sánchez Hernández y Marta González González, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 2009; *Vidas paralelas III. Coriolano - Alcibíades, Pau- lo Emilio - Timoleón, Pelópidas - Marcelo*, trad. de Aurelio Pérez Jiménez y Paloma Ortiz, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 2006].

RIKKERS, DORIS, C. I. Scofield, E. Schuyler English, y Arthur L. Farstad, *The Scofield Study Bible: New King James Version*, Nueva York, Oxford University Press, 2002.

ROBERTS, ALEXANDER, JAMES DONALDSON, .

A. CLEVELAND COXE, *Ante-Nicene Fathers*, Peabody, Mass., Hendrickson, 1999.

ROBERTSON, DONALD, *How to Think Like a Roman Emperor: The Stoic Philosophy of Marcus Aurelius*, Nueva York, St. Martin's, 2020 [hay trad. cast.: *Piensa como un*

emperador romano, trad. de Carlos Jair Díaz Romero, Barcelona, Temas de Hoy, 2021].

—, *Stoicism and the Art of Happiness: Practical Wisdom for Every- day Life*, Londres, John Murray Learning, 2018.

ROSS, STEVEN K., *Roman Edessa: Politics and Culture on the Eastern Fringes of the Roman Empire, 114-242 C.E.*, Londres, Routledge, 2011.

SEDGWICK, HENRY DWIGHT, *Marcus Aurelius. A Biography Told… by Letters, Together with Some Account of the Stoic Religion*, *Etc.*, New Haven, Yale University Press, 1921.

SEDLEY, DAVID, «The Ethics of Brutus and Cassius», *Journal of Roman Studies*, 87, 1997, pp. 41-53; disponible en <https://doi.org/10.2307/301367>.

SELLARS, JOHN, *Marcus Aurelius*, Londres, Routledge, Taylor & Francis Group, 2021.

SÉNECA, *Epistles, vol. 1: Epistles 1-65*, trad. de Richard M. Gummere, Loeb Classical Library, 75, Cambridge, Harvard University Press, 1917.

—, *Epistles, vol. 2: Epistles 66-92*, trad. de Richard M. Gummere, Loeb Classical Library, 76, Cambridge, Harvard University Press, 1920.

—, *Epistles, vol. 3: Epistles 93-124*, trad. de Richard M. Gummere, Loeb Classical Library, 77, Cambridge, Harvard University Press, 1925 [hay trad. cast.: *Epístolas morales a Lucilio*, 2 vols., trad. de Ismael Roca Meliá, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 1986].

STANTON, G. R., «Marcus Aurelius, Emperor and Philosopher», *Historia: Zeitschrift für alte Geschichte*, 18, n.º 5, 1969, pp. 570-587.

STEPHENS, WILLIAM O., *Marcus Aurelius: A Guide for the Perplexed*, Londres, Continuum, 2012.

SWAIN, SIMON, «Favorinus and Hadrian», *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik*, 79, 1989, pp. 150-158.

TERTULIANO, *Apology. De Spectaculis*; Minucio Félix, *Octavius*, trad. de T. R. Glover y Gerald H. Rendall, Loeb Classical Library, 250, Cambridge, Harvard University Press, 1931 [hay trad. cast. de Tertuliano: *Apologético. A los gentiles*, trad. de Carmen Castillo García, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 2001].

THOMAS, (ANTOINE LÉONARD), *Eulogium on Marcus Aurelius*, trad. de D. B. Warden, Nueva York, impreso para Bernard Dornin, 1808.

TITO LIVIO, *History of Rome*, vol. 1, libros 1-2, trad. de B. O. Foster, Loeb Classical Library, 114, Cambridge, Harvard University Press, 1919 [hay trad. cast.:

Historia de Roma desde su fundación, trad. de José Antonio Villar Vidal, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 2024].

VÍCTOR, SEXTO AURELIO, *A Booklet About the Style of Life and the Manners of the Imperatores: Abbreviated from the Books of Sextus Aurelius Victor*, trad. de Thomas Michael Banchich, Buffalo, Nueva York, Canisius College, 2000.

—, *Liber de Caesaribus of Sextus Aurelius Victor*, trad. de H. W. Bird, Liverpool, Liverpool University Press, 1994 [hay trad. cast.: *Libro de los césares*, trad. de Emma Falque, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 2008].

VIRGILIO, *Eclogues. Georgics. Aeneid*, libros 1-6, trad. de H. Rushton Fairclough, rev. de G. P. Goold, Loeb Classical Library, 63, Cambridge, Harvard University Press, 1916.

—, *Virgil's Aeneid*, trad. de John Dryden, Harvard Classics, vol. 13, Nueva York, Collier, 1909 [hay trad. cast.: *Bucólicas*, ed. de Vicente Cristóbal, Madrid, Cátedra, 2000; *Geórgicas*, ed. de Jaime Velázquez, Madrid, Cátedra, 2012; *Eneida*, trad. de Javier de Echave-Sustaeta, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 1997].

WALLACH, LUITPOLD, «The Colloquy of Marcus Aurelius with the Patriarch Judah I», *Jewish Quarterly Review*, 31, n.º 3, 1941, pp. 259-286; disponible en <https://doi.org/10.2307/1452575>.

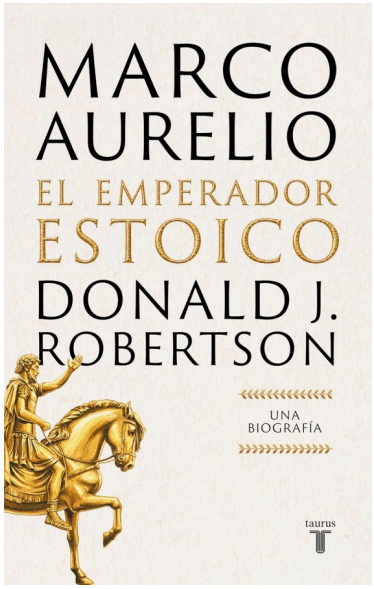
WATSON, PAUL BARRON, *Marcus Aurelius Antoninus*, Freeport, Nueva York, Books for Libraries Press, 1971.

YOURCENAR, MARGUERITE, *Memoirs of Hadrian: And Reflections on the Composition of Memoirs of Hadrian*, trad. de Grace Frick y Marguerite Yourcenar, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 2005 [hay trad. cast.: *Memorias de Adriano*, trad. de Julio Cortázar, Barcelona, Edhasa, 2005].

AGRADECIMIENTOS

Quisiera dar las gracias a todas las personas que me han ayudado; entre ellas, a mi esposa, Kasey Pierce, y a mi agente, Stephen Hanselman, por su apoyo; a Lalya Lloyd, revisora del libro; a James Romm, editor de la colección; y a Susan Laity, de Yale University Press, por sus detallados y útiles comentarios sobre el manuscrito.

¿Cómo pudo el hombre más poderoso del mundo antiguo convertirse en el filósofo de la serenidad interior?



Donald J. Robertson construye en esta biografía un retrato renovado del emperador romano Marco Aurelio, entretejiendo con destreza su fascinante viaje psicológico con los principales acontecimientos de su vida. Partiendo de las propias *Meditaciones*, de su correspondencia, de la Historia augusta y de otros textos antiguos, Robertson explora la formación intelectual del joven príncipe y la relación con figuras como su madre, Domicia Lucila, y el emperador Adriano, así como con sus maestros estoicos, poniendo de manifiesto el modo en que las enseñanzas de estos últimos moldearon el carácter del futuro emperador y su forma de ejercer el poder.

Durante toda la vida, Marco Aurelio luchó por conciliar su filosofía y sus valores morales con los retos políticos a los que tuvo que

enfrentarse en el apogeo del Imperio romano. A lo largo de estas páginas, el autor nos habla de su postura ante la esclavitud, del dilema moral que le planteaba capturar enemigos, de su actitud hacia las mujeres, de su respuesta a la amenaza de una guerra civil, del trato que dispensó a los cristianos bajo su gobierno o de la designación de su hijo Cómodo como sucesor. Lejos de la tradicional imagen granítica del gobernante imperturbable, emerge aquí la compleja figura de un hombre que hubo de enfrentarse a guerras, plagas, traiciones y dolorosas pérdidas personales, y que encontró en la filosofía no un adorno intelectual, sino un código de conducta para la vida.

La crítica ha dicho:

«Capta con inteligencia y amenidad la esencia de este gran hombre. Una lectura imprescindible».
Ryan Holiday

«Esta biografía, de lectura muy accesible, es el punto de partida perfecto para quien quiera saber más sobre el autor de las *Meditaciones*».
John Sellars

Donald J. Robertson es psicoterapeuta cognitivo-conductual y escritor. También es miembro fundador de la organización Modern Stoicism y presidente y fundador de la organización sin ánimo de lucro Plato's Academy Centre. Se han traducido al español sus libros *Piensa como un filósofo griego y Piensa como un emperador romano.*

Vive entre Canadá y Grecia.



Título original: *Marcus Aurelius: The Stoic Emperor*

Primera edición: octubre de 2026

© 2024, Donald J. Robertson
Originalmente publicado por Yale University Press.
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Raquel Marqués, por la traducción

Diseño de la cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial
Imagen de la cubierta: Vero Navarro

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

En caso de necesidad, contacte con:
seguridadproductos@penguinrandomhouse.com
ISBN: 978-84-306-2895-7

Compuesto en: www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: taurusEditorial
X: @taurusEditorial
Instagram: @penguinlibros
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

NOTAS

Las obras clásicas se citan con sus divisiones internas con el fin de que se pueda consultar cualquier traducción. En la bibliografía se proporciona una lista de las traducciones utilizadas en este libro. En aquellos pasajes donde el autor ha realizado modificaciones o aporta su propia traducción se indica con «según traducción del autor».

ABREVIATURAS

Am. Marc.	Amiano Marcelino, *Historia* (*Res gestae*)
Aur. Vict., *Cés.*	Aurelio Víctor, *Libro de los césares* (*Liber de Caesaribus de Sexto Aurelio Víctor*)
Aur. Vict., *Epít. cés.*	Aurelio Víctor, *Epítome de los césares* (*Epitome de Caesaribus*)
Dion Cas.	Dion Casio, *Historia romana* (*Historia romana*)
Epict., *Dis. Arr.*	Epicteto, *Disertaciones con Arriano* (*Epicteti dissertationes*)
Frontón, *Ep.*	Frontón, *Epistolario* (*Epistulae*)
Hdn.	Herodiano, *Historia del Imperio romano después de Marco Aurelio* (en griego)
Luc., *Alej.*	Luciano, «Alejandro o El falso profeta» (en griego)

Luc., *Cómo debe…*	Luciano, «Cómo debe escribirse la historia» (en griego)
M. Aur., *Med.*	Marco Aurelio, *Meditaciones* (en griego)
Filóst., *VS*	Filóstrato, *Vidas de los sofistas* (*Vitae sophistarum*)
HA	*Historia augusta* (*Scriptores Historiae Augustae*/*Historia Augusta*)

Adr.	*Adriano*
Ant. Pío	*Antonino Pío*
Avid. Cas.	*Avidio Casio*
Elio	*Elio*
Marc.	*Marco Aurelio*
Vero	*Lucio Vero*

PRÓLOGO

[1] *HA, Ant. Pío*, 10.5.

[2] Filóst., *VS*, II.1.561.

[3] Filóst., *VS*, II.9.582.

[4] M. Aur., *Med.*, III.12.

[5] M. Aur., *Med.*, IX.1.

[6] M. Aur., *Med.*, III.4.

[7] «Después de estas cosas te he advertido con qué estudios, ya que así lo quieres, has de prepararte para escribir historia», Frontón a Marco Aurelio cuando ya era emperador, Frontón, *Ep.*, 1, ? a. 139 - I, 2-12.

[8] M. Aur., *Med.*, III.14.

[9] M. Aur., *Med.*, VI.53.

[10] Compárese la supuesta crítica que le hizo el usurpador Avidio Casio: «Marco Aurelio filosofa e investiga sobre los principios de las cosas, sobre las almas, sobre

lo honesto y lo justo; pero no se preocupa del Estado» (*HA, Avid. Cas.*, 14.5).

[11] McLynn, *Marcus Aurelius*, p. 209.

[12] Véase Robertson, *Piensa como un emperador romano*.

[13] El título completo en inglés moderno temprano es *Marcus Aurelius Antoninus the Roman Emperor, His Meditations Concerning Himselfe Treating of a Naturall Mans Happinesse; Wherein It Consisteth, and of the Meanes to Attaine unto It*.

[14] M. Aur., *Med.*, I.17.

[15] La *Historia augusta* es una colección de biografías de emperadores romanos y sus herederos presuntamente escrita por varios autores. Véase la sección «Fuentes de las notas».

[16] Everitt, *Hadrian and the Triumph of Rome*, xiii.

1. LA MADRE DEL CÉSAR

[1] M. Aur., *Med.*, I.3.

[2] M. Aur., *Med.*, VII.59.

[3] M. Aur., *Med.*, I.17.

[4] Frontón a Marco Aurelio, Frontón, *Ep.*, 37, post. al 13 de agosto, a. 143 - I, 118-126.

[5] Véase M. Aur., *Med.*, I.4.

[6] Filóst., *VS*, II.5.574.

[7] M. Aur., *Med.*, I.11.

[8] Romanos, 10.12.

[9] Véase Frontón a Loliano Avito, Frontón, *Ep.*, 137, ? a. 157-181 - I, 278-282.; Frontón a Lucio Vero, Frontón, *Ep.*, 182, a. 163 - II, 150-156.

[10] Marco Aurelio a Frontón, Frontón, *Ep.*, 34, a. 143 - I, 112-114.

[11] Frontón a Domicia Lucila, Frontón, *Ep.*, 48, a. 143 - I, 146-150.

[12] Frontón a Domicia Lucila, Frontón, *Ep.*, 48, a. 143 - I, 146-150.

[13] *HA, Marc.*, 1.9.

[14] M. Aur., *Med.*, VIII.25.

[15] M. Aur., *Med.*, I.2.

2. VERISSIMUS EL FILÓSOFO

[1] *HA, Marc.*, 1.10.

[2] M. Aur., *Med.*, IX.21.

[3] M. Aur., *Med.*, I.1, según traducción del autor.

[4] *HA, Marc.*, 4.1.

[5] Tito Livio, *Historia de Roma*, I.20.

[6] Véase Virgilio, *Eneida*, VIII.285-302, para una descripción de los salios y su himno.

[7] M. Aur., *Med.*, V.1.

[8] M. Aur., *Med.*, VII.61.

[9] M. Aur., *Med.*, XI.2.

[10] *HA, Adr.*, 15.10-13; Filóst., *VS*, I.8.489.

[11] Véase M. Aur., *Med.*, I.5, donde se lo menciona simplemente como «ayo» (*tropheus*).

[12] *HA, Marc.*, 1.10. Podemos quizá ver indicios de cuándo ocurrió esto: aquí se dice que Adriano dio el apodo a Marco después de que muriera su padre, y en *HA, Marc.*, 4.1. parece estar implícito que se lo dio antes de que Marco ingresara en la orden ecuestre, lo cual apunta a que Marco recibió el apodo de Verissimus en algún momento entre los cuatro y los seis años.

[13] Dion Cas., LXIX.21.2.

[14] M. Aur., *Med.*, VIII.30.

[15] Justino, *Apology*, 1.1, en Roberts, Donaldson y Coxe, *AnteNicene Fathers*. Hdn., 1.2.1 también afirma que uno de los hijos de Marco llevó el sobrenombre de Verissimus.

[16] *HA, Marc.*, 2.1.

[17] M. Aur., *Med.*, I.17.

[18] *HA, Marc.*, 2.1.

3. LA EDUCACIÓN HELÉNICA

[1] *HA, Ant. Pío*, 10.4.

[2] M. Aur., *Med.*, I.6. Marco Aurelio menciona a tres hombres cuyos nombres, por desgracia, no nos dicen nada en la actualidad: Baquio, Tandasis y Marciano.

[3] M. Aur., *Med.*, I.6.

[4] M. Aur., *Med.*, I.6.

[5] *HA, Marc.*, 2.6.

[6] M. Aur., *Med.*, IV.30.

[7] *HA, Marc.*, 4.10.

[8] *HA, Marc.*, 18.1.

[9] Aulo Gelio, *Noches áticas*, XIX.12.10.

[10] M. Aur., *Med.*, I.9, según traducción del autor.

[11] Véase M. Aur., *Med.*, I.15, I.14, I.13, I.9.

[12] M. Aur., *Med.*, IX.21.

4. LAS VENGANZAS DE ADRIANO

[1] Aur. Vict., *Cés.*, 14.6-9.

[2] *HA, Adr.*, 14.8.

[3] Apuleyo, *Apología*, 1.11.

[4] M. Aur., *Med.*, I.16, según traducción del autor.

[5] Mi intención aquí es simplemente describir la moralidad romana en torno a la sexualidad sin juzgarla desde una perspectiva actual.

[6] Birley, *Hadrian*, p. 241.

[7] *HA, Adr.*, 14.5.

[8] Dion Cas., LXIX.11.3, LXIX.11.2.

[9] *HA, Adr.*, 14.6.

[10] *HA, Adr.*, 14.5-7.

[11] *HA, Adr.*, 14.11, según traducción del autor.

[12] Aur. Vict., *Epít. cés.*, 14.6.

[13] Mario Máximo citado en *HA, Adr.*, 20.3.

[14] Véase Jones, «Aelius Aristides».

[15] Jones, «Aelius Aristides», pp. 151, 141.

[16] Frontón a Marco Aurelio, Frontón, *Ep.*, 33, julio, a. 143 - I, 108-112.

[17] Me refiero a Lucio Ceyonio Cómodo con este nombre para evitar la confusión con su hijo, Lucio, y con Cómodo, el hijo de Marco Aurelio.

[18] *HA, Marc.*, 4.6.

[19] *HA, Adr.*, 15.5. Avidio Heliodoro fue el padre de Avidio Casio, el usurpador que inició la guerra civil contra Marco Aurelio.

[20] *HA, Adr.*, 15.3.

[21] Dion Cas., LXIX.4.1.

[22] Dion Cas., LXIX.4.1.

[23] Jones, «Aelius Aristides», p. 146.

[24] Tenemos noticia incluso de que más adelante, en el reinado de Cómodo, los *frumentarii* llevaban a cabo asesinatos por orden del emperador.

[25] Epict.*, Dis. Arr.*, 4.13.

[26] Epict.*, Dis. Arr.*, 3.4.

[27] *HA, Adr.*, 11.6.

[28] *HA, Adr.*, 11.4.

[29] *HA, Marc.*, 4.1.

[30] M. Aur., *Med.*, III.7.

[31] *HA, Elio*, 2.1.

[32] *HA, Adr.*, 23.11, según traducción del autor.

[33] *HA, Adr.*, 23.10.

[34] Si bien «césar» se convirtió en un título para el sucesor elegido por el emperador, seguía siendo un nombre que este también usaba. Por ejemplo, el nombre completo que tenía Marco Aurelio como emperador era Imperator Caesar Marcus Aurelius Antoninus Augustus. Se podía llamar «césar» tanto al emperador como a su heredero, dependiendo de las circunstancias.

[35] *HA, Adr.*, 23.14.

[36] Virgilio, *Eneida*, VI.868-869.

[37] *HA, Adr.*, 11.3.

[38] *HA, Adr.*, 11.3.

[39] Aur. Vict., *Cés.*, 14.8.

[40] *HA, Adr.*, 23.8-9.

[41] Aur. Vict., *Epít. cés.*, 14.8. Ambos relatos no son incompatibles: pudo haber sido obligada a cometer suicidio tomando veneno.

[42] *HA, Adr.*, 23.7.

[43] Dion Cas., LXIX.17.3.

[44] *HA, Avid. Cas.*, 2.5.

[45] Dion Cas., LXIX.17.2. A Dion Casio le resultaba conveniente poner estas palabras en boca de Serviano para sus fines como biógrafo, de modo que deberíamos ser cautos a la hora de considerarlas literales, si bien la idea de que Serviano pudiera haber expresado estos sentimientos debió de parecer plausible a los lectores de Dion Casio.

[46] Aur. Vict., *Epít. cés.*, 14.9.

5. LA MUERTE DE ADRIANO

[1] *HA, Adr.*, 26.9.

[2] M. Aur., *Med.*, III.7.

[3] *HA, Ant. Pío*, 2.1.

[4] *HA, Elio*, 7.2. Adriano había dicho: «Ojalá la república conserve alguna cosa de Vero», y por lo visto insistió en que la familia imperial adoptara al hijo de Elio. Resulta algo confuso que la *Historia augusta* atribuya el cognomen Vero a Lucio Elio César; no está documentado en otras partes y puede ser un error.

[5] *HA, Elio*, 7.3.

[6] *HA, Marc.*, 16.6.

[7] *HA, Adr.*, 24.6.

[8] *HA, Adr.*, 15.7.

[9] *HA, Marc.*, 5.3-4: M. Aur., *Med.*, I.11.

[10] Hdn., 1.4.5.

[11] *HA, Marc.*, 5.2; Dion Cas., LXXII.36.1.

[12] Menciona esta imagen no menos de siete veces en las *Disertaciones*.

[13] Arr., *Epic. diss.*, 1.4.

[14] *HA, Avid. Cas.*, 1.8.

[15] *HA, Adr.*, 25.8.

[16] Aur. Vict., *Epít. cés.*, 14.12.

[17] Aur. Vict., *Epít. cés.*, 14.12.

[18] Séneca, *Epístolas*, 51.

[19] Dion Cas., LXIX.22.4.
[20] *HA, Adr.*, 25.7, 27.1.
[21] Dion Cas., LXIX.23.3; *HA, Adr.*, 27.2.
[22] *HA, Ant. Pío*, 2.3-8.
[23] Aur. Vict., *Cés.*, 14.14

6. DISCÍPULO DE ANTONINO

[1] *HA, Ant. Pío*, 6.4.
[2] M. Aur., *Med.*, I.16.
[3] Jones, «Aelius Aristides», p. 146.
[4] M. Aur., *Med.*, I.17.
[5] M. Aur., *Med.*, I.17.
[6] *HA, Vero*, 3.5.
[7] M. Aur., *Med.*, I.11.
[8] M. Aur., *Med.*, VI.12, según traducción del autor.
[9] *HA*, Marc., 7.2
[10] Véase la alabanza de Antonino en M. Aur., *Med.*, I.16.
[11] Véase, por ejemplo, M. Aur., *Med.*, VI.30.
[12] Frontón a Marco Aurelio, Frontón, *Ep.*, 8, ? a. 139 - I, 34-38.
[13] M. Aur., *Med.*, VI.48.
[14] M. Aur., *Med.*, VI.30.
[15] *HA, Marc.*, 5.8.
[16] M. Aur., *Med.*, I.17.
[17] De modo muy semejante a lo que hace el discurso de Arístides, citado antes en este capítulo.
[18] M. Aur., *Med.*, VI.30.
[19] *HA, Marc.*, 2.4.
[20] Dion Cas., LXXII.35.1.
[21] Basándose en las pruebas de su correspondencia, los estudiosos modernos suelen considerar exagerado ese elogio: aunque era un escritor con talento, no parece estar al nivel de Cicerón.

[22] Marco menciona a Alejandro el Gramático, un tutor de lengua griega de los cursos elementales, y a Alejandro Peloplatón, que era sofista pero ejercía de secretario griego de Marco, al parecer, más que de tutor suyo.

[23] M. Aur., *Med.*, I.17.

[24] *HA, Marc.*, 2.7-3.3.

[25] Dion Cas., LXXII.35.1. El manuscrito en realidad da el nombre de «Apolonio de Nicomedia», pero en general se coincide en que se refiere al hombre llamado en otros sitios Apolonio de Calcedonia.

[26] M. Aur., *Med.*, I.17.

[27] M. Aur., *Med.*, I.13.

[28] Véase Herodes a Frontón, Frontón, *Ep.*, ? a. 144-145; Frontón a César, Frontón, *Ep.*, 85, a. 145-147 - I, 202-208.

[29] Véase Filóst., *VS*, II.557. Marco es objeto de la suave burla de ser un eterno estudiante y asistir a las clases de Sexto ya de mayor. Sexto era sobrino del famoso filósofo platónico Plutarco y no hay certeza absoluta de que fuera un estoico genuino como se afirma en la *Historia augusta*.

[30] M. Aur., *Med.*, I.8.

[31] *HA, Marc.*, 3.3.

7. DISCÍPULO DE RÚSTICO

[1] M. Aur., *Med.*, VII.19.

[2] Se trata de una conversación imaginaria inspirada en M. Aur., *Med.*, IV.41.

[3] *HA, Adr.*, 16.10.

[4] Temistio, *Orationes* 34, en Penella, *Private Orations of Themistius*.

[5] Epict.*, Dis. Arr.*, prefacio.

[6] M. Aur., *Med.*, I.7.

[7] M. Aur., *Med.*, I.7.

[8] Marco Aurelio a Frontón, Frontón, *Ep.*, 110, ? a. 153-154 - I, 234.

[9] Sobre la elocuencia (4), Frontón a Antonino Augusto, Frontón, *Ep.*, 164, ? a. 162 - II, 80-84.

[10] Epict.*, Dis. Arr.*, prefacio.

[11] Epict., *Dis. Arr.*, prefacio.

[12] Musonio citado en Epict., *Dis. Arr.*, 3.23, de donde proceden las demás citas de este pasaje, si bien un poco modificadas con respecto a la fuente.

[13] M. Aur., *Med.*, I.7.

[14] El propio Freud estudió psicoterapia en Francia con Hippolyte Bernheim y Jean-Martin Charcot, y hubo otros predecesores en este campo que se remontan hasta mediados del siglo XIX.

[15] Véase, por ejemplo, Platón, *Sofista*, 230c-e.

[16] M. Aur., *Med.*, V.28.

[17] Epict., *Dis. Arr.*, 4.5, 2.12.

[18] M. Aur., *Med.*, I.13.

[19] M. Aur., *Med.*, VI.30.

[20] Marco a Frontón, Frontón, *Ep.*, 76, a. 145-147 - I, 196.

[21] Frontón a Marco, Frontón, *Ep.*, 77, a. 145-147 - I, 196-198.

[22] Existe cierta discrepancia entre los estudiosos acerca de qué Aristón leía Marco Aurelio. La naturaleza filosófica de la angustia de Marco, no obstante, apunta a que se trataba probablemente de Aristón de Quíos. Las obras de Aristón se han perdido, pero Cicerón y Séneca hablaron de sus enseñanzas.

[23] Marco Aurelio a Frontón, Frontón, *Ep.*, 93, a. 145-147 - I, 214-216.

[24] Frontón a Antonino Augusto, Frontón, *Ep.*, 159, a. 162 - II, 32-46.

8. LOS DOS EMPERADORES

[1] Paráfrasis basada en M. Aur., *Med.*, IX.29.

[2] M. Aur., *Med.*, I.14.

[3] La política de Antonino es un ejemplo de la regla de oro en ética que aparece en los escritos de los estoicos. Por ejemplo, Séneca escribe: «Trata a tus inferiores como quieres ser tratado por tu superior» (*Epístolas*, 47).

[4] Dion Cas., LXXII.32.2.

[5] A todos los niños les pusieron el nombre de Antonino, y a las niñas, el de la madre de Marco, Domicia Lucila, y el de la madre de Faustina, Faustina la Mayor, que era también la madre adoptiva de Marco.

[6] M. Aur., *Med.*, I.17.

[7] M. Aur., *Med.*, I.17., según traducción del autor.

[8] *HA, Ant. Pío*, 13.3.

[9] *HA, Ant. Pío*, 12.2.

[10] Se cree que tardaron doce años en levantar el muro de Antonino, pero fue abandonado hacia el año 158, pocos años después de que hubiera finalizado su construcción.

[11] *HA, Ant. Pío*, 9.10. La cita es de Escipión el Africano.

[12] *HA, Ant. Pío*, 9.10.

[13] *HA, Marc.*, 8.3.

[14] Años antes, Lucio había estado prometido brevemente a la madre de Lucila, Faustina, después la mujer de Marco.

[15] Curiosamente, al parecer a Lucio y a Marco se los conocía como Verus y Verissimus respectivamente, es decir, «Verdadero» y «El más verdadero», lo que debió de producir la impresión de que Lucio era una especie de versión inferior de su hermano.

[16] *HA, Vero*, 4.2.

[17] *HA, Vero*, 3.7.

[18] *HA, Vero*, 3.6.

[19] *HA, Vero*, 10.6-7.

[20] *HA, Vero*, 10.6.

[21] Dion Cas., LXXI.1.3.

[22] En primer lugar, eran las legiones las que proclamaban Imperator (comandante supremo) a los emperadores, y después el Senado lo ratificaba.

9. LA INVASIÓN DE LOS PARTOS

[1] *HA, Ant. Pío*, 12.7.

[2] M. Aur., *Med.*, I.16.

[3] M. Aur., *Med.*, IV.49.

[4] *HA, Ant. Pío*, 9.6. Véase también Ross, *Roman Edessa*, p. 36.

[5] *HA, Ant. Pío*, 9.6.

[6] *HA, Ant. Pío*, 9.6. No se da la fecha, pero parece lógico pensar que Vologases pensó en invadir Armenia después de la conquista de Caracene.

[7] *HA, Marc.*, 8.6.

[8] Para ser breve, me referiré en general a Marco como emperador, pero debe sobreentenderse que gobernó con Lucio Vero durante este periodo.

[9] Véase la «Vida de Craso» en las *Vidas* de Plutarco, y Peter Stothard, *Crassus: The First Tycoon*, New Haven, Yale University Press, 2022.

[10] Frontón a Lucio Vero, Frontón, *Ep.*, 197, a. 165 - II, 198-218.

[11] El célebre autor de cómic Alan Moore se convirtió recientemente a este culto, según dice, porque la estatua le pareció muy mona y «engreída», y la cabeza le recordaba a Paris Hilton.

[12] Luc., *Cómo debe…*, 2.

[13] Al menos eso parece insinuar Luciano.

[14] Algunos estudiosos creen que este hecho puede explicar el misterio de la desaparición de la legión IX Hispana.

[15] La presencia de un emperador en el frente comportaba más beneficios: por ejemplo, los soldados luchaban con más ferocidad, había más provisiones, los aliados eran más fiables y los enemigos estaban más dispuestos a negociar.

[16] A veces, los pretorianos eran menos dignos de confianza o menos competentes, como durante el reinado de Cómodo. Con Marco Aurelio, sin embargo, parece que ganaron varias batallas importantes.

[17] *HA, Marc.*, 20.2.

[18] Es probable que el conocimiento que tenemos de la guerra parta, gracias a la *Historia augusta* y otras fuentes antiguas, derivara en último término de los *commentarii* de la guerra escritos por Marcio Vero y Avidio Casio, mencionados en una carta de Lucio a Frontón.

[19] Dion Cas., LXXI, 2.3.

[20] *HA, Avid. Cas.*, 5.4.

10. LA GUERRA DE LUCIO VERO

[1] Me baso en M. Aur., *Med.*, VI.13, para imaginar lo que podría haberle dicho en persona.

[2] M. Aur., *Med.*, III.16.

[3] *HA, Vero*, 10.8.

[4] *HA, Vero*, 4.4.

[5] *HA, Vero*, 1.4.

[6] Ha habido intentos de rehabilitar el carácter de Lucio; el más reciente, la excelente biografía de M. C. Bishop, *Lucius Verus and the Roman Defence of the East*.

[7] M. Aur., *Med.*, I.17.

[8] Frontón a Lucio Vero, Frontón, *Ep.*, 165, a. 162 - II, 84-86.

[9] *HA, Vero*, 6.9.

[10] *HA, Vero*, 5.8.

[11] Frontón a Marco, Frontón, *Ep.*, 157, a. 162 - II, 20-30, Sobre la guerra parta. Frontón menciona que Marco le había escrito diciéndole que, debido a la angustia, no podía leer más que fragmentos.

[12] *HA, Vero*, 7.1.

[13] *HA, Marc.*, 8.12.

[14] *HA, Vero*, 4.6-7.

[15] M. Aur., *Med.*, IV.32.

11. PÁRTICO MÁXIMO

[1] De un diálogo inventado y basado en M. Aur., *Med.*, VII.7.

[2] Frontón a Lucio Vero, Frontón, *Ep.*, 181, a. 163, II, 128-150.

[3] M. Aur., *Med.*, X.8.

[4] Lucio a Frontón, Frontón, *Ep.*, 175, a. 163, II, 116-118.

[5] *HA, Vero*, 7.10.

[6] La *Historia augusta* dice que Marco confió a su hija al cuidado de su hermana, lo que parece imposible, dado que su única hermana había muerto hacía varios años. Quizá el autor se refiriera a una de las dos hermanas de Lucio.

[7] Luc., *Cómo debe…*, 15.

[8] Dion Cas., LXXI.2.3.; Luc., *Cómo debe…*, 28.

[9] *HA, Vero*, 8.3.

[10] Eutropio, *Breviario*, 8.10.

[11] *HA, Vero*, 8.2.

[12] Am. Marc., 23.6.24.

[13] Dion Cas., LXXI.2.4.

[14] Lucio Vero a Frontón, Frontón, *Ep.*, 195, a. 165, II, 194-196. El autor no menciona a Estacio Prisco, lo que invita a pensar que para entonces habría muerto.

[15] Frontón a Lucio Vero, Frontón, *Ep.*, 197, a. 165, II, 198-218, «Introducción de la historia».

[16] Luc., *Cómo debe…*

[17] Es probable que la historia de Frontón no llegara a completarse o a publicarse, pero las críticas de Luciano parecen pertinentes.

[18] Agradezco a M. C. Bishop por señalar esta coincidencia, que no mencionan los comentaristas antiguos, en *Lucius Verus and the Roman Defence of the East*.

[19] M. Aur., *Med.*, VI.44.

[20] *HA, Vero*, 5.1-6.

[21] M. Aur., *Med.*, I.17.

[22] *HA, Marc.*, 12.8.

[23] Am. Marc., 23.6.24.

[24] Epict.*, Dis. Arr.*, 3.24.84-87.

[25] *HA, Vero*, 8.1.

12. LA PESTE ANTONINA

[1] Homero, *Ilíada*, I, 43-50.

[2] Homero, *Ilíada*, I, 61.

[3] M. Aur., *Med.*, IV.48.

[4] Am. Marc., 23.6.24. («lleno de enfermedad»). Orosio, *Historias contra los paganos*, 7.15.4.

[5] M. Aur., *Med.*, I.4. Por lo que sabemos, los exorcismos los practicaban cristianos, de modo que esta podría ser una alusión muy poco habitual respecto a su actitud hacia esa religión.

[6] M. Aur., *Med.*, IX.2.

[7] *HA, Marc.*, 13.6.

[8] C. R. Haines, «Note on the Christians», en Marcus Aurelius, *Marcus Aurelius*, ed. y trad. de Haines, p. 386.

[9] Dion Cas., LXIX.3.1.

[10] Tertuliano, *Apología contra los gentiles*, 5.

[11] Ireneo, *Against heresies*, 4.30.3, en Roberts, Donaldson y Coxe, *Ante-Nicene Fathers*.

[12] Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica*, 5.1. Roberts, Donaldson y Coxe, *Ante-Nicene Fathers*, 1.305-306, The Martyrdom of Justin Martyr.

[13] Plinio, *Cartas*, X.96-97; Roberts, Donaldson y Coxe, *AnteNicene Fathers*, 1.305-306; Herbert Musurillo, *The Acts of the Christian Martyrs*, Oxford, Clarendon, 1972, pp. 42-61, cita 47.

[14] M. Aur., *Med.*, XI.3.

13. LA GUERRA DE MUCHOS PUEBLOS

[1] Luc., *Alej.*, 48.

[2] Dion Cas., LXXII.3.1. La *Historia augusta* dice que el conflicto de la frontera norte estalló mientras todavía se desarrollaba la guerra parta, lo que significaría que ocurrió en otoño del año 166 por lo menos.

[3] Dion Cas., LXXII.3.1.

[4] *HA, Marc.*, 14.1.

[5] *HA, Ant. Pío*, 5.4.

[6] M. Aur., *Med.*, IV.44. Debido a la naturaleza insuficiente de las pruebas, los estudiosos discrepan acerca de la fecha de la invasión marcomana. Frank McLynn, entre otros, la sitúa en el año 167, poco después de la incursión de los lombardos y los ubios, con lo que habría sido una acción repentina de traición que siguió a las negociaciones de paz de Balomar. Anthony Birley y otros la sitúan algo después,

en el año 170, tras la muerte de Lucio Vero, y la interpretan en parte como una venganza contra las acciones punitivas que infligió Marco a las tribus germánicas. Tras el primer estallido de la peste, sin embargo, y pese a su frágil salud, Marco salió de Italia por primera vez y acompañó a Lucio a Panonia. Esto indica que el imperio se enfrentaba a una crisis militar incluso más peliaguda que la guerra parta. Parece que hubo una sensación de alarma en Roma en esa ocasión, lo que creo que favorece los argumentos para datar la invasión marcomana en el año 167 y encaja mejor en la línea temporal que ofrece la *Historia augusta*.

[7] Luc., *Alej*., 48.

[8] *HA, Marc*., 13.2.

[9] Luc., *Alej*., 48.

[10] *HA, Vero*, 9.7.

[11] *HA, Marc*., 14.1, 14.5.

[12] Dion Cas., LXXII.3.3.

[13] La importancia de estas nuevas medidas para asegurar los pasos alpinos suele citarse como prueba adicional contra el establecimiento de una fecha posterior para la invasión de Italia de Balomar.

[14] Dion Cas., LXXII.11.1.

[15] Dion Cas., LXXII.11.1; M. Aur., *Med*., IX.42.

[16] *HA, Marc*., 14.5.

[17] M. Aur., *Med*., I.17.

14. GERMÁNICO

[1] *HA, Marc*., 17.4, 21.9.

[2] M. Aur., *Med*., I.17.

[3] M. Aur., *Med*., VI.13, IX.36.

[4] M. Aur., *Med*., V.12.

[5] *HA, Marc*., 21.7.

[6] *HA, Marc*., 20.6.

[7] Hdn., 1.2.1.

[8] M. Aur., *Med*., IX.40.

[9] *HA, Marc.*, 17.2.

[10] M. Aur., *Med.*, VIII.37, IX.3.

[11] *HA, Marc.*, 3.5.

[12] *HA, Marc.*, 17.12.

[13] Dion Cas., LXXII.13.1.

[14] Dion Cas., LXXII.9.1, donde el epitomador Xifilino intercala sus propios comentarios.

15. SARMÁTICO

[1] Escena basada en Dion Cas., LXXII.7.1, con diálogo inventado. Para la película *Gladiator* (2000), los guionistas tuvieron la intención de incluir una escena de la batalla, pero al final la descartaron y más adelante se recicló en forma distinta para *El rey Arturo* (2004).

[2] M. Aur., *Med.*, II.1.

[3] Dion Cas., LXXII.16.1.

[4] *HA, Marc.*, 24.5.

[5] *HA, Marc.*, 24.3.

[6] Dion Cas., LXXII.11.1.

[7] M. Aur., *Med.*, VII.3.

[8] M. Aur., *Med.*, III.3.

[9] M. Aur., *Med.*, X.9.

[10] Véase, por ejemplo, Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*, 7.121. Aunque quizá «persona esclavizada» sea preferible en la actualidad, creo que el término «esclavo» tiene un papel en la literatura estoica que justifica conservarlo por mor de la discusión desarrollada aquí.

[11] Dion Crisóstomo, *Discursos*, 14-15.

[12] Dion Crisóstomo, *Discursos*, 15.25, 15.28.

[13] M. Aur., *Med.*, X.10.

[14] M. Aur., *Med.*, IX.29.

[15] Birley, *Marcus Aurelius*, p. 200.

[16] Noyen, «Marcus Aurelius, the Greatest Patrician of Stoicism», p. 376.

16. CASIO EL USURPADOR

[1] Véase Dion Cas., LXXII.4.1.

[2] Dion Cas., LXXII.4.1.

[3] *HA, Marc.*, 26.12.

[4] *HA, Marc.*, 25.4. Esta identificación de Meciano parece plausible, ya que había servido durante un breve periodo como prefecto de Egipto, aunque la *Historia augusta* podría estar refiriéndose a Avidio Meciano, el hijo de Casio, que llevaba el mismo nombre que él. Véase también Jarvis, «Avidius Cassius and Maecianus in the *Historia Augusta*».

[5] La naturaleza exacta de este cargo no está clara. Dion dice vagamente que, en cierto momento después de la guerra parta, Marco ordenó a Casio «hacerse cargo de Asia» (Dion Cas., LXXII.3.1), es decir, de todo el territorio al este del Egeo, y Filóstrato también se refiere a Casio como «gobernador de las provincias orientales» (Filóst., *VS*, II.1.563).

[6] En una carta fechada en abril del año 175, Casio informa de que los soldados lo han elegido emperador y promete tratar bien a su «patria paterna», la ciudad de Alejandría (Bowman, «A Letter of Avidius Cassius?»).

[7] M. Aur., *Med.*, I.17; Dion Cas., LXXII.6.1, LXXII.24.1; Dion Cas., LXXII.22.3 («esputos de sangre»).

[8] *HA, Avid. Cas.*, 14.1-8.

[9] *HA, Avid. Cas.*, 14.5

[10] *HA Marc.*, 24.9; *HA, Avid. Cas.*, 7.6. 17. LA GUERRA CIVIL

[1] Escena basada en Dion Casio, LXXII.23.1, con diálogo inventado.

[2] Am. Marc., 17.12.3.

[3] Dion Casio informa de que una parte de ellos fueron enviados a Britania, aunque esto debió de ocurrir una vez terminada la guerra civil. Dion afirma que, cuando Marco se preparaba para la guerra contra Casio, «no aceptó ninguna ayuda de los bárbaros, aunque muchas naciones se apresuraron a ofrecerle sus servicios, pues declaró que los bárbaros no debían tener conocimiento de los

problemas surgidos entre romanos» (Dion Cas., LXXII.27.1). Cuando menciona la «ayuda bárbara», no obstante, es muy probable que se refiera a los mercenarios que luchaban por el botín a las órdenes de sus jefes tribales; Marco, por supuesto, aceptó a muchos reclutas en las tropas auxiliares comandadas por oficiales romanos.

[4] La inscripción se encontró en Ain Zana, en Argelia, entre las ruinas de la ciudad romana de Diana Veteranorum. Traducido en Campbell, *The Roman Army, 31 BC-AD 337*, pp. 64-65.

[5] *HA, Avid. Cas.*, 13.3.

[6] *HA, Comm.*, 1.9.

[7] Es posible que la idea de que es mejor un mal gobernante que una guerra civil fuera una concepción política estoica consolidada. Plutarco afirma que Bruto interrogó filosóficamente a posibles coconspiradores sobre su voluntad de tomar parte en el asesinato de Julio César, entre los cuales había un tal Favonio, que parece haber sido estoico. Favonio, «admirador de Catón», justificó su negativa a participar con el argumento de que «la guerra civil era peor que una monarquía ilegítima», donde «monarquía ilegítima» es una definición filosófica de la tiranía (Plutarco, «Vida de Bruto», 12.3). Véase Sedley, «The Ethics of Brutus and Cassius», para un análisis más detallado.

[8] Virgilio, *Eneida*, IV.173. El discurso aparece en Dion Cas., LXXII.24-26.

[9] M. Aur., *Med.*, IV.49.

[10] Los discursos y las cartas citados en las historias de la Antigüedad, como la *Historia augusta* y la *Historia de Roma* de Dion Casio, son los documentos cuya autenticidad más cuestionan los especialistas modernos. Pero Dion Casio escribió su *Historia* a partir de su recuerdo de los hechos. Seguramente habría habido algún grito de protesta si alguien hubiera sabido que Dion Casio se había inventado el contenido de semejante discurso histórico, por lo visto pronunciado en público y remitido por escrito al Senado. Al menos podemos asumir que atribuir a Marco Aurelio tanto las ideas del discurso como su esencia general parecería verosímil a la mayoría de los lectores de Dion Casio.

[11] M. Aur., *Med.*, IX.42.

[12] *HA, Avid. Cas.*, 9.2. Marco devolvió la mitad de los bienes de Avidio Casio a sus hijos e hijas, además de obsequiarlos con oro y joyas. A Alejandría y Drunciano se les permitió viajar con libertad, y tenemos noticia de que «vivieron

gozando de la máxima seguridad, no como rehenes de un usurpador, sino como miembros de la clase senatorial» (*HA, Avid. Cas.*, 9.4). Marco tomó medidas legales para protegerlos contra los insultos y quedaron bajo la protección de su tío, quizá el anciano Marco Anio Libón.

18. EL SOL PONIENTE

[1] *HA, Marc.*, 26.4.

[2] Dion Cas., LXXII.29.1.

[3] Dion Cas., LXXII.30.1.

[4] Dion Cas., LXXII.30.1.

[5] Como hemos visto, los reinos vasallos más importantes de la frontera oriental romana eran Armenia y Osroene; es probable que este último fuera el que apoyara a Casio.

[6] Dion Cas., LXXII.30.1.

[7] Am. Marc., 5.5. Luitpold Wallach, basándose en paralelismos entre los textos hebreos y las cartas de Séneca, argumentó que ese Antonino seguramente era Marco Aurelio, y sugirió que el autor judío estaba recurriendo adrede a fuentes estoicas más antiguas. Véase «The Colloquy of Marcus Aurelius with the Patriarch Judah I».

[8] *HA, Marc.*, 27.1; Dion Cas., LXXII.31.3; sobre los nombramientos, véase Filóst., *VS*, II.2.556.

[9] M. Aur., *Med.*, VIII.34.

[10] Dion Cas., LXXII.32.1.

[11] Dion Cas., LXXII.33.3; *HA, Avid. Cas.*, 3.6-7; Aur. Vict., *Cés.*, 16.9. Las *Meditaciones* presentan un aspecto inacabado y contienen varias referencias que probablemente solo entendiera Marco, como la de la carta que Rústico envió a su madre desde Sinuesa. A causa de las críticas explícitas o implícitas dirigidas a otros romanos, por ejemplo, las escritas contra Adriano, el contenido sería demasiado controvertido para que Marco se planteara mostrarlo al público.

[12] Dion Cas., LXXII.33.1.

[13] Dion Cas., LXXII.18.1.

[14] Dion Cas., LXXII.20.1.
[15] *HA, Marc.*, 24.5, 27.10.
[16] Dion Cas., LXXII.33.1.
[17] Aur. Vict., *Cés.*, 16.12; Tertuliano, *Apología*, 25.
[18] *HA, Marc.*, 28.1.
[19] *HA, Marc.*, 28.4-6, ligeramente modificado.
[20] Dion Cas., LXXII.34.1.
[21] Dion Cas., LXXII.33.1.
[22] Dion Cas., LXXIII.1.1.
[23] *HA, Marc.*, 28.10.
[24] Hdn., 1.3.1; 1.3.4-5.
[25] Dion Cas., LXXII.36.3-4.

EPÍLOGO

[1] No podemos estar seguros de cuándo se completó el libro, pero la falta de referencias explícitas a la guerra civil y a la muerte de Faustina son pistas que indican que pudo finalizarlo a principios del año 175. En un pasaje, Marco alude a que su mujer está embarazada (véase M. Aur., *Med.*, IX.3).
[2] Filóst., *VS*, II.1.563.
[3] Cicerón, *Sobre las leyes*, II, 13, 36; *HA, Marc.*, 27.1.
[4] Platón, *Fedón*, 64a.
[5] Cornuto, *Teología griega*, 53; M. Aur., *Med.*, IV.5, VII.40, XI.6.

Índice

Marco Aurelio. El emperador estoico.

Prólogo: La verdad en las Meditaciones

1. La madre del césar

2. Verissimus el Filósofo

3. La educación helénica

4. Las venganzas de Adriano

5. La muerte de Adriano

6. Discípulo de Antonino

7. Discípulo de Rústico

8. Los dos emperadores

9. La invasión de los partos

10. La guerra de Lucio Vero

11. Pártico Máximo

12. La peste antonina

13. La guerra de muchos pueblos

14. Germánico

15. Sarmático

16. Casio el Usurpador

17. La guerra civil

18. El sol poniente

Epílogo: La sala de los misterios

Cronología

Genealogías

Notas sobre las fuentes

Bibliografía

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Donald J. Robertson

Créditos

Notas

1. Marco Aurelio. El emperador estoico.
2. Prólogo: La verdad en las Meditaciones
3. 1. La madre del césar
4. 2. Verissimus el Filósofo
5. 3. La educación helénica
6. 4. Las venganzas de Adriano
7. 5. La muerte de Adriano
8. 6. Discípulo de Antonino
9. 7. Discípulo de Rústico
10. 8. Los dos emperadores
11. 9. La invasión de los partos
12. 10. La guerra de Lucio Vero
13. 11. Pártico Máximo
14. 12. La peste antonina
15. 13. La guerra de muchos pueblos
16. 14. Germánico
17. 15. Sarmático
18. 16. Casio el Usurpador
19. 17. La guerra civil
20. 18. El sol poniente
21. Epílogo: La sala de los misterios
22. Cronología
23. Genealogías
24. Notas sobre las fuentes
25. Bibliografía
26. Agradecimientos
27. Sobre este libro
28. Sobre Donald J. Robertson
29. Créditos
30. Notas